



EJERCICIOS DE LA FRATERNIDAD DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN

# «La esperanza, dice Dios, sí que me asombra»



RÍMINI, 12-14 ABRIL 2024



# «La esperanza, dice Dios, sí que me asombra»

---

EJERCICIOS DE LA FRATERNIDAD  
DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN



RÍMINI 2024

En portada: Luca Della Robbia, *La Visitación*, detalle, terracota vidriada, 1445 ca.,  
Iglesia de San Giovanni Fuorcivitas, Pistoia, Italia. © Foto Scala, Florencia.

*«Con motivo de los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación titulados “La esperanza, dice Dios, sí que me asombra”, el Santo Padre Francisco envía un cordial saludo, deseando que estas jornadas de oración y reflexión susciten el deseo de dejarse aferrar por Cristo resucitado para que ninguna derrota, fracaso o sufrimiento puedan frenar el camino hacia la plenitud de la vida, abriendo los corazones a la confianza. Con este deseo, Su Santidad asegura un recuerdo en la oración y envía gustoso su bendición apostólica, prenda de todo bien deseado».*

**Cardenal Pietro Parolin**, Secretario de Estado de Su Santidad,  
3 de abril de 2024

# *Viernes 12 de abril, por la noche*

*Franz Schubert*

*Fantasia para piano op. 15, D 760 «Wanderer-Fantasie»*

*Piano, Alfred Brendel*

*“Spirto Gentil” n. 34, (Philips) Universal*

## ■ SALUDO INTRODUCTORIO

### **Daive Prospero**

Comenzamos invocando al Espíritu Santo para que nos acompañe en el camino de estos días sin abandonarnos nunca a merced de nosotros mismos, pidiéndole con toda la fuerza y humildad que podamos la gracia de estar disponibles a la llamada que Él renueva en cada uno de nosotros, con la que hoy nos convoca en esta asamblea de nuestra Fraternidad.

### *Desciende, Santo Espíritu*

Ahora doy lectura al telegrama del Santo Padre:

«Con motivo de los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación titulados “La esperanza, dice Dios, sí que me asombra”, el Santo Padre Francisco envía un cordial saludo, deseando que estas jornadas de oración y reflexión susciten el deseo de dejarse aferrar por Cristo resucitado para que ninguna derrota, fracaso o sufrimiento puedan frenar el camino hacia la plenitud de la vida, abriendo los corazones a la confianza. Con este deseo, Su Santidad asegura un recuerdo en la oración y envía gustoso su bendición apostólica, prenda de todo bien deseado. Cardenal Pietro Parolin, Secretario de Estado de Su Santidad».

Una vez más estamos profundamente agradecidos al papa Francisco por la cercanía paternal que sigue mostrando con respecto a nuestro camino. Hagamos nuestros sus deseos, de modo que cada uno de nosotros pueda dejarse aferrar realmente por Cristo resucitado en cada instante de estos días.

Superadas las restricciones del Covid, que en los últimos años nos han impedido reunirnos todos juntos, este año nos hemos animado a vivir el gesto de los Ejercicios presencialmente aquí, en Rímini. Claramente, éramos conscientes de las dificultades y sacrificios que esta decisión nos exigiría a muchos de nosotros, también durante estos días –especialmente en los traslados, por lo que desde ahora os recomendamos que viváis estos momentos como oportunidad para hacer silencio y para profundizar en el contenido de lo que se nos va a decir–. Aun así, hemos querido haceros una propuesta decidida. Y la propuesta es vivir una vez al año un gesto juntos, incluso físicamente, en la medida de lo posible, para que durante el resto del año se reavive con más fuerza la memoria de nuestra pertenencia a esta compañía. Pues bien, nos ha sorprendido la respuesta y los muchos y preciosos testimonios de amigos que han hecho grandes sacrificios para poder estar aquí estos días. Es cierto que, entre las muchas cartas que hemos recibido, hay algunas que se quejan por las dificultades, la edad que avanza y los achaques de salud, los problemas logísticos y económicos, la idea de tener que volver al trabajo el lunes agotados, hay quien ha señalado incluso el caos y la contaminación ambiental... pero a pesar de todo ello hemos venido aquí, fiándonos más de las razones de nuestra compañía que de nuestras (comprensibles) perplejidades. Para mí se trata del primer gran signo de la conciencia de un pueblo que crece y no quiere quedarse encerrado entre los muros de su propia medida. Hay muchos testimonios de agradecimiento por esta posibilidad que se nos devuelve después de varios años. Permitidme que lea una de esas cartas, que me ha impresionado porque describe la trayectoria de un cambio.

«Hace unos días llegó la carta de los Ejercicios del próximo mes de abril. Leyéndola, en la parte dedicada a los que no tienen la posibilidad de estar presentes, entre los que me incluyo debido a una mezcla de edad y patologías varias, leo que se nos pide explicar brevemente los motivos de nuestra imposibilidad y luego, si se nos acepta, proceder al pago que además, en comparación con los años del Covid, se ha triplicado. Primera reacción: rabia. ¿Quién, con qué cualificación y requisitos, va a evaluar mi solicitud? ¿Y con qué criterios? ¿Y mi privacidad? En fin, una suma bastante cómica de objeciones. Segunda reacción: rebeldía. “No voy –pensé– ya me leeré el cuadernillo, si está bien”. Pero según iba pasando el tiempo me sentía inquieto. No razoné mucho más

y me puse ante el dato objetivo de que debía de haber una explicación. O que tal vez la mayor objeción era yo, la tenía yo. Ahí estalló la gratitud. Claro que los Ejercicios son importantes, claro que es importante el sacrificio, claro que es importante estar ahí, claro... y retrocedí partiendo del principio de la carta que acompañaba a las indicaciones para los Ejercicios, pasando por las diversas cartas de Prospero, el encuentro de Prospero y Santoro con el Papa, y antes la audiencia con todo el movimiento, los Ejercicios del año pasado: en definitiva, la radicalidad que se pide no como obligación sino como máxima y total adhesión en cuanto que ella es el fundamento de mi vida, capaz de superar cualquier objeción y obstáculo conformista y de llegar al corazón. Eso es lo que se nos pide y es importante para vivir. Y es lo que debemos dar con una alegría y una leticia plenas. Tras la rabia y la rebeldía, la alegría y la gratitud. Incluso desde la imposibilidad de estar presente físicamente en Rímíni, pero ofreciendo todo lo poco que soy por la gloria de Dios y la unidad del movimiento».

Es verdad. A veces vemos que los ritmos frenéticos de la vida, las comodidades a las que nos hemos acostumbrado o ciertas limitaciones debidas a la edad hacen que nos resignemos a poder constatar tan solo que hemos perdido ese ímpetu inicial, que anteponía siempre la fascinación del ideal a cualquier cálculo. Hemos perdido esa actitud, esa posición humana por la que, por ejemplo, antes hacíamos una peregrinación larga y cansada sin pensarlo demasiado, asumiendo incluso riesgos, porque eran demasiado urgentes e importantes las peticiones que queríamos poner en manos del Señor. Pero vernos hoy aquí juntos nos demuestra que ese ímpetu que brota en el corazón gracias al encuentro con Cristo no está sepultado, más aún, con toda nuestra carga de problemas, de dificultades, de alegrías y dolores, esa llama no está ni mucho menos apagada.

Veintiún mil personas estamos siguiendo los Ejercicios presencialmente en Italia. Otros amigos se han conectado para seguir el gesto con sus comunidades desde veintiún países y las próximas semanas otros setenta países vivirán este gesto en diferido. Los Ejercicios se traducen simultáneamente en seis idiomas. Además, casi tres mil personas participan conectadas desde sus casas porque no pueden moverse. Esta es la fotografía de nuestro gesto. Esta adhesión supera lo previsto, somos incluso más de los que éramos antes de la pandemia. Hemos tenido que

pedir a la secretaría un trabajo extra para que todos pudieran participar, en la medida en que ha sido posible. ¡Gracias también por esto!

Debo deciros que estoy realmente conmovido. Los Ejercicios de este año tienen como tema la esperanza. Pues bien, el primer signo de esperanza es justamente un pueblo que vive y desea vivir, experimentar concretamente una unidad, esa unidad a la que nos reclamaba el Santo Padre en la carta que nos envió el pasado 30 de enero.

Como ya sabéis, el Jubileo de 2025 estará dedicado al tema de la esperanza. Por tanto, vivamos estos días como una etapa hacia ese acontecimiento. Yo siempre he entendido las palabras de Jesús al joven rico, «Ve, véndelo todo, déjalo todo y sígueme»<sup>1</sup>, como un reclamo a la esperanza. Paradójicamente, de hecho, vemos que muchas veces el mayor obstáculo para experimentar una verdadera esperanza en la vida se da cuando ponemos nuestra esperanza en lo que poseemos, en lo que ya tenemos, en nuestras cosas. Jeremías dice: «Maldito quien confía en el hombre, y busca el apoyo de las criaturas, apartando su corazón del Señor. Será como cardo en la estepa, que nunca recibe la lluvia»<sup>2</sup>. El título de los Ejercicios de este año apunta justamente a esa dificultad: Dios mismo se asombra porque cuanto más avanzamos, parece que cuesta más tener esperanza. Por eso intentamos acallar muchas veces la exigencia de infinito de nuestro corazón, llenándolo con la espera de cosas pequeñas, para llenar ese vacío, la falta de esperanza que percibimos. Y no es un problema solo de los que no tienen fe, sino que afecta a todos, nos afecta a nosotros. Desde cierto punto de vista, es el síntoma más dramático de la enfermedad más grave de nuestro tiempo.

El tema de la esperanza –como recordamos muchos– no es nuevo. En 2021 los Ejercicios en remoto se titulaban «¿Hay esperanza?»<sup>3</sup>. ¿Por qué volver a proponer este tema tan poco tiempo después? Por dos razones. La primera es porque, después de haber trabajado sobre el tema de la fe todo este año, queremos continuar ese camino de profundización en las virtudes teologales, siguiendo la enseñanza de don Giussani. La segunda es porque esta cuestión se ha vuelto –si cabe– aún más dramática. Nosotros no nos sentimos como unos «sonámbulos», como dice

<sup>1</sup> Cf. Mt 19,21; Mc 10,21.

<sup>2</sup> Jer 17,5-6

<sup>3</sup> J. Carrón, *¿Hay esperanza? La fascinación de un descubrimiento*, Huellas, Madrid 2021.

el último informe del Censis sobre la situación italiana actual. No nos sentimos mejores que los demás, pero nos reconocemos dentro de un camino que nos educa para no ceder a esa actitud irracional de huida de la realidad que parecería el único antídoto a la falta de esperanza. Por eso nos preguntamos: ¿todavía se puede esperar en el mundo en que vivimos, en medio de guerras, violencia y devastación, en un océano de mal en el que nuestra balsa a duras penas se mantiene a flote? Con esta pregunta se nos invita a adentrarnos en el gesto de estos días: ¿todavía se puede esperar razonablemente?

Antes de ceder la palabra a monseñor Giovanni Paccosi, que ha aceptado la invitación de la Diaconía de la Fraternidad para predicar estos Ejercicios (y le damos las gracias por ello), dejadme dedicar unas palabras para presentároslo a aquellos de vosotros que aún no lo conocéis. Don Giovanni es obispo de la diócesis de San Miniato, en Toscana, y es miembro de la Diaconía Central de la Fraternidad como responsable de la región pastoral de América Latina, donde además, concretamente en Perú, fue sacerdote misionero durante varios años.

¿Por qué esta decisión? En los últimos años de su vida, don Giussani hizo predicar cada año a distintos responsables del movimiento los Ejercicios, que son el gesto más importante de la Fraternidad, un método que nosotros también queremos seguir ahora, dando cauce a una continuidad llena de agradecimiento por nuestra historia. Pues bien, don Giovanni y otros que vendrán tienen la responsabilidad de predicar los Ejercicios como expresión de una guía comunal.

Permitidme que vuelva a dar las gracias al padre Mauro Lepori, que predicó los dos últimos años los Ejercicios espirituales, que fueron muy significativos y valiosos en un momento delicado de nuestro camino. También le agradezco que esté aquí con nosotros; dentro de poco celebrará la misa, confirmando una gran historia de amistad y comunión que continúa.

Por último, como un signo más de nuestra comunión que se expresa en unidad con toda la Iglesia, agradezco desde ahora a Su Eminencia el cardenal Farrell por estar presente también este año en los Ejercicios de la Fraternidad. Estará con nosotros mañana y celebrará la misa.

Una última palabra sobre la imagen que acompaña al título de los Ejercicios, propuesta por don Giovanni. Es un detalle de la *Visitación*,

una obra de Luca Della Robbia<sup>4</sup>. La Virgen está representada como una jovencita cuyo rostro dulce, decidido y al mismo tiempo pacificador, atrae nuestra mirada espontáneamente. En las cuatro paredes de vidrio que rodean la tumba de nuestro querido don Giussani podemos leer esta invocación suya: «¡María, tú eres la seguridad de nuestra esperanza!».

Al empezar este gesto, pidámosle a Ella, fuente viva de esperanza, que acompañe nuestro camino de estos días.

**Monseñor Giovanni Paccosi.** ¡Buenas noches a todos! Doy las gracias por la invitación que, aunque haya implicado un gran trabajo de preparación, ha vuelto más profundo mi agradecimiento por esta historia. Quiero decir algunas palabras en dos idiomas. La primera es en florentino: yo soy un «tonto cualquiera», y solo gracias a esta historia – creo que todos podéis decir lo mismo– la esperanza no es solo una palabra, sino una realidad que vivo cada día. La segunda la dirijo en español a todos mis amigos, de una parte y otra del mundo: Quisiera saludar a mis amigos hispanohablantes porque, sin la belleza del carisma que nos ha alcanzado, no podríamos estar tan llenos de alegría y de esperanza. No podríamos estar así, con la mirada llena de gozo, en medio de un mundo que parece que se desmorona por todos los lados, pero con la alegría y la fuerza para construir un pedazo de mundo nuevo. En estos dos días trataremos de ir al origen de nuestra esperanza.

---

<sup>4</sup> Luca Della Robbia, *La Visitación*, detalle, terracota vidriada, 1445 ca., Iglesia de San Giovanni Fuorcivitas, Pistoia, Italia.

■ INTRODUCCIÓN  
Giovanni Paccosi

*Un ímpetu incoercible de realización de nosotros mismos,  
un deseo natural de felicidad*

«La esperanza no marcha sola. Para esperar, hija mía, hace falta ser feliz de verdad. Hace falta haber obtenido, recibido una gran gracia»<sup>5</sup>, decía Péguy en *El pórtico del misterio de la segunda virtud*, del que hemos tomado el título de estos días. Es la esperanza lo que queremos mirar en estos Ejercicios y queremos hacerlo siguiendo los pasos que don Giussani nos ha ofrecido sobre todo en dos textos: *¿Se puede vivir así?* y *¿Se puede (verdaderamente) vivir así?*<sup>6</sup>

En *¿Se puede vivir así?* don Giussani afirma: «La gran gracia representa y asegura un presente en el que se ha injertado una semilla extraña que permite que florezca la esperanza en el mañana. “Florece la esperanza del día que no muere”»<sup>7</sup>.

La esperanza confiere a nuestra pobre vida una perspectiva infinita, eterna. A esto se refiere el símbolo del ancla que la tradición iconográfica cristiana ha usado siempre para remitir a la esperanza; es una imagen contenida en la carta a los Hebreos, que dice así: «La cual [la esperanza] es para nosotros como ancla del alma, segura y firme, que penetra más allá de la cortina, donde entró, como precursor, por nosotros, Jesús»<sup>8</sup>. Para los hebreos, el Templo de Jerusalén era el lugar en el que Dios habitaba en medio de su pueblo. Por tanto, la esperanza nos introduce en la morada, en la dimensión eterna, infinita, de Dios. El autor de la carta a los Hebreos no usa la imagen de la roca, sino la del ancla, porque la esperanza no elimina las tempestades, sino que establece un punto firme que no cede. A pesar de que podamos ser zarandeados por el oleaje

<sup>5</sup> Ch. Péguy, *Los tres misterios*, Encuentro, Madrid 2008, p. 235.

<sup>6</sup> L. Giussani, *¿Se puede vivir así? Un acercamiento extraño a la existencia cristiana*, Encuentro, Madrid 2023; L. Giussani, *¿Se puede (verdaderamente) vivir así? La esperanza*, Encuentro, Madrid 2024.

<sup>7</sup> L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, Encuentro, Madrid 2023, p. 167.

<sup>8</sup> Heb 6,19-20.

de la vida, no nos separamos del ancla. Decía el Papa en una homilía en Santa Marta en 2013: «“La esperanza es un ancla”»; un ancla fijada en la orilla del más allá. Nuestra vida es como caminar por la cuerda hacia ese ancla». Y añadía: «¿Dónde estamos anclados nosotros?»<sup>9</sup>. ¡Preguntémoslo! ¿En qué se funda nuestra esperanza? Lo mismo que el ancla tira de la nave y la mantiene segura incluso en medio de un mar tempestuoso, así –decía Péguy– la pequeña esperanza tira de la fe y de la caridad. Es pequeña, pero es ella la que permite caminar.

Agustín decía que un hombre no daría ni un paso si no estuviese seguro de la meta. La esperanza está anclada en el más allá y nos atrae hacia el destino, hacia la plenitud a la que solos no podríamos llegar.

Leo los versos de Péguy que preceden y siguen a los que hemos puesto como título de estos Ejercicios: «Pero la esperanza, dice Dios, sí que me asombra. / A mí mismo. / Sí que es sorprendente. / Que esos pobres niños vean cómo pasa todo eso y crean que mañana irá mejor. / Que vean cómo pasa eso hoy y crean que irá mejor mañana en la mañana. / Sí que es sorprendente y seguro la más grande maravilla de nuestra gracia. / Y yo mismo me quedo sorprendido. / Y mi gracia tiene que ser en efecto una fuerza increíble. / Y brotar de una fuente y como un río inagotable [...]. / Qué grande tiene que ser mi gracia y la fuerza de mi gracia para que esa pequeña esperanza, vacilante al soplo del pecado, temblorosa a todos los vientos, ansiosa al menor soplo, sea tan invariable, se mantenga tan fiel, tan recta, tan pura; e invencible, e inmortal, e inextinguible [...]. / Lo que me admira, dice Dios, es la esperanza. / Y no me retracto. / Esa pequeña esperanza que parece de nada. / Esa niñita esperanza. / Inmortal»<sup>10</sup>.

Dejémosnos asombrar también nosotros (¡el mismo Dios se asombra!), porque parece casi imposible que podamos hablar de esperanza sin esa amargura que asoma desde lo más íntimo cada vez que decimos: «¡Esperemos!», que podamos hablar hoy de ella en este mundo en guerra, en esta sociedad que ya no mira a Cristo y siendo conscientes de nuestro mal.

Sin embargo, ella no depende de nosotros, dice Péguy, sino de la potencia de esa «fuente y como un río inagotable», de esa fuerza vigo-

<sup>9</sup> Francisco, *La esperanza, esta desconocida. Meditación matutina en Santa Marta*, 29 de octubre de 2013.

<sup>10</sup> Ch. Péguy, *Los tres misterios*, op. cit., pp. 232-233.

rosa que no es nuestra, sino completamente Suya, de Su gracia que nos alcanza ahora en Cristo, que sucede ahora de nuevo. El ancla está fijada en el más allá, pero en el más allá que ha venido a nuestro encuentro, que nos ha mirado y nos ha llamado en esta historia.

Por el mero hecho de entrar aquí esta noche, por el hecho, como decía Davide, en absoluto obvio, de estar aquí tantas personas (con todos los sacrificios que han hecho falta), en la música, en los cantos, en los rostros conocidos desde hace años y en los rostros nuevos de esta compañía, sucede otra fuente («y como un río inagotable») que no somos nosotros, que no soy yo, una fuente que renueva la esperanza de un cambio, como una ráfaga de vida nueva sobre los huesos secos de nuestra aridez. ¿Os acordáis del texto de Ezequiel 37? «Me preguntó: “Hijo de hombre: ¿podrán revivir estos huesos?”. Yo respondí: “Señor, Dios mío, tú lo sabes”»<sup>11</sup>. Estamos aquí por esta esperanza, por la esperanza de que Otro, que sucede ahora, pueda hacernos revivir.

Dios se asombra de nuestra esperanza porque no es fácil, decíamos, no es obvia. El dolor y la muerte (Péguy habla de la oración de los padres que han perdido a sus hijos inocentes) son las grandes objeciones a la esperanza. Ella es algo que no podemos generar nosotros. Por eso se llama «virtud teologal», porque viene de Dios, es donada por Dios, es una gracia. Sucede, y nosotros estamos aquí porque Cristo ha acontecido en nuestra vida; aquí se ve el vínculo con la fe, en cuya reflexión nos guio el año pasado el padre Lepori.

Lo que nos conquistó cuando Cristo aconteció en nuestra vida por primera vez, cuando se produjo el primer encuentro y cuando vuelve a acontecer ahora, lo hizo y lo sigue haciendo porque encontró y encuentra en nosotros un reconocimiento inmediato. ¡Tenemos un corazón que Lo reconoce! De hecho, se trata de una gracia que se injerta, como dice el *Catecismo de la Iglesia Católica*, en el «deseo natural de felicidad». Continúa el Catecismo: «Este deseo es de origen divino: Dios lo ha puesto en el corazón del hombre a fin de atraerlo hacia Él, el único que lo puede satisfacer»<sup>12</sup>. San Agustín habla de ello así: «Ciertamente todos nosotros anhelamos ser felices, y en el género humano no hay nadie que no dé su asentimiento a esta proposición, incluso antes de que sea

---

<sup>11</sup> Ez 37,3 (cf. todo el capítulo).

<sup>12</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1718.

plenamente enunciada»<sup>13</sup>. ¿Es verdad ahora también para mí, para ti? «¿Hay alguien que ame la vida y desee días de prosperidad?»<sup>14</sup>. Era el título del Meeting de 2003, que fue sugerido por el padre Lepori y que remite al prólogo de la Regla de San Benito, en la que Benito plantea esta pregunta como raíz de la decisión de hacerse monje.

Don Giussani nos ayuda a no pasar demasiado rápido por encima de esta afirmación del Catecismo y de la tradición cristiana, como si fuese una premisa obvia, para hacer después un tratado teológico sobre la esperanza. Estos Ejercicios no serán un tratado teológico sobre la esperanza, que partiría de la exposición de la doctrina contenida en la Sagrada Escritura, en los Padres de la Iglesia y de una reflexión teológica. Para hablar de la esperanza en estos Ejercicios vamos a partir de aquí, de su dimensión natural, humana. Desde el punto de vista pedagógico, don Giussani habla de la esperanza como cumplimiento de algo que apremia ya en nuestra vida, del *deseo* que nos constituye de forma natural como personas humanas, de este «deseo natural de felicidad», como lo llama el Catecismo.

Encontramos en nosotros este deseo de ser felices, es un movimiento de nuestra naturaleza, que desea y espera el cumplimiento, aunque ella sola no se lo puede dar. Entonces, miremos esta «estructura de promesa» que sostiene nuestro estar en el mundo aquí y ahora.

## El corazón del hombre es promesa

En un pequeño texto de 1961, publicado nuevamente en *Llevar la esperanza*<sup>15</sup>, que lleva por título «De la esperanza a la plenitud del gozo», y que nos acompañará en nuestro itinerario de estos días, don Giussani introduce el tema de la esperanza con estas palabras: «El hombre obtiene el conocimiento de sí y de su destino a través del dato que constituyen las cosas y su existencia [se trata de una afirmación que nos resulta muy familiar en estos meses de reflexión sobre *El sentido religioso*<sup>16</sup>: en la

<sup>13</sup> Agustín de Hipona, *De moribus Ecclesiae catholicae*, 1, 3, 4; CSEL90, 6 (PL 32, 1312).

<sup>14</sup> Salmo 34, 13. RB Prólogo, 15.

<sup>15</sup> «De la esperanza a la plenitud del gozo» (1961), en L. Giussani, *Llevar la esperanza. Primeros escritos*. Encuentro, Madrid 1998, pp. 167-173. También en L. Giussani, *Los jóvenes y el ideal. El desafío de la realidad*, Encuentro, Madrid 1996, pp. 167-173.

<sup>16</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2023.

experiencia descubrimos quiénes somos]. La primera característica del hecho humano es que nacemos con un ímpetu incoercible de realización de nosotros mismos»<sup>17</sup>.

Como un dato objetivo de la experiencia, cada uno de nosotros descubre que ha nacido, que ha sido lanzado a la vida «con un ímpetu incoercible de realización» de sí mismo. Esta es la primera característica, el primer acento del hecho humano: el hombre está definido por este ímpetu, cada gesto tiene este motor. Después añade: «Desde el orgullo más instintivo y los banales y cómodos desahogos hasta las más nobles exigencias de nuestra conciencia y las más altas aventuras del pensamiento, una “fuerza incansable obra en nosotros en cada movimiento” (Foscolo), “un aguijón nos espolea” (Leopardi) hacia el despliegue práctico de nuestra semilla original, explicitando intensamente su significado y su eficacia. “Realizarnos plenamente”»<sup>18</sup>.

Incluso los gestos menos conscientes, esos que ni siquiera llamaríamos gestos, están movidos por este «aguijón». Don Giussani –lo vemos con frecuencia en sus primeros escritos– usa un lenguaje extremadamente sintético que nos fascina. La expresión «orgullo instintivo» lleva dentro toda la gama de intentos conscientes o, a menudo, casi inconscientes, de realizarnos a nosotros mismos en el desahogo del instinto.

Los «banales y cómodos desahogos» implican, si lo pensamos, la búsqueda de la diversión a toda costa, la necesidad de estar bien y de ser bien vistos que se expresa, por ejemplo, en la obsesión de subir a las redes sociales las fotos de los viajes y de los alimentos que se comen, como si fuesen expresión de una felicidad deseada y, sin embargo, siempre tan huidiza.

Estos días atrás leía un par de artículos sobre un libro<sup>19</sup> (no creo que sea importante citar su título) que se propone explicar por qué es tan fácil caer en la tentación de los juegos *online*, o pasar tanto tiempo en las redes sociales, y lo hace hablando del «bucle de la escasez», es decir, el círculo cerrado sobre sí mismo de la escasez. El libro explica la intuición de Si Redd (William Redd), el empresario americano que inventó primero las máquinas de *pinball* y las gramolas y que ha llevado las máquinas tragaperras a Internet. Redd había identificado, dice uno

<sup>17</sup> L. Giussani, *Llevar la esperanza*, op. cit., p. 167.

<sup>18</sup> *Ibidem*.

<sup>19</sup> M. Easter, *Mai abbanstanza*, Roi Edizioni, Milán 2024.

de estos artículos, «una poderosa peculiaridad de la mente humana. Los comportamientos que realizamos en una sucesión rápida, desde el juego de azar a los atracones compulsivos de comida, [...] son manifestaciones que se derivan del bucle de la escasez»<sup>20</sup>. Otro artículo comenta que «este círculo vicioso es el verdadero *trigger* [catalizador, estímulo] que activa la *mindset* [la mentalidad] de la escasez, que nos seduce con pequeñas gratificaciones inmediatas, como las que se dan en las redes sociales: cada notificación recibida –ya sea un ‘me gusta’, un comentario o un mensaje directo– lleva consigo una emoción, comparable con el giro imprevisible de los rulos de una máquina tragaperras. El simple acto de desplazarnos por el *feed* [flujo ininterrumpido de contenidos] nos arrastra a un ciclo continuo [nuestro deseo, que querría llegar hasta el infinito, se queda encerrado] de búsqueda de emociones: felicidad, tristeza, irritación, indignación, envidia o sorpresa. Este comportamiento compulsivo de *scrolling* [desplazamiento en vertical] sin fin activa una repetición rápida y prácticamente infinita que nos mantiene pegados a la pantalla a la espera de la próxima oleada de estímulos emotivos. De este modo, las redes sociales crean un bucle de espera y reacción que se autoalimenta, manteniendo a los usuarios en un estado de constante expectativa y de deseo de confirmaciones sociales»<sup>21</sup>.

He hecho referencia a este fenómeno porque me parece que nos ayuda a comprender cómo nos encerramos también nosotros en círculos cerrados que parten de un deseo verdadero, pero que al final no llegan a nada, vuelven sobre sí mismos dejándonos más vacíos que antes. Esto no sucede solo con los juegos *online* o con las redes sociales. ¿Acaso no nos reconocemos todos un poco en estas líneas?

Don Giussani nos ayuda a reconocer que incluso estos bucles que –hay que decirlo– nos afectan a todos, a nosotros y a los demás, son formas reducidas –y dañinas– en las que no obstante expresamos nuestra humanidad, movidos por la misma sed de realización de nosotros mismos por la que se mueven los más altos pensamientos, decía él, o lo más noble que hay en nuestro corazón. Estamos hechos así, siempre en movimiento hacia un cumplimiento. Creo que esto es importante, porque

<sup>20</sup> A.D. Signorelli, «Mai abbastanza, il libro che spiega come la tecnologia ci faccia desiderare sempre di più», *republica.it*, 2 de abril de 2024.

<sup>21</sup> L. Tedesco, «Cos'è il loop della scarsità, che ci fa desiderare ciò che non ci serve», *wired.it*, 22 de marzo de 2024.

existe un punto de partida en el hombre que ha sido hecho por Dios para que lleguemos a Él. Y no debemos negarlo. Lo veremos mejor mañana.

En el texto de 1961 don Giussani afirma: «Hay un fenómeno fundamental que expresa este impulso original: el *anhelo*, el *deseo*. Fenómeno fundamental que enciende cada gesto nuestro y lo lanza al entramado de la realidad. Gratuito e inevitable, el fenómeno del deseo es [...] una *promesa de cumplimiento*. También la promesa es un hecho: el deseo muestra que la promesa es el hecho que está en el origen de todo el acontecer humano»<sup>22</sup>. El deseo enciende cada gesto. ¡Qué expresión tan bonita! *Enciende* quiere decir que le da inicio, que lo llena de luz y calor y *lo lanza al entramado de la realidad*, lo empuja a la aventura de la búsqueda del cumplimiento. El deseo, añade, es «*promesa de cumplimiento*», y la promesa es un hecho, más aún, es «el hecho que está en el origen de todo el acontecer humano», y lo encontramos en nosotros. Somos promesa. Recordemos el capítulo quinto de *El sentido religioso*, que hemos leído en estas últimas semanas: «“Qué grande es el pensamiento de que verdaderamente *nada se nos debe*. ¿Alguien nos ha prometido nunca nada? Y, entonces, ¿por qué lo esperamos?”. Quizá él [Pavese] no pensó que la espera constituye la estructura misma de nuestra naturaleza, la esencia de nuestra alma. No es resultado de un cálculo: es algo dado. La promesa está en el origen, procede del origen mismo de nuestra hechura. Quien ha hecho al hombre, lo ha hecho “promesa”. El hombre espera estructuralmente, es mendigo por estructura; la vida es estructuralmente promesa»<sup>23</sup>.

Conocemos bien, nos lo recordaba Davide en la conferencia de hace algunas semanas en Recanati<sup>24</sup>, la simpatía profunda de don Giussani por Leopardi, justamente porque estaba totalmente determinado por el deseo indomable de una satisfacción total, que no queda frenado por la experiencia de la insuficiencia de las cosas sino que, incluso, se hace más profundo.

---

<sup>22</sup> L. Giussani, *Llevar la esperanza*, op. cit., p. 167.

<sup>23</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 98.

<sup>24</sup> «Cara beldad. Un pensamiento original en Leopardi y Giussani», Diálogo con Davide Proserpi, presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación, organizado por el Centro Cultural Giacomo Leopardi, Recanati, 23 de marzo de 2024, [espanol.clonline.org/noticias/cultura/2024/04/01/recanati-leopardi-giussani-proserpi](https://espanol.clonline.org/noticias/cultura/2024/04/01/recanati-leopardi-giussani-proserpi)

En *¿Se puede (verdaderamente) vivir así?* don Giussani dedica a Leopardi unas páginas bellísimas que llevan por título «*Già similmente mi stringeva il core*»<sup>25</sup> y que, en mi opinión, sería importante que pudiéramos leer enteras en casa. Dice: «Quiero citar un caso humano donde se ve claramente cómo la esperanza es una palabra humana, que surge donde hay un deseo que uno espera satisfacer. [...] Hablo de la experiencia de Leopardi [...] por la dimensión humana de su testimonio. [...] La vida de Leopardi documenta que la esperanza cristiana es una palabra humana»<sup>26</sup>. Miremos a la cara el haber sido hechos con un deseo infinito.

Es la experiencia que le hacía escribir a Leopardi: «El no poder estar satisfecho de ninguna cosa terrena, ni, por así decirlo, de la tierra entera; el considerar la incalculable amplitud del espacio, el número y la mole maravillosa de los mundos, y encontrar que todo es poco y pequeño para la capacidad del propio ánimo; imaginarse el número de mundos infinitos, y el universo infinito, y sentir que nuestro ánimo y nuestro deseo son aún mayores que el mismo universo, y siempre acusar a las cosas de su insuficiencia y de su nulidad, y padecer necesidades y vacío, y, aun así, aburrimiento, me parece el mayor signo de grandeza y de nobleza que se pueda ver en la naturaleza humana»<sup>27</sup>. Para Leopardi, la nobleza del hombre, en comparación con el resto de criaturas, radica precisamente en esta contradicción. En el drama de no encontrar nunca nada que corresponda con la amplitud del deseo, porque «todo es poco y pequeño para la capacidad del propio ánimo». En esto se pone de manifiesto la sublimidad del sentir, el «misterio eterno / de nuestra existencia»<sup>28</sup>, porque también la «tragedia de una contradicción cotidiana es como una tierra de la que brota una exaltación del hombre: su ánimo se ennoblece»<sup>29</sup>.

Y Leopardi alcanza el vértice de esta nobleza cuando, aun desde la afirmación ideológica de la nada como horizonte último, no puede en cualquier caso silenciar el ardor del deseo.

<sup>25</sup> L. Giussani, «Già similmente mi stringeva il core» en Id., *¿Se puede (verdaderamente) vivir así? La esperanza*, op. cit., pp. 72-88.

<sup>26</sup> *Ibidem*, pp. 73-74.

<sup>27</sup> G. Leopardi, «Pensamiento LXVIII», en Id., *Poesía y prosa*, Alfaguara, Madrid 1990, pp. 465-466.

<sup>28</sup> G. Leopardi, «Sobre el retrato de una bella mujer esculpido en el monumento sepulcral de la misma», vv. 22-23, en Id., *Poesía y prosa*, op. cit., p. 227.

<sup>29</sup> L. Giussani, *¿Se puede (verdaderamente) vivir así? La esperanza*, op. cit., p. 79.

Termino la referencia a Leopardi con estas palabras de don Giussani: «A pesar de la experiencia contradictoria a la que da lugar, la realidad enaltece el alma del hombre y, en tal exaltación, nace un respiro soñador que descuella en su vida. Lo que nace de la contradicción, el *no*, constituye la respuesta de la cabeza, pero el corazón arde en deseo, no se conforma con un *no*»<sup>30</sup>.

En el texto de 1961 don Giussani concluye afirmando que reconocer la estructura de promesa que tiene nuestra vida, que se expresa dinámicamente en el deseo, confiar en ella «es lo que fundamenta la simpatía inexorable que tenemos a nuestro ser y a la vida, lo que posibilita, por consiguiente, la atención a nosotros mismos, lo que genera ese “sentido de sí” que no es solamente un mero saber de nosotros, sino algo más intenso, un reconocimiento amoroso de que tenemos un destino cargado de valor»<sup>31</sup>.

### **De la simpatía por nosotros mismos brota la oración del mendigo**

Ayer me llegó un testimonio del que quiero leeros algunas líneas. Lo escribe un profesor que cuenta que en una cena de fin de curso con los alumnos, una chica que siempre le había parecido un poco distante, después de escuchar «La gota» de Chopin y el comentario de don Giussani que había leído este profesor, le dice: «Desde pequeña, siempre había pensado que tenía dentro de mí algo que no funcionaba bien, una inquietud, una punzada. Estaba encerrada en mí misma, lloraba con frecuencia y por las noches no conseguía dormir. En cambio, después de aquella clase, la inquietud que sentía dejó de dolerme, dejó de darme miedo, porque había alguien que la describía así, la vivía así. Esa gota, ese aparente tormento no era una desgracia, era deseo de felicidad. Desde ese momento, he podido dormir siempre en paz». Después, cuenta el profesor, «me dijo que se había hecho tatuar la gota en su cuerpo para acordarse siempre de ese momento».

Esta estatura humana, tan llena de dignidad y de conciencia del destino, consciente de su deseo que empuja hacia un horizonte sin fin, me recuerda a una preciosa imagen del siglo XVII, quizá del escultor se-

---

<sup>30</sup> *Ibidem*, pp. 79-80.

<sup>31</sup> L. Giussani, *Llevar la esperanza*, op. cit., p. 167.

villano Juan Martínez Montañés, que se encuentra en la estupenda sacristía de la iglesia de los Jesuitas en Lima, en Perú, donde viví durante muchos años. Representa a san Ignacio de Loyola. Quien la mira se queda impresionado por la mirada de Ignacio, dirigida hacia un horizonte lejano, más allá de todo, pero al mismo tiempo con la expresión decidida de un aventurero y no de un soñador. Cuando la vi pensé: «Se trata desde luego de la imagen de un cristiano que mira hacia un horizonte infinito». Impresiona esa mirada tan encendida por el deseo del más allá y al mismo tiempo tan llena de la concreción propia de un guerrero. Esa mirada no lo lleva fuera de la realidad, por el contrario lo llena de una energía y de una voluntad que lo lleva a hacer de todo para alcanzar ese más allá. Pero, ¿quién podría sostenerse en esta pureza y concreción sin una gran gracia, sin descubrir, como hizo san Ignacio cuando conoció a Cristo, que había respuesta a su corazón lleno de la espera de cosas grandes?

Nosotros hoy, aquí, al comienzo de estos Ejercicios, estamos agradecidos porque Jesús ha venido a nuestro encuentro y ha resucitado nuestra esperanza, nos saca del bucle, de los círculos cerrados en los que nos refugiarnos y, al igual que san Ignacio, podemos mirar nuestra humanidad deseosa de cumplimiento con esta simpatía, con este «reconocimiento amoroso» de un destino grande, decía Giussani, al que Dios nos ha llamado al darnos la vida y este corazón que arde de deseo.

Y sin embargo, somos débiles. No sé si habéis leído las frases de don Giussani que se han proyectado en las pantallas comentando el pasaje de Schubert que hemos escuchado al entrar en el salón, que hablan precisamente de nosotros, que somos tan débiles. La esperanza es la esperanza del pobre, dice. Sabemos bien que en cuanto nos separamos un milímetro de Cristo, en cuanto nos separamos un milímetro de su presencia en la Iglesia, de esta compañía nacida del carisma de don Giussani, somos víctimas de ese sutil nihilismo –hablaremos de ello mañana– que penetra en nosotros como un aire contaminado que ensucia la pureza del deseo, como un lastre que nos reduce al «orgullo instintivo» o a la «banalidad de nuestras cómodas expansiones» y que introduce esa sutil presunción que se presenta como incertidumbre y duda sobre nosotros mismos y –peor aún– sobre la realidad humana de Cristo. Nos parece que ya no la necesitamos, que ya no es capaz de responder a nuestra espera.

Entre las contribuciones que me han llegado, algunas hablan de poner la esperanza en Dios, pero en un sentido que encierra un poco de escepticismo, como si dijera: «Yo deseo esto desde hace mucho, pero ¿cuándo va a responderme Dios?», como si la medida de Dios fuese nuestra medida. Es un juicio que hacemos también sobre Dios. Por ello podemos tomar distancia, juzgando en base a nuestro deseo reducido a medida; podemos incluso –quizá sin darnos cuenta– tomar distancia con respecto a la propuesta concreta, actual, y por tanto a nuestra compañía, al movimiento o incluso al Papa que guía a la Iglesia. ¡Esto pasa, ¿eh?! Pero al hacerlo perdemos la gran gracia que hemos recibido y nos quedamos con un deseo reducido sin posibilidad alguna de volver a abrir los horizontes. Ya no nos identificamos con la persona que guía y de este modo –milímetro a milímetro– nos separamos de la presencia concreta, histórica y objetiva de Jesús. La gracia fluye desde esta fuente que nos alcanza ahora en la Iglesia, pero esta reducción de nosotros mismos, de la conciencia de la inmensidad de nuestra necesidad, nos arranca la sencillez de la adhesión.

En mi experiencia como responsable de América Latina, veo en cambio que quien vive poniéndose más en juego por las situaciones en las que se encuentra, quien sufre muchas limitaciones, tiene un deseo de plenitud más puro, sin «si» y sin «pero», y no tiene tiempo ni ganas de ponerse a juzgar al Papa o al movimiento, lo ama con sencillez y agradecimiento. No por ingenuidad, sino por la conciencia profunda de que su propia necesidad no la puede resolver por sí mismo. Se pega a la «gran gracia» y la mendiga cada día, sigue como si fuera una oración, es más, reza siguiendo, porque lo necesita para vivir y experimenta de este modo la esperanza que florece en circunstancias aparentemente imposibles. De hecho, la esperanza comienza de nuevo cada día como oración.

Cuando reconocemos con sencillez que estamos llenos de un deseo sin límites, la oración brota en nosotros como la expresión más humana de la espera de que Otro cumpla la promesa. Una oración despojada de la pretensión de definir cómo tendría que responder el Misterio a nuestro grito; es la oración del mendigo, pobre de espíritu.

Cuando se publicó en 2008 un libro titulado *Uomini senza patria*, de la serie de *équipes* del CLU, me quedé muy impresionado por una página en la que don Giussani representa con una imagen en qué consiste

la oración del pobre de espíritu. Quiero leerla para que nos acompañe esta noche y nos ayude a empezar estos días con la actitud adecuada, la única verdadera, la del mendigo. Dice: «El pobre de espíritu –tenéis que imaginároslo como uno que tiene la boca abierta y los ojos de par en par mirando el cielo y la tierra con asombro, estupefacto; por ello tiene una disponibilidad fisiológicamente evidente –es aquel que no tiene nada. [...] El pobre de espíritu es alguien que no tiene nada excepto algo para lo que está hecho y que a su vez le constituye, es decir, una aspiración sin fin. En esto consiste la apertura y la disponibilidad: una espera sin límite. No es una espera sin límite porque carezca de límite el cúmulo de cosas que espera [el *scrolling* de nuestros móviles y de nuestros proyectos]; no, no espera nada, pero vive con una apertura sin límite –¡y no espera nada!–. [...] Es como si [esta es la imagen que se me ha quedado grabada] nos imagináramos en ese prado [estaban en el *équipe* del CLU en los Dolomitas] a un pobre de espíritu; tendríamos que imaginárnoslo sentado ahí, con las piernas cruzadas, con la cara hacia arriba mirando el cielo, la tierra, las montañas y todo con esta dilatación total del corazón sin que él se fije en su imagen: “Me gustaría tener un techo, una casa, una mujer, hijos, me gustaría tener dinero”. ¡Nada, no hay nada! En esto consiste la originalidad del hombre; de hecho, la originalidad del hombre es la espera del infinito»<sup>32</sup> sin hacerse ninguna imagen de él. ¡Este pobre somos nosotros!

Esta noche debemos suplicar, mendigar esta sencillez absoluta para redescubrirnos como pura espera, hechos de un deseo sin fin, seguros y contentos de encontrarnos por gracia en el umbral de la esperanza que no defrauda, tan pobres y mendigos delante de Él. Busquemos esta noche y a lo largo de estos días el silencio; aprovechémonos de la gran oportunidad que se nos da para mendigar a Aquel que ama tanto nuestra humanidad que nos ha hecho deseo de Él, para llenarnos de su gracia.

---

<sup>32</sup> L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, BUR, Milán 2008, p. 298.

## SANTA MISA

*Liturgia de la Santa Misa: Hch 5,34-42, Sal 26 (27); Jn 6,1-15*

**HOMILÍA DEL P. MAURO-GIUSEPPE LEPORI  
ABAD GENERAL DE LA ORDEN CISTERCIENSE**

«Subió Jesús entonces a la montaña y se sentó allí con sus discípulos».

También nosotros, si estamos aquí, es porque de un modo u otro Jesús nos ha atraído y le hemos seguido hasta un lugar elevado y apartado para sentarnos con Él y escucharlo, para gustar de su presencia y su amistad, para darnos cuenta del placer que le causa estar con nosotros, el mismo que sentimos nosotros estando con Él. Es bonito detenernos un momento para concentrarnos en Jesús, en su presencia tan sencilla entre nosotros, tan sencilla como un grupo de amigos que se sientan juntos. Es bonito pararse a escucharlo, a oírle hablar, a escuchar sus palabras de vida eterna que reavivan en nosotros un deseo de plenitud, de vida desbordante, como la Vida de Dios. Es bonito también descubrirnos unos y otros atraídos de igual modo por Él, percibir que el amor de Cristo nos hace estar bien juntos, nos hace amigos, nos une. Totalmente suyos, y por ello pertenecientes los unos a los otros con un vínculo más fuerte, más eterno que cualquier otro vínculo de amistad o parentesco. Pero en ese grupo había algunos que ya eran amigos antes de conocer a Jesús, había hermanos, como Pedro y Andrés, Santiago y Juan. También esa amistad, ese parentesco, todo se intensificaba estando con Cristo, se volvía nuevo, era arrancado de la instintividad, de la obviedad, de agotarse en nuestros límites.

Pero ese placer de estar a solas con Él y juntos con Él, ¿dónde los llevaba, qué sentido tenía? ¿Dónde nos lleva, qué sentido tiene que estemos aquí con Cristo, mirando a Cristo, escuchando a Cristo, amando a Cristo? ¿Dónde nos lleva la predilección de Jesús?

Lo podemos entender con la misma sencillez con que lo seguíamos dócilmente mientras se alejaba de la multitud y nos llevaba aparte. Lo entendemos con la misma sencillez con que nos hemos sentado en círculo con Él. Lo entendemos escuchándolo, lo entendemos mirándolo, lo entendemos si nos exponemos con pobreza de corazón, es decir, con

agradecimiento, ante el acontecimiento que es Él, su persona, su palabra. Lo entendemos fijándonos en su Rostro.

«Jesús entonces levantó los ojos y vio que acudía mucha gente».

Lo estábamos mirando, dichosos por su belleza, por la correspondencia de ese Rostro con el deseo de belleza y bondad de nuestro corazón. Entonces vemos que su mirada se eleva sobre nuestras cabezas, hacia el horizonte. Instintivamente, nos giramos para mirar con Él más allá de nuestro grupo, más allá de nuestro gusto de estar juntos con Él. Vemos con Él a la multitud.

Surge entonces la tentación de sentir cierto malestar, irritación. ¿A qué viene esa multitud con lo a gusto que estamos con Cristo? ¿A qué viene ese ruido con el silencio con el que lo estamos escuchando? ¿Qué tiene que ver toda esa miseria humana con el placer de contemplar al Señor?

Pero su mirada es inexorable, porque su compasión es inexorable. Como la compasión con que nos alcanzó a nosotros, cuando un día nos miró igual que mira ahora a la multitud que viene, a la humanidad entera.

Todo nuestro estar con Él, toda la belleza que experimentamos con Él, no se anula, no se niega, sino que tiene un sentido, tiene un rumbo que define Su mirada. No se elimina nada de la amistad y predilección que Él nos concede, a la que nos llama, pero esa amistad y esa predilección tienen una amplitud infinita, lo abrazan todo y a todos. Y esto nos permite percibir y experimentar el corazón de Dios, qué es, cómo es el corazón de Dios. Un corazón cuya intimidad más honda es un abrazo universal. La intimidad con Cristo que Él me otorga es más verdadera, profunda y real cuanto más lo abraza todo y a todos. Precisamente porque me estrecha hacia sí, a su corazón, yo no salgo fuera del mundo sino que penetro en él hasta el fondo, hasta los confines extremos de la tierra. El corazón de Cristo, el corazón de Dios que desvela la mirada de Cristo, es la Misericordia que al estrecharnos hacia sí, nos une estrechamente a todos, en un movimiento de pasión por la humanidad que ya no tiene límites, mis límites.

Pero nuestro corazón no sabe, no puede dilatarse desde sí mismo hasta esa medida sin medida. Necesita al Espíritu, como la Virgen María. Necesita ofrecerse al don de Dios que es Paráclito, que es Consuelo en Persona, al Espíritu que hace al Hijo carne de nuestra carne, presencia en nuestra presencia, humanidad en nuestra humanidad.

¿Cómo puede suceder esto? Sucede igual que con la Virgen María, igual que con este muchacho de los cinco panes y dos peces: ofreciendo toda la nada que tenemos, ofreciendo toda la nada que somos. Esta es nuestra esperanza. Entonces todo se multiplica en nosotros y entre nosotros, todo viene a saciar el hambre de la humanidad, porque en realidad ¡todo se convierte en cuerpo y sangre de Cristo, Redentor del mundo!

# *Sábado 13 de abril, por la mañana*

*Wolfgang Amadeus Mozart*

*Concierto para piano en re menor n. 20, K466*

*Piano, Clara Haskil, Orchestre des Concerts Lamoureux – Igor Markevitch*

*«Spirto Gentil» n. 32, (Philips) Universal*

*Ángelus*

*Laudes*

## **Davide Prosperi**

Este año ha venido también a saludarnos y a traernos su bendición Su Excelencia monseñor Nicolò Anselmi, obispo de Rímimi. Gracias.

## **Monseñor Nicolò Anselmi**

Gracias por la invitación, gracias por estar aquí, creo haber entendido que en Rímimi os sentís bastante como en casa. Os agradezco todo el bien que hacéis en la Iglesia, todo el bien que hacéis en vuestras comunidades, en la sociedad. En este año, que el Santo Padre ha querido dedicar a la oración como preparación al Jubileo del año que viene, *Peregrinos de esperanza*, el hecho de que seáis tan numerosos me hace sentir en el corazón que la necesidad de oración, de estar con el Señor, de dejarnos guiar por su Espíritu, nos afecta a nosotros, que somos creyentes. Pero creo que también el mundo tiene un gran deseo de profundidad, de redescubrir la presencia de Dios y del Señor Jesús en la vida concreta –como escucharemos en el Evangelio de mañana–, de Jesús, que se pone a comer pescado, que camina sobre las aguas, que libera y da luz en las tinieblas.

Gracias de verdad. Sintámonos unidos; un trozo de nuestra diócesis reza con vosotros y por vosotros. Buenos y santos Ejercicios, buen tiempo de Pascua y buena misión en el mundo y en vuestras comunidades. Gracias otra vez.

*Bendición*

## **Prosperi**

Gracias.

■ PRIMERA MEDITACIÓN  
Giovanni Paccosi

*Del deseo a la esperanza cristiana*

Cada uno de los cantos que acabamos de escuchar nos ayuda a volver al punto en que nos quedamos ayer. *Imposible*<sup>33</sup>, es el grito lleno de dolor porque todo lo que uno desea no responde al deseo del corazón. Parece imposible, parecería imposible si no sucediera lo que hemos escuchado en el primer canto de esta mañana, *Il mio volto*: «Dios mío, me miro y descubro que no tengo rostro; miro dentro de mí y veo la oscuridad sin fin». La percepción de mi incapacidad para realizar mi vida, para realizar la promesa de un bien que no conozco, que no puedo imaginar, me permite entender que, si soy sincero, solo puedo pedir, mendigar desde una «espera sin límite», como veíamos al término de la Introducción de ayer por la noche. Ante esta espera, todavía indefinida, sucede, sin mérito alguno por mi parte, un hecho del que me doy cuenta, algo nuevo. «Solo cuando advierto que tú estás, como un eco vuelvo a escuchar mi voz y renazco como el tiempo del recuerdo»<sup>34</sup>.

Y entonces la voz y los ojos no son inútiles, porque hay quien responde al grito de la voz, a la aspiración de los ojos. Cuando lo reconozco a Él, renace mi yo, no ya como deseo indefinido o reducido a una imagen que yo me hago o como petición impaciente, sino como espera –la espera del pobre, del mendicante– y esperanza de Él, que me promete el cumplimiento, misterioso, pero real.

**Los pecados contra la esperanza (en lugar de signos, sueños)**

Retomemos el hilo de la reflexión y volvamos al texto de don Giussani de 1961. Después de mostrar que la esperanza, como promesa de cumplimiento, es el tejido mismo del ser humano, incluso cuando caemos en la instintividad o en la comodidad (don Giussani dice que incluso

<sup>33</sup> Atahualpa Yupanqui, «Vidala del imposible», del álbum *Mi tierra, te están cambiando*, 1973, © Odeon.

<sup>34</sup> A. Mascagni, *Il mio volto*, en *Canti*, Società Coop. Ed. Nuovo Mondo, Milán 2014, p. 196.

esto –paradójicamente– demuestra que somos deseo, espera y promesa), subraya que existen verdaderos «pecados contra la esperanza». «Pero la genialidad humana [dice “genialidad” un poco irónicamente] parece consistir precisamente en captar su impotencia como consejo último de su experiencia. Por eso la virtud de la esperanza es combatida encarnizadamente por una *tristeza* (la *tristitia saeculi* de san Pablo) o por una *desidia* (la *acoedia* de la que habla santo Tomás), cuyo resultado es la *falta de disponibilidad* hacia el sentido positivo en el que la naturaleza nos introduce desde el comienzo. Precisamente de esta falta de disponibilidad surgen las actitudes contradictorias con la esperanza, los pecados contra la esperanza»<sup>35</sup>.

La falta de disponibilidad para permanecer en la espera consiste en no aceptar que somos criaturas, que hemos sido hechos como promesa de cumplimiento, un cumplimiento que se producirá no según nuestras formas y como queremos nosotros, sino por obra de un Tú, de ese Tú que es más yo que yo mismo. Hasta el punto de que incluso la soledad, como hemos meditado en estos últimos tiempos en la Escuela de comunidad, está llena de una compañía. «Antes que la soledad», dice de hecho *El sentido religioso*, «está la compañía que abraza mi soledad, de manera que esta ya no es una verdadera soledad, sino un grito que recuerda la compañía escondida»<sup>36</sup>.

Pero no lo reconocemos. Y esta falta de reconocimiento, esta falta de disponibilidad a la espera sí que es fruto del pecado, pero también de una actitud que nace de la historia de estos últimos siglos en que se ha afirmado una creciente pretensión de autonomía por parte del hombre, que cada vez está más falto de disponibilidad para reconocer esta compañía misteriosa. Esta pretensión, que respiramos incluso en nuestra vivencia de la fe cristiana, favorece que cedamos a la tentación triste de definir nosotros cómo debería ser y cuándo debería llegar la respuesta al deseo, y por eso seguimos sin estar disponibles a la espera.

Sobre las raíces de esta falta de disponibilidad y sobre cómo ha surgido en la historia de Occidente este cerramiento a Aquel que es más yo que yo mismo, a ese «Tú-que-me-haces»<sup>37</sup>, os invito a retomar los nú-

<sup>35</sup> L. Giussani, *Llevar la esperanza*, op. cit., p. 168.

<sup>36</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 101.

<sup>37</sup> *Ibidem*, p. 175.

meros 16 al 23 de la *Spe salvi*<sup>38</sup> del papa Benedicto XVI, los bellísimos números 101 al 121 de la *Laudato si'*<sup>39</sup> del papa Francisco, las páginas de *La conciencia religiosa del hombre moderno*<sup>40</sup> de don Giussani o las de *Por qué la Iglesia*<sup>41</sup>, que nos ayudan a comprender mejor cómo se ha afirmado esta pretensión de autonomía en el paso de la mentalidad medieval a la forma moderna de concebirnos autónomamente. Es una historia que se refleja en la historia de cada uno de nosotros.

Es interesante profundizar en las actitudes que nacen de esta falta de disponibilidad, según recoge don Giussani en su escrito de 1961:

«El primero y más fácil de todos consiste en la *evagatio mentis*. Es la distracción en su sentido más corriente, que coincide con ese retirarse a la mediocridad melancólica de la mayoría, dejándose enredar por los resabidos sentimentalismos y absorber continuamente por las voces banales del ambiente»<sup>42</sup>.

Una *evagatio mentis* que nos lleva a aceptar (aun sabiendo de antemano que no estaremos satisfechos) complacernos con pequeñas satisfacciones, puestas en fila una detrás de otra los fines de semana o en el tiempo libre, buscando una distracción que hace que, en la cotidianidad hecha de trabajo, relaciones, uso del tiempo y del dinero, renunciemos con facilidad a todo lo que nos reclamaría al ideal: la oración, ciertos rostros amigos, la Escuela de comunidad, la misa... (¿quién va a misa a diario?).

Abro un paréntesis. Si os dais cuenta, los pecados contra la esperanza de los que habla don Giussani no son infracciones de determinadas reglas, sino una retirada de nuestra humanidad, una reducción que ahoga la grandeza de ese grito que le hace decir a Atahualpa Yupanqui, el cantante que ha hecho famosa la canción *Imposible*: «Pero entonces, ¿por qué me has hecho unos ojos? ¿Y por qué tengo ojos si no puedo ver?»<sup>43</sup>. La insatisfacción inevitable sería un *signo* que podría ponernos nuevamente en movimiento, y en cambio termina en una *evagatio*

<sup>38</sup> Cf. Benedicto XVI, Carta encíclica *Spe salvi*, Roma 2007, nn. 16-23.

<sup>39</sup> Cf. Francisco, Carta encíclica *Laudato si'*, Roma 2015, nn. 101-121.

<sup>40</sup> Publicado nuevamente en L. Giussani, *El sentido de Dios y el hombre moderno*, Encuentro, Madrid 2005, pp. 87-159.

<sup>41</sup> L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2014, pp. 52-95.

<sup>42</sup> L. Giussani, *Llevar la esperanza*, op. cit., p. 168.

<sup>43</sup> «¿Para qué quiero mis ojos? / ¿Mis ojos para qué sirven?» (A. Yupanqui, «Vidala del imposible», op. cit.).

*mentis*. Más que percibir la insatisfacción como el punto de partida para abrirnos al otro, nos encerramos con facilidad en la esfera, o mejor, en la pompa de jabón de sueños que no tienen el alcance del infinito.

De ese modo prevalece un caminar incierto, justificado por la maña de los *si* y de los *pero*, de los *quizá* y de los *me gusta* o *no me gusta*, que reduce nuestro corazón, lo enreda en una niebla triste. A este respecto, resultan impresionantes algunos textos de don Giussani. Por ejemplo, *Uomini senza patria*: «Los “pero”, los “si”, los “quizá”, los “sin embargo” ante el presentimiento, ante la previsión, ante la intuición, ante el hecho de entrever la verdad, son una vergüenza, una falta de valor, una falta de adhesión. Es como cuando uno te da la mano para estrechar la tuya como amigo, y tú te presentas con las manos flojas, con los dedos hacia abajo, con el pulgar que ni siquiera se levanta para agarrar. [...] Pues bien, frente a la vida los “pero”, los “si”, los “quizá”, los “sin embargo” son como una flacidez ambigua, ni siquiera triste [...] sino innoble, “blandengue”, fangosa; no, no fangosa, sino parecida a esa característica viscosidad de ciertas aguas, pantanosa. Esto es, una mano “pantanosa”»<sup>44</sup>.

¡Qué asco! Una forma viscosa, *pantanosa* de estar en la vida... Qué impresión esta descripción de la reducción flácida de nuestra humanidad hacia la que somos conducidos cada día sin darnos cuenta. Este descuido –lleno de soberbia, porque no pide– manifiesta cómo cedemos a una fuerza de mal, a «la» fuerza del mal, el diablo, que trata de arrancarnos de Cristo arrancándonos de nuestra misma humanidad, haciendo que nos hundamos en las arenas movedizas de una superficialidad que se vuelve indecisa, como dice *El sentido religioso*, con «la lista de los “pero”, “si”, (...) línea de fuego que protege la retirada de nuestro compromiso personal con el misterio»<sup>45</sup>.

Esta retirada de nuestro compromiso la encontré descrita en un artículo del pasado 6 de enero relativo a una investigación encargada por la Oficina de Estudios Coop, que hablaba de Italia como de «un país en pausa» (ayer por la noche Davide citaba el Informe Censis que retrata a una Italia «sonámbula»). «El deseo de cambio existe pero nadie cree en él. Y los que pagan el pato son los grandes proyectos. [...] A fuerza

<sup>44</sup> L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, op. cit., p. 123.

<sup>45</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 210.

de retrasos y renunciaciones, los italianos se resignan a una vida hecha de pequeñas cosas, viven de restas más que de sumas, y el futuro del país se contrae en una dinámica temporal dominada por el presente»<sup>46</sup>. Sí, pero un presente sin pasado y sin futuro, sin esperanza; justamente el presente de las pequeñas cosas en las que uno se complace.

El segundo pecado contra la esperanza que señalaba don Giussani en 1961 es el *estoicismo* como intento de no desear ya cosas grandes. «En el fondo, es la pretensión de medirlo todo con sus propias energías, de saber medir y afrontar el peso de todo con la simple voluntad de cada uno. [...] Es la presunción que limita las dimensiones del hombre a intentar autoafirmarse encarnizadamente. Dan ganas de citar a Shakespeare: “Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, que en tu filosofía”»<sup>47</sup>.

Esta actitud identifica el cumplimiento del deseo con imágenes que producimos nosotros: seré feliz cuando tenga una mujer, un marido, cuando gane lo suficiente, cuando tenga hijos e hijos buenos, cuando... cuando... En 1961 Giussani veía cómo esta ideología, en el fondo nihilista, se disfrazaba de *esperanza puesta en el cambio de la sociedad, según un proyecto colectivo*, pero hoy podemos darnos cuenta de que (aparte de los países en los que esta ilusión ideológica sigue alimentando poderes dictatoriales que vuelven triste y amarga la vida de pueblos enteros) la ilusión utópica de poder, «la presunción que limita las dimensiones del hombre a intentar autoafirmarse encarnizadamente», se ha reducido en nuestra sociedad a la afirmación de los llamados *derechos individuales*, a la negación de cualquier dato objetivo más allá de la elección del individuo (si dentro de mí hay un grito, como hemos escuchado en la canción *Anyone*: «¿Hay alguien?»<sup>48</sup>, este grito se considera absurdo), con una *fluidéz* a todos los niveles, desde cambiar de bandera y opinión según el momento, hasta la negación de la diferencia sexual como dato objetivo, en las distintas formas de la ideología

<sup>46</sup> Cf. I. Scalise, «Un paese in pausa e con poche speranze: gli italiani si rifugiano nei piccoli sfizi», *la Repubblica*, 6 de enero de 2024, p. 7.

<sup>47</sup> L. Giussani, *Llevar la esperanza*, op. cit., pp. 169-170.

<sup>48</sup> «... *is there anyone? / I need someone, oh / Anyone, please send me anyone / Lord, is there anyone? / I need someone* (... ¿hay alguien? / Necesito a alguien / Alguien, por favor, mándame a alguien / Señor, ¿hay alguien?)» (Demi Lovato, *Anyone*, del álbum *Dancing with the Devil... the Art of Starting Over*, 2021, © Island).

de género, que el papa Francisco ha indicado muchas veces<sup>49</sup> como el punto más avanzado de la colonización ideológica que está en curso actualmente. El último documento de la Congregación para la Doctrina de la Fe, la *Dignitas infinita*, es realmente una gran ayuda –leedlo, por favor– para comprender cuál es la clave. Al principio hace una distinción entre la dignidad ontológica que tiene toda persona y otras presuntas dignidades, que en realidad son la negación de la dignidad que tenemos por cómo estamos hechos. El Papa ha comparado muchas veces esta colonización ideológica con la que se describe en la novela *Señor del mundo* de Robert Hugh Benson<sup>50</sup> –que conocemos bien–, que llega hasta la eutanasia y una intolerancia tremenda hacia quien tiene una mirada profunda sobre el hombre y sobre la realidad.

Pero también las guerras, que en estos tiempos nos llenan de consternación, tienen como móvil profundo esta reducción de la *espera* del cumplimiento a un proyecto propio, cuyo fruto objetivo –lo constatamos cada día– es la ruina, la aniquilación de lo humano, la desesperación. Vemos aquí que el *sueño* de la autoafirmación humana se convierte realmente en una pesadilla.

Muchos jóvenes, cuyo corazón a pesar de todo sigue vivo, debido a la reducción del deseo a la pretendida libertad de decidir nosotros lo que lo puede satisfacer, *sueño* y no *signo*, tienen una gran inseguridad sobre sí mismos, sobre su propio valor y lugar en el mundo, pues nunca han sido educados para amar su propio corazón como exigencia de infinito. El otro día visitaba un centro de investigación y tratamiento neurológico, psiquiátrico y psicológico de niños y adolescentes, un centro de excelencia a nivel internacional. En un momento dado, al entrar en una habitación, vi delante de mí algunas chicas afectadas por trastornos

---

<sup>49</sup> Una ocasión reciente ha sido el *Discurso a los participantes en el Congreso Internacional «Hombre–mujer imagen de Dios. Por una antropología de las vocaciones»* (1 de marzo de 2024), donde, entre otras cosas, el papa Francisco dice: «Es muy importante que haya este encuentro, este encuentro entre hombres y mujeres, porque hoy el peligro más feo es la ideología de género, que anula las diferencias. He pedido que se hagan estudios sobre esta fea ideología de nuestro tiempo, que borra las diferencias y hace que todo sea lo mismo; borrar la diferencia es borrar la humanidad. En cambio, el hombre y la mujer se encuentran en una fructífera “tensión”. Recuerdo haber leído una novela de principios del siglo XX, escrita por el hijo del arzobispo de Canterbury: *The Lord of the World (Señor del Mundo)*. La novela habla del futurible y es profética, porque muestra esta tendencia a borrar todas las diferencias. Es interesante leerla, si tienen tiempo léanla, porque ahí están estos problemas de hoy; ha sido un profeta ese hombre».

<sup>50</sup> R.H. Benson, *Señor del mundo*, Palabra, Madrid 2023.

alimentarios. Sus ojos, apagados y tristísimos, se me quedaron grabados en el corazón. Los médicos me hablaron después del crecimiento exponencial del número de chavales afectados por estos y otros trastornos mentales. Esos ojos parecían realmente no tener esperanza. Al visitar otra institución para adolescentes con enfermedades mentales, había una chica que me pareció normal, pero luego la doctora me contó su historia, hecha de situaciones en las que no tiene a nadie que le diga: «Eres amada, eres querida». Uno podría pensar: «Soy yo quien decide quién quiero ser»; en realidad, sin una relación con otro que pueda cumplir tu yo, te quedas sin esperanza y pierdes tu humanidad. Mirando a esos chicos y chicas se me hizo evidente que, cortadas las alas de la esperanza de un cumplimiento total, no es posible volar. ¿Qué libertad es esa de estar condenados a tener que decidir solos quiénes son y darse cuenta después de que no basta? Ante la falta de esperanza, ante la resignación a la nada que nos lleva a abandonarnos a la desesperación, crece la violencia hacia nosotros mismos y hacia los demás. Creo que la pretensión de bajar el nivel del deseo reduciéndolo a algo que decido yo es una forma evidente de destrucción de lo humano.

Pero si somos sinceros con el ímpetu de nuestra naturaleza, con el deseo que nos constituye, cada cosa que deseamos nos lleva, como signo, a la fuente de todo, a Dios. Dejadme citar un pasaje de Dante: él sí que ama el deseo como camino hacia Dios, ¡aunque advierte de que solos, sin su ayuda, nos perderemos! En una página preciosa del *Purgatorio* habla así del alma, es decir, de cada uno de nosotros: «Sale de Aquel que la admira antes de que exista [el alma sale de las manos de Dios, que parece dejarla volar como una mariposa, él que la mira con admiración, con amor de Padre, casi la admira antes de que exista, piensa en ella y la crea en su amor], como a una niña que riendo y llorando parlotea [que ríe y llora como una niña inocente], el alma sencilla, que no sabe nada, salvo que, movida por un alegre Factor [como ha sido puesta en movimiento por este Factor, por el infinito, por Dios, que está lleno de alegría por ella], se inclina voluntariamente a todo lo que la regocija [el alma todavía inexperta que no sabe nada y solo sabe, movida por Quien alegremente la crea, inclinarse gustosamente hacia lo que la alegra, es decir, le gustaría volver a esa alegría que es la única que puede llenar todo el espacio de su ser, lanzado a la realidad]. Se inclina al placer de los bienes pequeños [el

alma sencilla entra en el mundo y encuentra algo que la atrae]; aquí se engaña y detrás de ellos corre si la guía o el freno no tuercen su pasión [gusta enseguida el sabor de un bien pequeño y se engañaría en seguida, corriendo detrás de lo primero que la atrae si no hubiese alguien que la guiara y la frenara y que hiciera caminar hacia delante, más allá todavía, su amor]»<sup>51</sup>.

En otro texto precioso, Dante dice que el hombre está en la realidad como delante de una pirámide; al principio hay un bien pequeño; es como un niño que ve las avellanas y se enamora de las avellanas. Después de un rato ya no le bastan y entonces ve un juego, y no le basta, después ve un caballo, después una chica; después ve dinero y después –dice Dante con mucho realismo– quiere más dinero y luego más dinero todavía. Pero todas estas cosas –comenta el poeta– no van en contra de la estructura de nuestra humanidad, no son deseos que nos hagan desviarnos de Dios, con la condición de que nos demos cuenta de que no nos bastan y de que son etapas del camino que nos conduce a reconocer cuál es el Único bien que nos basta. Para Dante el deseo es bueno, no hay que eliminarlo, porque es un paso hacia el destino.

Me ha impresionado mucho lo que dice el obispo noruego Erik Varden en la entrevista aparecida el mes pasado en *Huellas*; me imagino que la habéis leído todos. Lo releo: «El deseo es la expresión de que hemos sido hechos por Dios. Es algo intrínseco a la naturaleza humana. Estamos habitados por un eco, una llamada. El Señor es quien hace cantar en nosotros la semejanza con él. El deseo es el motor de mi vida porque la orienta hacia una plenitud, que es la comunión con Dios vivida también en la relación con otros. Nuestro pecado es un sabotaje del deseo [¿lo veis? El pecado no es la infracción de una regla, sino destruirnos a nosotros mismos], que se fragmenta entre muchos y diversos objetos. Pero si miramos dónde nos lleva ese deseo profundo, nos damos cuenta de la relatividad de todas las cosas que no son capaces de cumplirlo. Y al mismo tiempo, las reconocemos por su valor más verdadero, porque solo a la luz de lo que sacia la vida [Dios], hasta la cosa más pequeña desvela su significado»<sup>52</sup>.

<sup>51</sup> Dante Alighieri, *Divina comedia. Purgatorio. Canto XVI*, vv. 85-93.

<sup>52</sup> E. Varden, «Ensanche el deseo», entrevista a cargo de A. Leonardi, *Huellas*, n. 3/2024, p.13.

## La gran gracia

¡Qué belleza! Nosotros hemos conocido esta experiencia de valoración de toda nuestra persona humana.

Hoy más que nunca, en el mundo en que vivimos, en la situación concreta de estos días, realmente para esperar hace falta haber recibido *una gran gracia*. Por eso retomo los pasajes a través de los cuales Giussani nos ayuda a comprender qué es lo que genera en la estructura de deseo que nos constituye el encuentro con Jesús, sin eliminarla, sino dándole cumplimiento. Al principio del capítulo sobre la esperanza en *¿Se puede (verdaderamente) vivir así? La esperanza*, Giussani se sirve, para resumir los puntos de su reflexión, de un texto de *El rostro del hombre* que fue utilizado para el *Cartel de Pascua* de 1996: «La esperanza es una certeza en el futuro que se debe a algo presente. Por eso, es la presencia de Cristo, reconocida por la memoria, lo que nos da confianza en el futuro. Y entonces sí es posible un caminar sin pausa, un “tender hacia” sin límites, a partir de la certidumbre de que Él, que posee la historia, se manifestará en ella»<sup>53</sup>.

### 1. Una presencia

Al comentar el texto que acabo de leer, Giussani escribe en *¿Se puede (verdaderamente) vivir así? La esperanza*: «Primero. Existe una presencia, en la vida del hombre hay una presencia: la presencia de las personas y de las cosas. Estas presencias ejercen un atractivo sobre el hombre, de modo que afronta su relación con la realidad a partir de los deseos que constituyen el resorte de todos sus dinamismos. El hombre no es un “muermo”. Los atractivos que tiene esta presencia suscitan en él los ideales de la vida: la belleza, la verdad, la creatividad, el trabajo (la creatividad coincide con el trabajo). Todo el apego del hombre a estos ideales –y por consiguiente, la estima que tiene por sus deseos– [sin embargo] le ciega acerca de su carácter provisional: el hombre no ve que todos esos ideales son signos, señales a lo largo del camino»<sup>54</sup>. Es como si recapitulara todo el camino que hemos hecho desde ayer hasta ahora; y quizá ahora, por el camino que hemos recorrido, lo comprendemos un poco mejor.

<sup>53</sup> L. Giussani, *¿Se puede (verdaderamente) vivir así? La esperanza*, op. cit., p. 15. Cf. Id., *El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1995, p. 109.

<sup>54</sup> *Ibidem*, pp. 15-16.

El punto de partida para hablar de la esperanza es —lo vimos ayer— la realidad, la presencia, la positividad del deseo, pero también el engaño en el que caemos con facilidad. Las presencias que hacen vibrar el deseo suscitan un atractivo que nos pone en movimiento. Sin embargo, este movimiento positivo se degrada enseguida, apegándose a las presencias inmediatas que suscitan los deseos en vez de vivirlas como don y signo que nos remiten más allá. Se genera por ello una *falta de disponibilidad a la espera* que transforma los deseos en sueños y en bucles cerrados, en círculos cerrados que, en lugar de ponernos en camino, nos cierran.

## 2. El Ideal sucede

Al llegar a este punto, Giussani da un paso más. «*Segundo*. Acontece una presencia [entre las muchas presencias], la presencia del Verbo de Dios encarnado en el seno de María. Se trata de la presencia de aquel por quien están hechas todas las personas y las cosas, de aquel que ha creado el mundo, por lo que todas las realidades creadas son signo de él, en él encuentran su verdad (si no, serían mentira) y su propio cumplimiento (si no, serían vanas). Todos los ideales que se despiertan en el hombre a lo largo del camino están en función de Él, que es el Ideal [con mayúscula]; los deseos del hombre son certeros y eficaces cuando se viven en función del deseo de Cristo. Las experiencias del amor, de la búsqueda de la verdad, de la fecundidad, de la capacidad de construir en la vida son formas para adentrarse en la experiencia de Su misterio: este es el ideal de la vida del hombre después de que Él haya venido para permanecer con nosotros hasta el día de su gloria. Por tanto, vivir en la espera de Cristo es la esperanza de toda esperanza»<sup>55</sup>.

Por tanto, la presencia de Cristo, reconocida por la memoria —determinados gestos o relaciones, determinados momentos como los laudes de esta mañana, el sacramento y la misa, son instrumentos de esta memoria que nos permite reconocer inmediatamente la presencia para la que nuestro corazón está hecho de verdad—, vuelve a poner las cosas en su lugar: todo es bueno, todo es amable porque todo es signo, es paso para adentrarnos en la relación con él.

---

<sup>55</sup> *Ibidem*, p. 16.

**a. El salto desde el deseo hasta la espera se cumple en Cristo**

Es el mismo Jesús quien, al venir, transforma nuestro deseo, transforma los ideales que se han despertado por el camino en invitación a esperar-lo, con la certeza de que viene Aquel al que esperamos. Es una transformación, es como un paso dentro de nuestra ontología, una recuperación de nuestra verdadera ontología. El papa Benedicto XVI, en una memorable homilía en la Vigilia pascual, habló de «un salto cualitativo en la historia de la “evolución” [acaecido con la resurrección de Jesús] y de la vida en general hacia una nueva vida futura, hacia un mundo nuevo que, partiendo de Cristo, entra ya continuamente en este mundo nuestro, lo transforma y lo atrae hacia sí»<sup>56</sup>.

Vuelvo de nuevo al texto de 1961 del que partimos ayer. Giussani habla así de esta especie de mejora de lo humano que permite pasar del deseo, de la esperanza humana –envuelta en la incertidumbre y tan fácilmente confundida con sueños que a menudo se convierten en pesadillas– a la esperanza cristiana, que asume dentro de sí toda la esperanza humana, pero le abre un horizonte imprevisible e infinitamente más grande, sin límites, que podemos esperar con certeza. Decía en ese texto: «Hay un acontecimiento, un hecho nuevo que cambia profundamente los términos del problema. Dios ha intervenido personalmente en esta dramática situación del hombre, insertándose en ella por medio de Cristo. Ante todo, Cristo revela la amplitud insospechada que tiene el destino humano. [...] El significado de la existencia –nos revela Cristo– está en un destino que consiste en la relación personal y sobrenatural con Dios. [...] En segundo lugar, Cristo nos ofrece en sí mismo la posibilidad concreta de alcanzar ese destino imprevisible y misterioso. [...] Yo me convierto en tu camino, yo soy la prenda de la solución, así como el camino hacia ella. *Gratia Dei*: la realización del hombre es un don, mucho más don todavía que el origen imprevisto e imprevisible del hombre mismo»<sup>57</sup>. Nosotros estamos hechos así: esperanza, espera abierta al infinito, y la presencia de Cristo que se ofrece a sí mismo como camino nos permite alcanzar el cumplimiento del deseo que nos constituye.

Volvamos a lo que don Giussani identifica con el momento más alto y profundo de la historia humana y poética de Leopardi, en el comen-

<sup>56</sup> Benedicto XVI, *Homilía en la Vigilia pascual*, 15 de abril de 2006.

<sup>57</sup> L. Giussani, *Llevar la esperanza*, op. cit., pp. 170-171.

tario que hace en *¿Se puede (verdaderamente) vivir así?* «Cristo ha venido para iluminar este juego enigmático: “Todo es un signo que te remite a mí, todo habla de mí”. Todo lo que es grande y verdadero en la vida del hombre es profecía de Él. [...] Cuando el hombre lo presiente –como lo presintió Leopardi en el culmen de su trayectoria humana en el himno *A su dama*–, inmediatamente dispone su ánimo a la espera de otra cosa; incluso ante lo que puede aferrar y poseer, espera otra cosa; aferra lo que puede aferrar, pero espera otra cosa. Tu esperanza no se halla en lo que puedes aferrar, sino en otra cosa distinta. Otra cosa distinta... [...] Por tanto, la esperanza que Cristo despierta y acrecienta es la esperanza humana que, por gracia, queda libre de la frustración que provocan todas las cosas; no porque las cosas sean negativas en sí mismas, sino porque su bondad consiste en que remiten a otra cosa, pues de lo contrario acaban convirtiéndose en un ídolo. La esperanza cristiana es la esperanza del deseo humano, pero contiene dentro un mundo distinto»<sup>58</sup>.

Por tanto, quien vive el encuentro con Cristo no ha «superado» la esperanza humana, que sigue siendo «animosa espera de un bien futuro que resulta arduo y difícil a los ojos del presente»<sup>59</sup>, dice Giussani en ese texto. Quien vive el encuentro con Cristo ha descubierto que el bien futuro, que sigue siendo Misterio –porque no lo podemos definir de ningún modo–, tiene un rostro presente, es decir, el mismo Cristo.

El descubrimiento de las cosas corrientes como signo de Cristo las vuelve eternas, para siempre. Cuando uno regala una rosa por amor, con el tiempo esta se marchita y muere, pero el significado que lleva como signo –el amor de quien la regala– permanece para siempre y la hace de algún modo partícipe, incluso una vez que se ha marchitado, de ese significado perenne del que ha sido mediador. Para el enamorado, esa rosa no deja de ser una rosa, pero adquiere un significado incomparablemente más grande; quizá la chica la conserva, la seca y la pone en un cuadro; no lo haría con una flor cualquiera, lo hace porque «esa» flor se ha convertido en signo que remite a un significado.

Nosotros vivimos de esto. En la historia religiosa de la humanidad, es lo que el hombre religioso llama una realidad *sagrada*. Si en una

<sup>58</sup> L. Giussani, *¿Se puede (verdaderamente) vivir así? La esperanza*, op. cit., pp. 86-87.

<sup>59</sup> L. Giussani, *Llevar la esperanza*, op. cit., p. 168.

determinada gruta o sobre una determinada piedra se ha manifestado el Misterio (pensad en una aparición de la Virgen o en la zarza ardiente), esa piedra sigue siendo piedra, pero ya no será nunca una piedra como las demás, porque permanece para siempre el hecho de que ha sido mediadora precisamente de lo Eterno, del Misterio, del Infinito, y su valor se vuelve profundo y perenne, *sagrado*. Lo sabemos muy bien los sacerdotes, que a menudo nos encontramos en la iglesia con pequeñas imágenes o estampitas que ha dejado ahí alguien que tenía que deshacerse de ellas y no le parecía bien tirarlas a la basura, al ser imágenes sagradas. «Que lo haga el cura...», como diciendo: el cura, al estar consagrado, puede decidir. Aquello que «porta» el significado de la realidad se sale de la vulgaridad de las cosas normales, toca lo eterno para siempre. Esto no es simplemente superstición, sino que habla de cómo estamos hechos para reconocer cada cosa como signo de Aquel que la ha hecho.

Pensemos qué mirada puede tener sobre los demás, sobre la creación, sobre el mundo, una persona que ve, que reconoce *cada cosa, cada persona* como surgida del Misterio, que es su significado y por tanto la vuelve *sagrada*. Ya no existe separación entre lo *sagrado* y lo *profano*, porque como todo está en relación con Cristo, todo se torna de algún modo *sagrado*. En la perspectiva de lo Eterno que se nos comunica en Jesús, se comprende que incluso las cosas que percibimos como grandes contradicciones a la esperanza, como el pecado, el dolor y la muerte, son atravesadas por la conciencia de que solo en Él encuentran un significado, que quizá no conocemos todavía, no sabemos aún. Entonces se podría decir que estas cosas se vuelven sagradas en el sentido de que remiten a Él como exigencia de significado y de perdón, y en este sentido son vencidas en Él, como anuncia llena de júbilo la liturgia de este tiempo pascual. Como Jesús ha resucitado, todo es conducido a este carácter definitivo; hasta la muerte es vencida, desde ahora y para siempre.

### ***b. Su presencia reconocida en la fe transfigura presente y futuro***

Este presente en el que Él está, como presencia en torno a la cual todo se ordena en un sentido nuevo y sagrado, nos hace estar ciertos del mañana. Esta es la diferencia entre la mirada al futuro del hombre que tiene esta estructura de deseo pero no se ha encontrado con Cristo y la de quien ha recibido la *gran gracia*. Dice don Giussani: «¿Qué hace

la vida cristiana? Te hace vivir el presente con tal atención a todos los factores del presente que, cuando prestas atención al mar que tienes delante, ves en el horizonte último del mar un puntito; y no es una nave que se aleja, es una nave que se acerca. Es el destino que está llegando hacia ti; ¡y es un gran día aquel en el que adviertes el puntito que es el destino que está por llegar! Es lo que le sucedió a Cristóbal Colón: fue un gran día aquel en el que empezó a entrever tierra en el horizonte»<sup>60</sup>. Por eso la espera del futuro no conlleva incertidumbre: aunque lo desconozcas aún, sabes que el destino es seguro y bueno, porque está en manos de Aquel que te ama.

### 3. Su presencia multiplica por cien nuestros intentos

Volvamos a la síntesis de *¿Se puede (verdaderamente) vivir así? La esperanza*, que continúa así: «Tercero. Por consiguiente, Él debe entrar a determinar todos los intentos mediante los que la esperanza humana –¡la esperanza es el motor!– busca la experiencia suprema, última, que vuelve cien veces más exaltantes los anticipos que constituyen las experiencias humanas habituales. Una capacidad de familiaridad con Cristo, de relación amorosa con él, un incremento del valor del trabajo, una exaltación del afecto, un protagonismo histórico como creación del pueblo de Dios: estas son las consecuencias»<sup>61</sup>.

Por eso puedes estar atento a todas las cosas del presente y disponible a lo que venga del Misterio; y tenga la forma que tenga, en el fondo sabes que es un bien para ti. Él posee la historia y también nosotros poseemos el presente, en una posesión que se nos ha dado. El acento está en este participio: dado. Cristo me permite poseer el presente porque en el presente está él y por tanto, al recibir el contenido del presente como don suyo, lo poseo realmente (todo se vuelve sagrado) y estoy seguro con respecto al mañana, sea como sea.

Jesús promete a los apóstoles que poseerán la realidad presente y futura en plenitud como él, más aún, que harán cosas más grandes que él, cuando reciban el Espíritu Santo, como afirma el capítulo 14 del Evangelio de Juan. «En verdad, en verdad os digo: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aun mayores [¿comprendéis?

<sup>60</sup> L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 168.

<sup>61</sup> L. Giussani, *¿Se puede (verdaderamente) vivir así? La esperanza*, op. cit., p. 16.

¡Las hará incluso mayores!], porque yo me voy al Padre. Y lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré»<sup>62</sup>.

En la certeza que tenemos con respecto a Él nos volvemos protagonistas de una novedad que entra en todo, pero nuestra esperanza está siempre y solo en Él. En *¿Se puede vivir así?* don Giussani cita el episodio de los apóstoles en el capítulo 6 del Evangelio de Juan, cuando Jesús dice en la sinagoga de Cafarnaún que tendrán que comer su carne y beber su sangre y todos lo abandonan considerándolo un loco. Entonces pregunta a los suyos, que se han quedado aunque no entiendan: «¿También vosotros queréis marcharos?». Pedro hace de intérprete y responde: «Señor, ¿a quién vamos a acudir?»<sup>63</sup>. Comenta Giussani: «La esperanza que tenían Pedro, Juan y Andrés en Jesús, ¿en qué se apoyaba? Jesús era para ellos alguien a quien trataban de “tú”, era una presencia. [...] Perteneían a aquel hombre para poder basar en Él su esperanza en el futuro»<sup>64</sup>. Es la grandeza de su presencia la que nos hace estar seguros con respecto al futuro.

A propósito de esto podría contar alguna cosa de mi experiencia, de mi marcha a Perú hace 23 años, o de mi nombramiento como obispo el año pasado. En ambos casos, han sido grandes decisiones que han implicado un «quemar las naves» –por usar una imagen apropiada, porque es lo que hizo Hernán Cortés cuando llegó a América, como voto de no volver atrás–, pues se trataba de decir que sí a un cambio total de vida –no era un proyecto mío, es más, hasta el día antes de que me pidiesen la disponibilidad para partir, no pensaba en ello– que acogí y acepté no porque supiera lo que iba a pasar, sino porque reconocía que ese paso era y es don que viene de Jesús y por tanto podía apostar, arriesgar. Sabes de quién te fías y el futuro, que no conoces y no puedes tampoco imaginar, es el modo con que Él te permite caminar hacia la plenitud, hacia el destino.

Un día antes de la propuesta de ir a Perú –había sido nombrado hacia poco párroco en Coverciano (un famoso barrio de Florencia; entre otras cosas, cuando el arzobispo me dijo: «Te mando de párroco a Coverciano», casi me avergoncé, porque lo primero que pensé fue: «¡La parroquia a quinientos metros del estadio!»)– consideraba que llevaba

<sup>62</sup> Jn 14,12-14.

<sup>63</sup> Cf. Jn 6.

<sup>64</sup> L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., pp. 168-169.

una vida cumplida, incluso buena. Mirándola después, cuando estaba en Lima, ¡qué salto de calidad en la conciencia de Cristo, en la conciencia de mí mismo! ¡Y qué gracia poder comprender cien veces más el carisma, al que ya pertenecía (conocí el movimiento con dieciséis años), pero del que solo veía la punta del iceberg! Qué potencia de novedad y de intensidad de vida me regalaría en la gran historia del movimiento en América Latina, que hasta un día antes no tenía casi nada que ver conmigo (más allá de cantar «*Rossa sera, Belo Horizonte, i miei occhi mai t'han guardato...*»<sup>65</sup>). Siempre había pensado que no podría vivir en un lugar desde el que no se viera la cúpula del Duomo de Florencia, era tal el aprecio que tenía por mi ciudad. En cambio, desde entonces es esta aventura lo que sigue poniendo en discusión y en movimiento mi fe.

Lo mismo sucedió el año pasado. Ya me sentía puesto en discusión, pero también de algún modo satisfecho en mi nueva condición: era párroco en Florencia, había dejado desde hacía poco las distintas tareas diocesanas que se me había confiado en los años anteriores (y que, sinceramente, me pesaban un poco) porque mi obispo, el cardenal Beteri, me había dejado libre para la nueva tarea –que se me había confiado desde agosto de 2022– como responsable de la región de América Latina de nuestra Fraternidad. Era un desafío enorme. Recuerdo que tenía una cita con Davide, porque después de un viaje a Argentina, donde existía la posibilidad de un servicio eclesial muy concreto, pensaba que quizá sería útil volver a vivir allí. Entre otras cosas, mi obispo de Florencia, en nuestra última conversación, me había dicho: «Si puedes, permanece como párroco aquí...». Obviamente, ese «si puedes» ya lo había entendido como un: «si quieres, puedes irte».

Pero llegó el día, el lunes antes de Navidad de 2022. Al ver aparecer en mi móvil un número de Roma, creía que se trataba de una llamada publicitaria y colgué el teléfono dos veces. A la tercera respondí y era el Nuncio apostólico que me buscaba para comunicarme el nombramiento como obispo de San Miniato. Un nuevo salto que acepté, sabiendo perfectamente que era una responsabilidad que me asustaba debido a mi maldad y pequeñez objetivas. Pero, ¿cómo podía decir que no? Aunque soy un «tonto cualquiera», me fie. Por otra parte, el Nuncio me preguntó: «¿Qué le respondes al Papa?». ¿Acaso podía decirle que no al Papa?

<sup>65</sup> R. Ronza, «*Rossa sera*», en *Canti*, op. cit., p. 266.

Una vez más me fie de Él. Pero la mejora en este caso no ha consistido sin más en el don del sacramento, gracia Suya por entero, sino que se expande en la provocación –que desde entonces vivo cada día– a la conciencia que tengo de Cristo, en la identificación con Él, a la que estoy llamado sin posibilidad de tergiversación.

Y además continuó con la relación con América Latina –también esto inimaginable para mí– después del nombramiento como obispo. De hecho, había dado por descontado que terminaría enseguida mi tarea con América Latina. Pero en la conversación que tenía prevista con Davide, que asumió un contenido distinto, evidentemente, me dijo: «¿Por qué no puedes continuar?», yo extendí las manos y respondí: «Tengo que preguntarle al Nuncio apostólico, a mi obispo y al presidente de la CEI, el cardenal Zuppi». Inesperadamente, los tres –todavía no había sido consagrado obispo– me dijeron que siguiera. Entonces acepté, porque he tenido la experiencia de que la disponibilidad es para el ciento por uno, que además se ha traducido –al no poder ir con frecuencia a América Latina– en una guía comunal junto a Fernando de Argentina, Stefania de Ecuador, Oliverio de México y otros amigos. Ha empezado un modo nuevo de guiar la experiencia del movimiento gracias al crecimiento de su responsabilidad. Una guía comunal que, por ejemplo, se ha expresado en la Asamblea que se ha celebrado en marzo en Brasil con todos los responsables de América Latina y que ha sido algo espectacular. Este paso precioso no ha sucedido por un proyecto ideológico, sino obedeciendo a las condiciones que se daban. En cualquier caso, es la experiencia de una vida entera (una gran gracia) lo que confirma que, diciendo que sí a Jesús, que posee la historia, la promesa se cumple y el destino se vuelve cada vez más cercano, viene a nuestro encuentro.

#### 4. «Solo Él es»

Continúa don Giussani: «*Cuarto*. El error permanece como dolor, pero no es una objeción [y cita la famosa frase del *Miguel Mañara*]: “Todo esto no ha existido. Solo Él es”. Realmente, entendimiento, corazón, voluntad... toda nuestra capacidad de relación, casi insensiblemente, se focaliza en Cristo». No es, cómo decir, una excusa barata. «Solo Él es»<sup>66</sup> significa que ni siquiera el pecado es ya una objeción. De hecho,

<sup>66</sup> Cf. O.V. Milosz, *Miguel Mañara*, Encuentro, Madrid 2009, p. 57.

dice Giussani: «“Solo Él es”. Lo cual no solo no supone excluir a mi padre y a mi madre, sino que implica insertarlos en esa exaltación de lo humano que es la gloria de Cristo; mi padre y mi madre se incorporan a él, entran a formar parte de su figura; y la persona más amada entra en su figura, en el corazón, en el centro de su figura»<sup>67</sup>, es decir, se convierte en signo, en camino. Podemos recobrarlo todo en la unicidad de Su presencia totalizadora.

Don Giussani no nos esconde que esta esperanza vivida es un camino para poseer un bien arduo. Y este «Solo Él es» del *Miguel Mañana* no significa dejar pasar nuestro mal sin juicio, dejar pasar nuestro mal que se opone a Cristo (es más, ¿recordáis a Miguel Mañana, tan encerrado en el remordimiento por el mal que ha cometido, en la conciencia de su maldad intrínseca, que no consigue sentirse perdonado? Él escucha estas palabras porque no es capaz de salir de la angustia por el mal que ha cometido), sino la promesa de que el dolor y el arrepentimiento del pecado constituyen una introducción en el agradecimiento, que nos lleva a descubrir que Cristo es todo y que podemos recobrarlo todo en la unicidad de su presencia totalizadora.

El pecado permanece y duele, pero se convierte también en una súplica a Su misericordia infinita.

Esto, nos recuerda don Giussani, implica ser pacientes. «Con vuestra paciencia poseeréis la vida»<sup>68</sup>, dice Jesús en el Evangelio de Lucas. Y describe así la paciencia: «La paciencia es la capacidad de soportar todo con el coraje razonable de no negar nada, de no olvidar nada, y –¡atención!– de no rechazar nada»<sup>69</sup>. Y es la paciencia de permanecer en el camino que Cristo nos regala, en la compañía que nos lo hace presente, «permaneced en mí»<sup>70</sup>. La paciencia consiste en estar pegados a él, en volver a él después del error, en pedirle perdón y ponernos nuevamente en camino siguiéndolo a él. Estar pegados a los signos de su presencia que nos cambia, a esta compañía, a los sacramentos, a la confesión frecuente, en la que recibimos su perdón, a la misa, en la que se entrega a sí mismo.

<sup>67</sup> L. Giussani, *¿Se puede (verdaderamente) vivir así? La esperanza*, op. cit., pp. 16-17.

<sup>68</sup> Cf. Lc 21,19.

<sup>69</sup> L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 184.

<sup>70</sup> Cf. Jn 15.

«Permaneced en mí». Siguen existiendo la fatiga, el pecado, la traición, pero pierden su capacidad de degradar, de hundir, de alejar de Cristo. Volvemos a caer, volvemos a alejarnos, volvemos a hacernos la ilusión de que lo que nosotros nos imaginamos, lo que nos parece, lo que pensamos, cumple el deseo del corazón. El pecado sigue siendo pecado, pero sirve para mirar de nuevo a Cristo, para suplicarle a él, para volver a él. La esperanza tiene un secreto, y es el secreto del Padre, de su misericordia: su perdón que nos hace renacer. Escuchad con qué palabras tan preciosas lo expresa Péguy. «Uno se pregunta, se dice: Pero cómo sucede eso / Que esa fuente esperanza eternamente corra, / Que brote eternamente, que surja eternamente. [...] / Debe haber un secreto allá dentro. / Algún misterio. [...] / Buena gente, dice Dios, eso no es ingenioso. / Su misterio no es complicado. / Y su secreto no es difícil. [...] / Pero justamente ella hace sus fuentes de agua pura con las aguas malas. / Y por eso nunca le faltan. / Pero también por eso es ella la esperanza. [...] / Agua nueva con agua usada. / Manantiales con agua envejecida. / Almas nuevas con almas envejecidas. [...] / Qué bien acierta, cómo se empeña en ello, / Ese, hijos míos, es mi secreto. / Porque soy su Padre»<sup>71</sup>.

Don Giussani comenta así este texto: «Volver a esperar después de cometer un error es un gesto tan grande que el poeta Péguy lo llama “el misterio secreto de la esperanza”, porque el perdón del mal es realmente un misterio. “El secreto misterio de la esperanza que de malas aguas saca agua pura y a las viejas almas las vuelve frescas”: es el renacer. El bautismo es el principio de este renacer, un principio que actúa durante 100 años, si es que uno los alcanza, 103 años si uno dura los 103, que actúa 1.299 veces si uno ha cometido 1.299 pecados y 10.003 veces si uno ha cometido 10.003 pecados»<sup>72</sup>. Su misericordia, la gran gracia.

## 5. La casa de la esperanza

Pero esta misericordia, este agua purificada, este renacimiento de la esperanza tiene un lugar, una casa, una compañía viva en la que florece, como *La casa del melograno* de la canción de Chieffo<sup>73</sup>.

<sup>71</sup> Ch. Péguy, *Los tres misterios*, op. cit., pp. 329-331.

<sup>72</sup> L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 207.

<sup>73</sup> C. Chieffo, *Canzone del melograno*, en P. Scaglione, *La mia voce e le Tue parole. Claudio Chieffo una lunga storia di musica e poesia*, Ares, Milán 2006, p. 268.

Don Giussani la describe con estas palabras: «*Quinto*. El lugar de este acontecimiento es una compañía eclesial; eclesial quiere decir de gente que se junta por Cristo. La naturaleza de nuestra compañía es pura amistad y, con el deseo de que seamos cada vez más amigos, ¡vámonos a comer!»<sup>74</sup>. Así concluía la síntesis de *¿Se puede (verdaderamente) vivir así? La esperanza*, pero nosotros todavía tenemos que decir algunas cosas antes de ir a comer.

La Iglesia es este lugar, la casa en la que incesantemente se reaviva la esperanza, un lugar hecho por Jesús para volver a levantarnos continuamente en el arduo camino hacia el destino, el lugar en el que somos mirados con la mirada de Dios que *nos admira* antes de que existamos. Es el lugar en el que Él nos ama en nuestra debilidad y en el que se nos vuelve a poner en pie por la gracia de los sacramentos y por la compañía cotidiana de la «nube de testigos»<sup>75</sup> con la que nos rodea. En la Iglesia, en nuestra compañía, hecha de nuestra humanidad pobre y pecadora por gracia Suya, existe la presencia de Dios que nos redime del mal y de la muerte.

Por eso debemos mirar nuestra amistad como algo *sagrado*, algo de lo que Cristo quiere servirse para mostrar a todos su rostro. Así la mira el Papa, que nos escribía en la carta del pasado 30 de enero: «Doy gracias al Señor por la vitalidad que el movimiento demuestra continuamente en su obra de evangelización y caridad con los hombres y mujeres de hoy». El Papa también nos decía que esta vitalidad necesita de nuestra unidad, a la que ha llamado «custodia de la fecundidad del carisma»<sup>76</sup>. La unidad es un don, porque Otro ha hecho de nosotros una sola cosa. Él nos ha hecho «uno». En *Por qué la Iglesia*<sup>77</sup> don Giussani retoma tres textos de san Pablo que me permito citar: «Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Cuantos habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo. No hay judío y griego, esclavo y libre, hombre y mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si sois de Cristo, sois descendencia de Abrahán y herederos según la

<sup>74</sup> L. Giussani, *¿Se puede (verdaderamente) vivir así? La esperanza*, op. cit., p. 17.

<sup>75</sup> Cf. M-G. Lepori, *Fijos los ojos en Jesús, que inicia y completa nuestra fe*, A.C. Huellas, Madrid 2023, pp. 27-31.

<sup>76</sup> Francisco, «Carta a Davide Prospero», 30 de enero de 2024, *Huellas*, n. 3/2024, p. 1.

<sup>77</sup> Cf. L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2014, pp. 115-116.

promesa»<sup>78</sup>. Cuántas veces ha insistido don Giussani en esto: «Todos vosotros sois uno», es decir, una sola cosa, una sola persona, «en Cristo Jesús». «Donde no hay griego y judío, circunciso e incircunciso, bárbaro, escita, esclavo y libre, sino Cristo, que lo es todo, y en todos»<sup>79</sup>. «Pues todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu»<sup>80</sup>.

Nuestra unidad, en la unidad grande de la Iglesia, es el camino, es como el cauce del río que lleva al destino, a la desembocadura, a Cristo, a Aquel que cumple la espera y la esperanza. El torrente de vida nueva que a través de don Giussani nos ha alcanzado y nos genera continuamente, por pura gracia del Señor, es este lugar concreto, esta *casa de la esperanza*. En la Iglesia, en el movimiento, existen las casas, las moradas. Las casas de los *Memores Domini*, las casas de nuestras familias, las casas que son nuestros grupos de Fraternidad, llamados a ser reflejo de la única Iglesia, en sentido sacramental: igual que cada hostia consagrada lleva al mismo Jesús, así estamos juntos para reconocer entre nosotros su presencia y para ayudarnos a seguirla, a permanecer pegados a la fuente, a fluir por el cauce de esta unidad donada, pero también buscada y suplicada.

En *Por qué la Iglesia*, don Giussani habla así de la articulación entre Iglesia universal y comunidad concreta en la que uno encuentra y vive la fe: «El modo de aprender qué es la Iglesia toda es [...] ir hasta el fondo de la experiencia eclesial con la que uno se ha encontrado, siempre que esa experiencia tenga características de verdadera eclesialidad. Por eso la obediencia a la Iglesia, la dependencia de ella, la integración en ella y el reconocimiento de los demás factores que están presentes en el ámbito de la vida cristiana son aspectos que definen la validez de unirse a esa experiencia. En caso distinto, el motivo por el que se atribuye valor a estar unidos y al mismo reunirse ya no es que el misterio de Cristo se comunica de este modo a la historia y al mundo, sino algo que reduce su alcance. Por otro lado, la Iglesia total solo puede emerger históricamente de manera contingente en un determinado lugar y en un ámbito concreto. ¿Cómo se puede comunicar a Cristo en un ambiente dado si

---

<sup>78</sup> Gál 3,26-29.

<sup>79</sup> Col 3,11.

<sup>80</sup> 1 Cor 12,13.

no es a través de un grupo de cristianos auténticamente conscientes de su pertenencia a la misma Iglesia? Sin ellos, es como si no existiera la Iglesia en ese ambiente: la Iglesia local tiene valor en la medida en que emerge de la Iglesia total, la cual no viviría sin aquella la concreción histórica»<sup>81</sup>.

Lo que prevalece en esta articulación como actitud concreta en cada uno que forma parte de ella es el amor a la unidad y esto se nutre del seguimiento: la obediencia a los pastores, dice el Papa, y la colaboración, «con disponibilidad y lealtad con los que están llamados a guiar el movimiento. Solo esta obediencia, continuamente redescubierta y alimentada, podrá asegurar una experiencia cada vez más rica de vida cristiana entre ustedes y la renovación de su presencia en el mundo para el bien de toda la Iglesia»<sup>82</sup>.

Don Giussani cuenta que el movimiento dio comienzo en el momento en que brotó la unidad con aquellos chicos con los que se había encontrado en Via Lamarmora a la salida de la escuela, a los que él se puso a seguir. No a ellos, sino a la unidad con ellos. Es decir, a Aquel que se manifestaba en ella. «El movimiento había sido y era el punto originario de todo, porque exigía mi pertenencia. Es decir, al empezar el movimiento, el primero que se puso en juego fui yo. Por lo que, cuando abordé en la calle a los primeros tres muchachos después de la primera hora de clase del primer día en el Liceo Berchet, me fui a casa todo preocupado por mí mismo: ¿con qué responsabilidad, con qué autoconciencia, con qué implicación de mi persona debía responder y corresponder a lo que comenzaba a intuir hablando con ellos! Me daba cuenta de que no podía volver a verlos al día siguiente sin tomar posición frente a este dilatarse de la cuestión: yo pertenecía a esos tres muchachos; mejor, pertenecía, no a ellos, sino a la unidad con ellos. Había ocurrido algo»<sup>83</sup>.

El seguimiento desde la súplica mendicante a Cristo —el seguimiento es propio de los mendigos, como decíamos ayer por la noche, es decir, de aquellos que no tienen ninguna pretensión, nada que defender— es un

<sup>81</sup> L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, op. cit., p. 129.

<sup>82</sup> Francisco, «Carta a Davide Prospero», op. cit., p. 1.

<sup>83</sup> L. Giussani, *Pertenencia a la morada como movimiento hacia la unidad de la vida*. Inserto de *Litterae Communionis-Huellas*, 1/1997, p. III. Se trata de un texto muy interesante en el que don Giussani cuenta cómo surgió el movimiento en él.

camino. Esto nos llena de ese *atreimiento ingenuo* que hace de nosotros testigos; nos hace ser sólidos en el testimonio y al mismo tiempo sin pretensión, capaces de acoger cualquier acento de verdad que haya en cada persona con la que nos encontremos, para que Él, Jesús, sea conocido y amado y pueda salvarnos a nosotros y al mundo. Somos llamados, diría nuevamente Péguy, a «alimentar [...] / con nuestra carne y con nuestra sangre, / con nuestro corazón, / las palabras carnales, / las Palabras eternas, temporal, carnalmente pronunciadas [...] / conservar vivas en el tiempo / esas palabras pronunciadas vivas en el tiempo»<sup>84</sup>.

### «Eres fuente viva de esperanza»: María y la Iglesia

Me gustaría concluir insistiendo en la analogía –subrayada por toda la Tradición– entre la Iglesia (y nuestra compañía) y la Virgen, y lo hago en primer lugar con lo que afirma Péguy de la Virgen María. En una entrevista realizada por nuestro amigo Rafael Gerez en el *Encuentro Madrid 2021*, Fabrice Hadjadj nos da la clave: «Desde el punto de vista teológico, la esperanza es ciertamente la virtud que nace cuando se articulan la fe y la caridad, cuando el cielo y la tierra, el pecador y el santo, la carne y la pureza se articulan. Por eso, detrás de toda su reflexión sobre la esperanza, Péguy teje una preciosa meditación sobre la Virgen María, carnal y pura. Aquí se encuentra la dificultad. Es muy fácil estar ya sea solamente en el cielo o solamente en la tierra. Pero lo difícil es estar en ambos polos; y volverse hacia el cielo sin huir de la tierra, para que la religión no se convierta en el opio del pueblo. Pero no estar tampoco solo en la tierra de manera que, por ejemplo, en nombre de la realización de una justicia simplemente humana, vayamos a destruirlo todo, a arrancarlo todo, el buen grano y la cizaña; hay que dejar sitio para el juicio final»<sup>85</sup>.

Esto es lo que escribe Péguy: «A todas las criaturas les falta alguna cosa. [...] / A las carnales les falta precisamente ser puras. / Pero a las puras les falta precisamente ser carnales. / Y a ella en cambio no le falta nada. / Sino verdaderamente ser Dios mismo. / (Pero es lo normal). / Pues siendo carnal es pura. / Pero, siendo pura, también es carnal»<sup>86</sup>.

<sup>84</sup> Ch. Péguy, *Los tres misterios*, op. cit., pp. 283-284.

<sup>85</sup> C. Giussani, Fabrice Hadjadj. *Una vida en clave de esperanza. Entrevista realizada por Rafael Gerez Kraemer*, a cargo de Carmen Giussani, Bookman, Madrid 2021, p. 65.

<sup>86</sup> C. Péguy, *Los tres misterios*, op. cit., pp. 273-274.

Péguy ve en esta unidad paradójica la tarea de María como «seguridad de nuestra esperanza». Pero si vale la analogía María-Iglesia, también en la Iglesia y en nuestra compañía se realiza la coexistencia paradójica de pureza y de carnalidad. Como la estatua en terracota de Luca della Robbia de la *Visitación de María a Isabel*, modelada en 1445, la primera estatua de bulto redondo en terracota vitrificada que se conoce. La mujer anciana se arroja de rodillas ante María, que es tan joven, casi una niña, porque está llena de gracia, la gracia que la llena ya por completo. La presencia de Cristo se muestra en esta juventud infantil y madura, llena de conciencia del Misterio y hermosísima: ella es la niña esperanza. Llena de gracia: es justamente una imagen de lo que es la Iglesia, de lo que somos nosotros, nuestro movimiento. Giussani rezaba así en el memorable y breve mensaje (uno de los últimos) con ocasión de la peregrinación a Loreto por los 50 años del movimiento. «María, ¡tú eres la seguridad de nuestra esperanza!». Esta es la frase más importante de toda la historia de la Iglesia; en ella se resume todo el cristianismo. «Tú eres la seguridad de nuestra esperanza» indica el florecimiento de las cosas. Sin la Virgen no podríamos estar seguros del futuro, porque la seguridad del futuro nos viene de Cristo: el misterio de Dios que se hace hombre. [...] Por eso, para nosotros, la oración a Cristo se identifica cada vez más con la oración a la Virgen»<sup>87</sup>.

Termino con el saludo que don Giussani dirigió a los participantes en el Meeting de Rimini en 2002 —en sus últimos años, cuando hablaba así de María en toda ocasión<sup>88</sup>—. «Eres fuente viva de esperanza: la esperanza es la única estación donde el tren de lo eterno se detiene un instante. Eres fuente viva de esperanza. Sin esperanza no se puede vivir. [...] ¡Que esta fuente viva de esperanza sea cada mañana, todas

<sup>87</sup> L. Giussani, «Peregrinación a Loreto, 16 de octubre de 2004 con motivo del 50 aniversario del nacimiento de Comunión y Liberación», *Huellas*, n. 10/2004.

<sup>88</sup> Recordemos que en la edición de *Por qué la Iglesia* de 2003 Giussani quiso añadir al final un capítulo sobre María, origen y modelo de la Iglesia y de nuestra compañía: «La Virgen nos introduce en el Misterio, es decir, en el sentido de nuestras jornadas, en el significado del tiempo que pasa; su mirada nos guía en el camino, su ejemplo nos educa, su figura constituye la imagen de nuestras tentativas. Madre generosa, genera para nosotros la gran presencia de Cristo. Esa presencia que renace continuamente de la carne de la Virgen nos consuela, nos perdona, nos conforta, nos alimenta, nos enriquece, nos regocija. Por eso a ella le pedimos todos los días que nos haga partícipes de su libertad, de su disponibilidad y de su camino» (L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, op. cit., pp. 327-328).

las mañanas, el sentido de la vida más inmediato, agudo y tenaz que tengamos! Somos amigos para esto. ¡Sigamos siéndolo! ¿Cómo seguir siendo amigos? [...] Eres fuente viva de esperanza. Os deseo que seamos compañeros de verdad, amigos hasta el fondo del corazón aunque no nos conozcamos directamente. Nos conocemos indirectamente, pero más aún que si fuera directamente. ¡Fuente viva, Virgen Madre, término fijo del consejo eterno! ¡Qué cosa! Decirlo después de setenta años es realmente impresionante. Resulta evidente que no hay nada seguro fuera de esto. Adiós. Perdonad la impertinencia»<sup>89</sup>. ¡También la mía!

*Regina coeli*

---

<sup>89</sup> L. Giussani, «Fuente viva», *Huellas*, n. 8/2002, p. 2.

# *Sábado 13 de abril, por la tarde*

Wolfgang Amadeus Mozart

Concierto para piano en do menor n. 24, K 491

Piano, Clara Haskil

Orchestre des Concerts Lamoureux – Igor Markevitch

«*Spirto Gentil*» n. 32, (Philips) Universal

## ■ SEGUNDA MEDITACIÓN

**Giovanni Paccosi**

### *La alegría del pobre*

Esta tarde retomamos nuevamente *Llevar la esperanza*, el texto de don Giussani que hemos citado varias veces esta mañana. El epígrafe conclusivo lleva por título: «Lo sublime en la vida cotidiana».

«Hay dos factores precisos de experiencia que comprueba cualquiera que participe en la comunidad de la Iglesia [es decir, que participe en el lugar en que Cristo se hace presente, haciendo posible nuestra esperanza] si vive su liturgia: la *seguridad* y la *laboriosidad*. Una seguridad profundamente humilde, porque su fundamento no está en mí sino en Uno para quien todo es posible. “*In spem contra spem. Spes autem non confundit*” [Esperando contra toda esperanza. La esperanza no defrauda]. Una laboriosidad que no se reduce a determinados momentos y que no se identifica solamente con determinadas empresas, sino que abarca cada momento y redime, confiéndole la utilidad de una noble tarea, cualquier gesto por pequeño que sea. Una laboriosidad que realiza lo sublime en la aparente banalidad de la vida más simple». Y a continuación dice una frase preciosa: «Lo sublime, ¿no puede ser cotidiano como lo son el vino y el agua?»<sup>90</sup>.

Qué perspectiva tan apasionante, que nos hace volver a todo lo que hemos meditado esta mañana, a la certeza que se proyecta sobre el fu-

<sup>90</sup> L. Giussani, *Llevar la esperanza*, op. cit., p. 173.

turo justamente a causa de esta familiaridad con lo *sublime*, con el Misterio que se ha hecho presencia, que atraviesa las cosas ordinarias y hace de ellas signo de lo sublime, otorgándoles un valor *sagrado*. Don Giussani concluye el texto recordando la necesidad de una educación en la esperanza: «En esta tierra solo se pertenece a Cristo en la esperanza. Por eso, únicamente se penetra en la experiencia de la redención a través de la educación en la esperanza»<sup>91</sup>. Pero, ¿cómo nos educamos en ella?

Antes de adentrarnos en la respuesta, abro un pequeño paréntesis. Al comentar el tema de esta tarde, alguien me ha hecho recordar que, en *El atractivo de Jesucristo*, don Giussani nos invita a tener presentes dos cosas<sup>92</sup>. Por un lado, el asombro que produce en nosotros el atractivo de la realidad, de las cosas, que pone en movimiento nuestro deseo. Por otra, el sacrificio necesario para educar nuestra esperanza. Sacrificio en el sentido que decíamos esta mañana, para volver *sagrada* cada cosa, reconocida como signo de aquello que atrae más que la cosa en sí. Como decía esta mañana, pensad qué mirada puede tener alguien que ve todas las cosas, todas las relaciones, todas las personas como sagradas, porque son reconocidas como el lugar en que se manifiesta el Misterio.

Por tanto, ¿cómo podemos educarnos en la esperanza? Retomemos ¿*Se puede vivir así?* para descubrir cómo puede la experiencia de la redención llegar a ser conciencia del instante, familiar como el pan y el vino.

El sentimiento que nace en el hombre que vive la esperanza es la *confianza*, pero –afirma don Giussani– existe un punto de paso, un obstáculo que hay que superar para vivir en esta familiaridad presente y llena de confianza hacia el futuro. «Al pasar de la esperanza a la confianza, el obstáculo que puede surgir es atribuir la certeza del futuro a determinadas cosas que ya poseemos: por ejemplo, el dinero, la melena, las gafas de oro, las amistades, la protección de los poderosos, el saber cantar, los músculos... y así, todas las versiones y figuras posibles. ¿Qué podría obstaculizar la confianza? [...] Algo que poseemos, en lo que ponemos la confianza; algo que ya poseemos. Entonces, se trata de

---

<sup>91</sup> *Ibidem*.

<sup>92</sup> Cf. L. Giussani, *El atractivo de Jesucristo*, Encuentro, Madrid 2000, pp. 50-53.

no poseer, al menos de no poseer de ese modo, y la virtud que trata del no poseer es la virtud de la pobreza»<sup>93</sup>.

¿Es posible que don Giussani, para afrontar un tema tan fundamental y controvertido como la pobreza, cite como obstáculos para vivir la confianza hechos tan mínimos, casi podríamos decir irrisorios? ¿Acaso puede obstaculizar la *esperanza* y el sentimiento vital que deriva de ella, la *confianza*, el apego a la melena, a las gafas de oro, a saber cantar, a los músculos? Y sin embargo, estos son los ejemplos que pone. Son los bienes, aparentemente irrisorios, de los que está hecha nuestra vida cotidiana. Casi da miedo pensar en la cantidad de cosas a las que podemos apegarnos, en cómo podemos poner nuestra seguridad con respecto al futuro en la posesión de ciertos bienes presentes y no en la certeza de Su presencia. Poner nuestra certeza en «determinada» posesión presente es una objeción a la esperanza. «“Determinada” quiere decir fijada por nosotros, prevista por nosotros, elegida entre aquello que nos resulta cómodo, elegida entre lo que más nos persuade, elegida entre lo que nos proporciona más riqueza y, por consiguiente, seguridad económica»<sup>94</sup>. La esperanza como certeza a la hora de mirar el futuro viene de la posesión de Cristo ahora. La fe me permite reconocer a Cristo presente ahora y por eso estoy seguro con respecto al futuro. En cambio, el obstáculo es poner la certeza en una determinada posesión, en la posesión de una cosa determinada. Tenemos esto o aquello y entonces estamos seguros, y lo mismo con respecto al futuro, queremos esto o aquello, y la esperanza se reduce a todo ello. Aquí nos encontramos frente a una alternativa en la que no existe el *et et* (como si dijéramos: «Puedo esperar en Cristo y esperar también en el bienestar económico». «Puedo esperar en Cristo y esperar también en el éxito»), sino el *aut aut*. Recordemos a Jesús, cuando habla de la alternativa entre servir a Dios o a Mamóná (el dinero)<sup>95</sup>. También porque, añade don Giussani, cualquier cosa fuera de la fe a la que tú confías tu certeza, no dura, el tiempo se la lleva.

Me gustaría hacer una *nota bene* que se refiere al modo con que podemos reducir de esta forma arbitraria incluso nuestra pertenencia a la Iglesia y al carisma. De hecho, podemos confiar nuestra certeza con respecto

<sup>93</sup> L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., pp. 231-232.

<sup>94</sup> *Ibidem*, p. 232.

<sup>95</sup> Cf. Lc 16,13.

al futuro a una imagen de nuestra compañía definida por nosotros, a una interpretación nuestra de lo que hemos encontrado y no a la presencia objetiva de Cristo en la historia concreta del carisma, tal como nos alcanza ahora, del camino real que la Iglesia nos confirma como la presencia segura de Cristo. De este modo, podemos juzgar también esta historia en base a «la melena, las gafas de oro, el saber cantar...» o al hecho de sentir determinadas cosas o no sentir las, de sentir una simpatía instintiva o no. En lugar de hacerlo en base a la posesión de algo que continuamente se nos da, que recibimos, que no está a nuestra merced, confiamos nuestra certeza a algo que nosotros aferramos y dominamos, una «*determinada* cosa», tal como la queremos nosotros. La condición para salir del chantaje de estas reducciones de la fe y de la esperanza es la pobreza.

Desde esta perspectiva *desde fuera*, partiendo de considerar la pobreza como condición para no quedar reducidos a la medida de las cosas a las que nos confiamos, Giussani traza el fundamento del valor de la pobreza. «La pobreza, ¿en qué basa su valor? En la certeza de que es Dios quien cumple. Cristo cumple el deseo que te despierta: “El que ha empezado en vosotros esta obra buena la llevará a plenitud en el día de Cristo”»<sup>96</sup>.

La certeza de que Él cumplirá la promesa nos vuelve libres de las cosas. Digámoslo ya: el fruto inmediato de la pobreza es la *libertad*. «No eres esclavo de nada, no estás atado a nada, no estás encadenado a nada [...] eres libre. [...] No eres esclavo de lo que usas porque *solo* eres esclavo de Aquel que te da la certeza de tu felicidad»<sup>97</sup>.

Davide citaba ayer el episodio del joven rico, ¿no? También nosotros nos vemos un poco en el drama de tener que decidir a qué está realmente apegado nuestro corazón. Sin embargo, reconocer justamente que Cristo es la única fuente de esta certeza nos libera. ¡Cómo nos cuesta esta pobreza! Cómo tratamos siempre de exorcizarla relativizándola, dejando que el apego a las cosas nos esclavice, y así —como sucede siempre que dejamos entrar una distancia, aunque sea mínima, con respecto a lo que se nos propone— nos perdemos lo mejor.

En el libro del mes que el movimiento había sugerido para febrero, esa biografía tan original de san Francisco escrita por Chesterton<sup>98</sup>,

<sup>96</sup> L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 234.

<sup>97</sup> *Ibidem*.

<sup>98</sup> G.K. Chesterton, *San Francisco de Asís*, Encuentro, Madrid 2012.

él describe la pobreza de san Francisco con expresiones paradójicas –como hace siempre– pero muy eficaces.

Chesterton introduce esta descripción con la definición que Francisco dio de sí como de un «*juglar de Dios*». Y dice que el cambio de perspectiva con la que, en un momento dado, Francisco empezó a mirar el mundo, se podría comparar con la forma en que lo ve un saltimbanqui que camina sobre sus manos. «A veces una escena cualquiera, como por ejemplo un paisaje –dice Chesterton– se ve con más claridad y frescura si se mira cabeza abajo»<sup>99</sup>. Y el cambio radical y misterioso que se produjo en la vida de Francisco al abrazar la pobreza como esposa, se puede describir realmente con esta imagen del mundo visto con la cabeza hacia abajo. Veamos qué quiere decir, porque la imagen del saltimbanqui nos deja tal vez un poco perplejos. «Si un hombre pudiera contemplar el mundo al revés, con los árboles y las torres colgando cabeza abajo, tal como los vemos reflejados en un estanque, una de las consecuencias sería el subrayar la noción de “dependencia”. Hay una relación etimológica con el latín porque el verdadero significado de “dependen” es “colgar”. [...] La cuestión es la siguiente: cuando se contempla normalmente la ciudad, el grosor de las piedras de sus murallas, así como los macizos cimientos de sus atalayas y de su elevada ciudadela le dan un aspecto de seguridad y estabilidad, pero en cuanto se le diera la vuelta, toda esa mole la haría parecer una ciudad indefensa y en peligro. [...] En vez de estar meramente orgulloso de la inalterabilidad de su poderosa ciudad, estaría también agradecido a Dios omnipotente por no dejarla caer. Le daría las gracias por no permitir que todo el cosmos se cayera y se hiciera añicos como un enorme cristal, transformándose en estrellas fugaces». Y aquí añade un pensamiento conmovedor: «Quizá san Pedro contempló el mundo de esa manera al ser crucificado cabeza abajo»<sup>100</sup>.

Verlo todo colgado del amor de Aquel que nos lo entrega, que nos lo está entregando ahora. La pobreza es, por tanto, estar delante de todo recibéndolo con agradecimiento y sin pretensión alguna. Decíamos esta mañana que todas las cosas tienen valor por el hecho de que son don y signo del único necesario, Cristo. La imagen de Chesterton es

---

<sup>99</sup> *Ibidem*, p. 87.

<sup>100</sup> *Ibidem*, p. 90.

estupenda: alguien que se da cuenta de que toda la realidad –incluido todo lo que hay en nosotros– está saliendo en este momento de Dios, que la genera, está colgada de Él. En las páginas siguientes, Chesterton desarrolla estas reflexiones, ayudándonos a entender que la mirada del «místico» ve las cosas en el momento en que salen de Dios, mientras Dios las trae al ser. Por ejemplo, dice: «Quien ha visto el mundo entero colgando del hilo de la misericordia divina, ha visto la verdad, casi diríamos la verdad desnuda. Quien ha contemplado su ciudad patas arriba la ha contemplado en la posición correcta»<sup>101</sup>.

De este modo, Chesterton intuye y nos muestra la raíz de la *leticia* franciscana, que es también la característica que subraya don Giussani como el fruto más bonito de vivir la pobreza. «Se tomaría por una paradoja si dijéramos que alguien no cabe en sí de gozo porque ha descubierto que está en deuda. [...] En ella, el eterno acreedor [porque es Dios quien nos ha dado todo] comparte sinceramente la alegría del deudor infinito; de hecho ambos son deudores y ambos son acreedores. En otras palabras, deuda y dependencia se convierten en placeres ante un amor perfecto»<sup>102</sup>.

La *leticia*, el gozo de Francisco, brota de saber que todo es gracia, don que sale del amor incontaminado de Dios al que se confía sin reparos. A propósito de esto, observa don Giussani: «De la libertad frente a las cosas que lleva consigo la pobreza, nace un sentimiento que solamente puede tener quien es pobre, es decir, quien no establece en determinadas cosas elegidas por él la esperanza de su vida. [...] De la libertad frente a las cosas –que nace por la certeza de que Dios mismo lleva todo a cabo– brota otra característica del alma pobre: la *leticia*. Su emblema por excelencia en la historia del cristianismo es la figura de san Francisco»<sup>103</sup>.

No tener nada que defender, recibir todo a cada instante desde la certeza de Cristo nos hace estar alegres. «De la fe nace la esperanza, y en la esperanza arraiga la *leticia*, porque solo se puede ganar y vivir la *leticia* por la certeza de un futuro»<sup>104</sup>. *Leticia*, porque mientras reconozco que todo es don –y sin esta conciencia quedaría solo la inconsistencia de

<sup>101</sup> *Ibidem*, p. 93.

<sup>102</sup> *Ibidem*, pp. 94-95.

<sup>103</sup> L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 235.

<sup>104</sup> *Ibidem*, p. 236.

todo, porque las cosas se harían añicos si no me diera cuenta de que, en este momento, es Dios quien las está sosteniendo y me está sosteniendo a mí—, estoy seguro de que el futuro es bueno, de que *lo mejor está por llegar*, porque será el modo con el que Dios responderá al deseo y a la espera que me constituye. Y lo hará, responderá con formas imprevisibles y siempre nuevas, y estoy seguro de ello, sin temor al sacrificio inevitable, que se convierte en condición de una conciencia aún más clara de que solo Dios basta. «*Quid animo satis?*».

«Como cuento en el primer volumen de la Escuela de comunidad, había leído un libro sobre el franciscanismo donde cada capítulo comenzaba con una rúbrica. En una de ellas la inicial era una Q —“*Quando*”, el capítulo empezaba así—; la Q tenía como pedúnculo un pajarito y dentro estaba, delante del sol naciente, la silueta de san Francisco, el símbolo de la sensibilidad humana de nuestra gente, de nuestra raza, frente a lo más bello que hay en la naturaleza: eso es la leticia. Y la Q incluía una frase a los pies de san Francisco: *Quid animo satis?*, ¿qué le basta al alma? En esta pregunta se expresa bien qué es la leticia —“¿qué le basta al alma?”—, porque la relación entre san Francisco y el fenómeno más bello de la naturaleza tenía una perspectiva eterna, una perspectiva de lo eterno, era signo de lo eterno. Así pues, en el amor verdadero hay leticia en tanto que falta la posesión. Por algo diremos, al hablar de la virginidad, que es pobreza, que es la pobreza en su nivel extremo y, por eso, al entregarse a Dios en la virginidad, se debe dar también el dinero, porque sin pobreza no existe entrega pura [me contaban que lo que impresionaba en Estados Unidos de nuestros *Memores Domini* no es tanto que vivan la virginidad, sino que ponen el dinero en común. En América parece imposible que pueda darse esto; y quizá también en nuestras familias parece a veces imposible]. La perspectiva de lo eterno en una relación amorosa, afectiva, la llena de leticia y, al tiempo que la alegra, la vuelve libre de todas las condiciones: con cuanto más desapego se ame, más alegre se vuelve la relación. No pretendo agotar esta observación o hacer una descripción exhaustiva. Puede darse un período inicial de mayor contento; pero se trata de contento, no de leticia; la leticia permanece»<sup>105</sup>.

La tercera característica de la persona que vive la pobreza, en la libertad, es que nada le falta, no te falta nada. «*El pobre es el que está*

---

<sup>105</sup> *Ibidem*, p. 238.

*seguro de algunas cosas grandes*» y por ello no le falta nada, más aún, lo que tiene lo posee solo para darlo. Don Giussani llega a decir: «La afirmación de Otro como significado de sí no quiere decir dar quinientas liras al fondo común, sino darlo todo, darse entero uno mismo al fondo común»<sup>106</sup>. La afirmación de Otro, es decir, de la gran Presencia, «permitirá la construcción de tu relación con la mujer o con el hombre; certeza de algunas cosas grandes que permitirá la arquitectura de tu presencia en la sociedad, que permitirá que tu trabajo se erija ante tus ojos como algo bello y útil»<sup>107</sup>. Si no es para esto, ¿para qué merece la pena vivir?

La última observación con la que profundiza Giussani en el tema de la pobreza como condición para la confianza —que es el sentimiento de la vida que nace de la esperanza— precisa que la pobreza es también condición para ese desapego que resulta necesario para conocer.

Creo que tenemos muy presente el ejemplo de *El sentido religioso* en el que se habla de la distancia necesaria para ver un cuadro que, visto demasiado de cerca, parecería solo un conjunto de manchas y en cambio, visto desde la distancia adecuada, se llena de belleza y armonía<sup>108</sup>.

Aquí también vuelve Giussani a Francisco, a aquella frase suya tan impresionante: «Después de Dios y el firmamento, Clara». La comenta así: «Es difícil concebir una exaltación amorosa mayor que esta, pero pensad en qué distancia había, desde el punto de vista métrico, métrico decimal. Pues, en efecto, no es cuestión de medida sino, en último término, de compañía contextual —el objeto, Clara, estaba situado a los ojos de Francisco en la gran compañía del universo [es decir, de Dios]—; no es cuestión de medida, sino de compañía y, en ultimísima instancia, de amor, es decir, de abandono de sí, de don de uno mismo. Es mejor decir abandono de sí porque aclara la idea de don; cuando uno da algo se reserva siempre el derecho a ser estimado porque ha dado, el derecho al agradecimiento, y esto hace que se pierda todo; mientras que el abandono de sí, no; es puro. Abandono de sí: cuanto más se ama, más se abandona uno a sí mismo y afirma solamente al otro»<sup>109</sup>. En el desapego de la pobreza se conoce y se ama.

---

<sup>106</sup> *Ibidem*, p. 240.

<sup>107</sup> L. Giussani, *Seguros de pocas grandes cosas (1979-1981)*, Encuentro, Madrid 2014, pp. 343-344.

<sup>108</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 201.

<sup>109</sup> L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 243.

En la pobreza, por tanto, ya no estás apegado a las cosas o a las personas por una seguridad tuya, sino solo con vistas a su destino, por tanto a su bien y a su verdad. «Cuanto más se quiere, más libre, ágil y leve se torna la relación»<sup>110</sup>. La pobreza te permite tener, usar una cosa, como si no la tuvieras, como si no la usaras. Esta descripción de la pobreza está contenida en la carta de san Pablo a los Corintios: «Digo esto, hermanos, que el momento es apremiante. Queda como solución que los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran; los que lloran, como si no lloraran; los que están alegres, como si no se alegraran; los que compran, como si no poseyeran; los que negocian en el mundo, como si no disfrutaran de él: porque la representación de este mundo se termina»<sup>111</sup>.

### La confianza: estar colgados sobre algo firme

A este respecto, en *¿Se puede vivir así?* don Giussani utiliza una imagen impresionante que nos hace pensar en seguida en esas expresiones de Chesterton a las que nos hemos referido. Nos parece que la renuncia de la pobreza nos deja como suspendidos sobre un abismo, sin estar pegados a nada, y en cambio: «La pobreza no está destinada a dejarnos colgados en el vacío. La pobreza que nace de la esperanza está destinada a fundamentar, a exaltar, a engrandecer, a llenar de confianza todo el mundo que nuestros ojos ven ávidamente. El resultado de la pobreza que nace de la esperanza se llama confianza y es lo contrario de colgar en el vacío. La confianza es lo contrario de colgar en el vacío: es *colgar sobre algo firme*»<sup>112</sup>.

La Presencia que hemos descubierto en la fe sostiene la vida ahora y para siempre y por eso podemos mirar el futuro confiados (confianza [o fiducia] viene de *fidere se alicui*, confiarse) a Otro, a Él, sin temor, hasta el cumplimiento del destino.

#### a. El abandono

La confianza, continúa don Giussani, es un *abandono* como el de un niño en brazos de su madre. Tal como lo describe Péguy, el abandono

<sup>110</sup> *Ibidem*, p. 250.

<sup>111</sup> 1 Cor 7,29-31.

<sup>112</sup> L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 251.

visto desde Dios, este abandono es propio de la esperanza, y es la fuerza del hombre: se abandona y esto conmueve al mismo Dios. *La esperanza niña* obtiene todo lo que quiere, como los niños. «Ah esos vivos ponen cara de no hacer nada, / Los muy pícaros, / Saben bien lo que hacen, / Por más que se hagan los ingenuos. [...] / Con su carita inocente; / Con su carita de no saber nada; / De no saber»<sup>113</sup>.

Observa Paolo Prosperi en el texto *Misterio de los misterios. La esperanza en Péguy*: «En su no saber nada, el niño sabe ya lo que también el adulto sabía antes, pero ha olvidado. Él sabe del poder paradójico de la pura espera, de ese pedir que recibe la energía de su ímpetu no del sentimiento del mérito propio, sino del mero confiarse a la gratuidad de un amor que precede a cualquier mérito»<sup>114</sup>.

Dios nos mira, nos «admira», decíamos esta mañana, como un padre a su hijo, cuando nos confiamos a Él, casi con una pretensión que no es pretensión, porque no se nutre de imágenes nuestras, sino solo de la confianza en Él. Sigue Péguy: «Los niños son criaturas nuevas. / Ellos también, ellos sobre todo, ellos los primeros toman el cielo por la fuerza. / *Rapiunt*, roban. / Y qué fuerza tan agradable y qué ternura de fuerza. / Con qué gusto aguanta un padre, / Con qué gusto aguanta la violencia de esa fuerza, / Los abrazos de esa ternura. / Desde luego yo, dice Dios, no conozco nada tan bello en todo el mundo / Como un chiquillo que habla con nuestro Dios / En el fondo de un jardín. [...] / Un hombrecito que cuenta sus penas al buen Dios / Con la mayor seriedad del mundo»<sup>115</sup>. «Dichosa infancia. / Todo su cuerpecito, toda su personita, todos sus pequeños gestos, están llenos, exhalan, rebosan, de una esperanza. [...] / Vosotros niños imitáis a Jesús. / No lo imitáis. Sois niños Jesús. [...] / En nuestras infancias alcanzamos a Jesús»<sup>116</sup>.

El abandono de la confianza es el abandono de Jesús en el Padre, y esto nos permite comprender que ser como niños no es ser infantiles, sino abandonarse a Él incluso ante el sacrificio, la pasión, el dolor, con «atrevimiento ingenuo», con la seguridad que expresa el salmo 131,

<sup>113</sup> Ch. Péguy, *Los tres misterios*, op. cit., pp. 248-249.

<sup>114</sup> P. Prosperi, *Misterio dei misteri. La speranza secondo Péguy*, Scholè-Morcelliana, Brescia 2023, p. 137.

<sup>115</sup> Ch. Péguy, *Los tres misterios*, op. cit., p. 460.

<sup>116</sup> *Ibidem*, pp. 250-251.

«como un niño en brazos de su madre»<sup>117</sup>, sin saber de antemano qué va a pasar, sino con la confianza de que con Cristo se puede ir hasta el fin del mundo sin temor. Así debía de ser la confianza que los apóstoles experimentaban cuando estaban con Jesús. Observa don Giussani: «La señal del abandono es algo así como si a uno se le secan todas las fuentes del orgullo; ya no se enorgullece, le resulta imposible ser orgulloso porque nada es suyo, y todo se vuelve suyo si no posee nada»<sup>118</sup>.

### **b. «Todo lo puedo en Aquel que es mi fuerza»<sup>119</sup>**

Este abandono en la confianza no desaparece por la traición en la que caemos una y otra vez. «Simón, ¿me amas?». Más fuerte que nuestra caída es la misericordia de Cristo, si lo miro a la cara.

«No lucubrar para tender a la perfección, sino mirar a Cristo a la cara [...]. ¡No hacer proyectos de perfección, sino mirar a Cristo a la cara, mirar a alguien frente a frente! Sencilísimo, facilísimo... pero incomodísimo, incomodísimo porque ya no te puedes seguir a ti mismo. La felicidad consiste en seguir a Otro. Ciertamente mirar a Cristo a la cara y no hacer proyectos de perfección quiere decir mirar a Cristo deseando verdaderamente el bien, deseando ser sinceros, deseando verdaderamente querer: “Deseándote verdaderamente, Señor”»<sup>120</sup>.

«Todo lo puedo» no en el sentido de un pasotismo que nos lleva a pensar que nos podemos equivocar porque, total, siempre se nos da otra oportunidad –entre otras cosas, se trataría de una ilusión breve, porque nos veríamos absorbidos por el propio pasotismo–, sino con un deseo verdadero de Él, de ser perdonados por Él.

Entre nosotros existe también este equívoco por el cual podemos decir que estamos en el cauce del río adecuado. Carras decía: «¡Qué suerte tenemos por haber conocido a Giussani!». Efectivamente, es una gran suerte haber conocido a Giussani, la mayor suerte, y sin embargo podemos dejarnos llevar por la corriente sin un deseo real de cambiar, como si siguiéramos vagamente, como cansados, sin ese *atrevimiento ingenuo*.

<sup>117</sup> «Señor, mi corazón no es ambicioso, / ni mis ojos altaneros; / no pretendo grandezas / que superan mi capacidad. / Sino que acallo y modero mis deseos, / como un niño en brazos de su madre; / como un niño saciado / así está mi alma / dentro de mí. / Espere Israel en el Señor ahora y por siempre» (Sal 131).

<sup>118</sup> L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 254.

<sup>119</sup> Cf. Fil 4,13.

<sup>120</sup> L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 256.

Este riesgo se me hizo muy patente en Lima en 2008, cuando murió nuestro gran amigo, el siervo de Dios Andrés Aziani. Muchos de vosotros habréis leído el libro que se ha publicado sobre él<sup>121</sup>. Como Dios nos muestra siempre su misericordia a través de rostros concretos, del rostro concreto de esta compañía, todos nosotros, que éramos cada día testigos de su santidad real, llena de misericordia y de ímpetu propositivo, con la que Andrés se entregaba a sí mismo y nos trataba, nos sentíamos casi llevados a hombros por él, incluso con todos nuestros errores. Siempre podíamos mirarlo a él, más aún, mirándolo a él, a Andrés, podíamos volver a mirar donde él miraba, es decir, al movimiento, a Cristo. Pero a veces esto era una excusa para no querer asumir la responsabilidad de volvernos sencillos como él, de confiarnos a Cristo como él. Por eso, cuando él murió, fue una muerte repentina, se acabó de algún modo nuestra excusa. Nos encontramos un poco perdidos. ¿Y ahora? ¿Quién nos dará otra oportunidad después de nuestros errores? ¿A quién miraremos? Fue un gran desafío, porque tuvimos que reconocer que teníamos que dar un paso, no con respecto a la capacidad, sino a la sencillez y sinceridad de una verdadera confianza en el rostro concreto al que Andrés siempre había mirado, al carisma, a la Iglesia, a Jesús, con esa pureza y totalidad (como la confianza de los niños) que, en lugar de envidiar, también nosotros podíamos empezar a experimentar.

Péguy habla de una libertad y gratuidad de hijos, y no de siervos temerosos, al mirar a Dios, una libertad que le complace, en la que Dios se complace. Son páginas bellísimas porque muestran cómo florece la estatura humana cuando se vuelve a poner la esperanza en Cristo, cuando se da una confianza llena de abandono, cuando existe una certeza sin fisuras en el cumplimiento de Su promesa.

«¿Acaso gusta ser amado por esclavos? [...] / Cuando se ha tenido la experiencia de ser amado libremente, las sumisiones ya no presentan ningún atractivo. [...] / Así como su libertad es el reflejo de mi libertad, / Me gusta encontrar en ellos como una cierta gratuidad / Que sea como un reflejo de la gratuidad de mi gracia. [...] / Me gusta que en cierto sentido recen no solo libremente, sino como gratuitamente. / Me gusta que caigan de rodillas no solo libremente, sino como gratuitamen-

---

<sup>121</sup> G. Mereghetti – G.C. Peluso, *Andrea Aziani. Febbre di vita*, Itacalibri, Castel Bolognese 2023.

te. [...] / Por último, dice Dios, me gusta que amen no solo libremente, sino como gratuitamente»<sup>122</sup>.

Es la alegría de fiarse, de esperar en Él, no de obtener conforme a la imagen que tenemos de lo que pedimos. Es la leticia de san Francisco, que ve todo mientras brota continuamente de la «plenitud» de Dios. El descubrimiento incesante de que somos queridos y amados vuelve gratuito y libre nuestro abandono en las manos de Dios, que nos lleva a la vida.

### c. De la confianza, la fiesta; de la fiesta, la misión

Demos un paso más. Ser amados, queridos y perdonados así es una *fiesta*; es más, la fiesta comienza ya cuando miramos el rostro de Jesús. «Es la fiesta que caracteriza cada despertar, cada mañana, cada vez que dices “Señor mío”, cada vez que lo miras y dices “Dios mío, perdóname”: es una fiesta, se celebra una fiesta. La confianza es un estado de ánimo tal que, de cualquiera de tus actitudes, hace nacer una fiesta [es la fiesta del hijo pródigo]. Si tienes confianza, incluso de todas tus debilidades nace una capacidad de victoria junto a Aquel que es tu fuerza, nace una capacidad de victoria que es el atrevimiento de aquellos primeros siete u ocho discípulos que lo siguieron. Eran siete u ocho, pero ya tenían —y así se lo repetían entre ellos— la conciencia de vencer al mundo, de ser el nuevo pueblo israelita que iba a vencer al mundo porque estaba con Él»<sup>123</sup>.

Creo que es la misma intuición que se expresa en la canción de Anas *La festa sta per cominciare*: la fiesta es estar en la orilla del mar de Dios, es decir, no ser ya dueños de nosotros mismos, sino abandonarnos a Él, a su designio. «La fiesta está a punto de empezar, / corre y no te detengas, amigo mío. / Es la fiesta del final del mal / en la orilla del mar de Dios. (...) / Y paso a paso hacia el mar / todo es más sencillo y está a punto de empezar. / No siento ningún dolor que sea mío, / sufro de amor y de alegría como Dios»<sup>124</sup>. Ya no existe mi dolor, mi sacrificio: existe el sacrificio de Jesús y el dolor de Jesús en mí. Por eso es la fiesta por haber sido liberados. Es la fiesta del padre por el regreso del hijo pródigo.

Entonces la fiesta es *misión*, porque genera una presencia nueva, festiva, en el mundo. Una humanidad cumplida que vive las circunstancias

<sup>122</sup> Ch. Péguy, *Los tres misterios*, op. cit., pp. 398-403.

<sup>123</sup> L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., pp. 257-258.

<sup>124</sup> A. Anastasio, «La festa sta per cominciare», letra y música de Antonio Anastasio.

dándolo todo para que Él sea reconocido, para que la esperanza que nos anima pueda reanimar la esperanza de los hombres. ¿Recordáis el punto de la Jornada de apertura de curso? «De la fe, la misión»<sup>125</sup>.

He encontrado un texto de 1999, adjunto con la revista *Huellas* de diciembre, que lleva por título «El jubileo y la vida», que creo que puede ser útil para comprender la misión a la que somos lanzados en la esperanza. Decía don Giussani: «En Guatemala, durante la visita pastoral de marzo de 1983, Juan Pablo II dijo que Cristo es el arma de un mundo nuevo. Esta esperanza no se apoya en mis recursos o en los recursos de ese yo proyectado que son la sociedad, los poderosos y las cosas que el hombre crea; esta nueva vida, esta esperanza está fundada en esta Presencia. En el fondo, la fe es reconocer una Presencia y esto da ánimo mil veces al día, en cualquier situación en la que te encuentres, incluso en la muerte y, por tanto, da la capacidad de abrirse a los demás con pureza, es decir, con gratuidad. Por eso Cristo, Redentor del hombre, no vale solo para el más allá, sino para aquí hoy, para este momento, para dentro de una hora, dentro de la compañía en la que estoy, de la compañía en la que estaré y por eso esta esperanza no tiene límites, abraza al mundo entero. Por su naturaleza esta esperanza es social; por su naturaleza no existe ningún problema, ni exigencia ni situación humana por la que ella no se sienta afectada, por la que no se interese positivamente. La gran fórmula de la vida cristiana afirmada por san Pablo es: *In spe contra spem* (Rom 4, 18). Por eso el cristiano es eminentemente un hombre que se compromete en su relación con las personas y con las cosas en cualquier situación, incluso en la política, porque esta Presencia ha movido las aguas de nuestro gran, terrible y horrible estado, del gran pantano de nuestra impotencia; esta Presencia ha entrado y ha movido todo, y estas olas llegan hasta las orillas extremas, abrazan el mundo hasta los confines de la tierra. Por eso no hay nada que le sea ajeno a mi instante concreto; vivo cada instante concreto como un intento de amor que se llama, en el lenguaje cristiano, “ofrecimiento” por el mundo entero. Este ofrecimiento me hace llorar con dolor por mi mezquindad y me abre a la alegría de la esperanza porque no se apoya en mí, aunque pasa a través de mí, me usa a mí. Por eso aunque sea tan

---

<sup>125</sup> «De la fe, la misión», en D. Prosperi, F. Cassese, «*La fe, cumplimiento de la razón*», inserto de *Huellas* n. 10/2023.

mezquino como para dar tan poco, doy este poco»<sup>126</sup>. La esperanza que ponemos en Cristo nos hace desear que todo se vea atravesado por su presencia, que renueve la esperanza del mundo.

A propósito de esto, quiero hacer una última cita del texto de 1961. Don Giussani habla de una «laboriosidad que no se reduce a determinados momentos y que no se identifica solamente con determinadas empresas, sino que abarca cada momento y redime, confiriéndole la utilidad de una noble tarea, cualquier gesto por pequeño que sea. Una laboriosidad que realiza lo sublime en la aparente banalidad de la vida más mezquina»<sup>127</sup>. ¡Lo decía ya en 1961! No se trata de hacer cosas clamorosas, sino de que todo se haga desde el abandono de mi persona a Él, que vuelve «sublime» cada gesto como ofrecimiento de mí mismo por el mundo entero. Se trata, por tanto, de estar presentes dentro de las circunstancias cotidianas con la conciencia de que lo que nos ha aferrado a nosotros es para todos.

La misión vive y se realiza en la pertenencia, en nuestra unidad que nos sostiene a la hora de llevar hasta la concreción de las circunstancias cotidianas la mirada nueva sobre la realidad que nace de la fe. Se trata de vivir llevando en nosotros la conciencia de esta unidad, que no es solo una conciencia interior, dentro de la «banalidad de la vida» de cada día. Ser presencia en los lugares de la vida concreta instaura una presencia original: no armados con un discurso o con un proyecto, sino siendo capaces de juicio y libres a la hora de proponer una modalidad nueva y consciente de vivir que se pone en juego en cada detalle, que nos implica hasta la médula.

¿Os acordáis de la descripción de los primeros cristianos que se recoge en la *Carta a Diogneto*<sup>128</sup>? ¡Otro mundo en este mundo! Los cristianos están en el mundo como todos, se visten como todos, pero son el comienzo de otro mundo en el mundo. Quiero leeros una especie de carta a Diogneto de hoy. Es el testimonio de un amigo brasileño que describe la compañía que vive con sus amigos del movimiento. «Percebo en mí y en la compañía de los amigos que viven la fe conmigo algunas características muy evidentes. Para mis amigos, todas las circunstancias, cada una de ellas, tienen un sentido, y por eso son personas

<sup>126</sup> L. Giussani, «El jubileo y la vida», *Huellas* n. 11/1999, p. XII.

<sup>127</sup> L. Giussani, *Llevar la esperanza*, op. cit., p. 173.

<sup>128</sup> *Carta a Diogneto*, cap. V. El texto griego se halla en PG II, col. 1167-1186.

agradecidas por lo que sucede, incluso por los sufrimientos. Tienen una mirada atenta y llena de ternura hacia el otro, porque el otro es un signo de la presencia de Cristo. Son pacientes, no hay nada de lo que se quejen o por lo que se enfaden, porque el resultado no reside en sus capacidades, sino en Cristo. Y todo contribuye a la relación con Él. Saben perdonar porque tienen conciencia de su propio pecado y del perdón que reciben tras cada error. Tienen esperanza porque saben que Él viene y todo concurre para esto. No pasan desapercibidos en el ambiente de trabajo, porque dan testimonio de una forma más humana de vivir; su testimonio de Cristo es su forma de vivir».

Dice don Giussani en una *QuasiTischreden*: «Quien cree en Jesús es aferrado por la fuerza del misterio de Cristo, es llevado dentro de su personalidad y de este modo se convierte en un solo cuerpo, en el sentido literal de la palabra, y este cuerpo se dilata, está destinado a dilatarse, a ser fecundo»<sup>129</sup>. Me ha impresionado leer esto, porque siempre explica la razón de cada cosa que dice. Y la razón, lo habéis escuchado, es la conciencia de la presencia de Cristo, de su perdón, porque Él es el sentido de todas las cosas. Y los que viven de la fe y experimentan la esperanza se sorprenden siendo una sola cosa. Continúa don Giussani: «La relación entre Cristo y la compañía en la que está vuelve fecunda esta compañía: esta compañía está destinada a tomar el mundo, a poseer el mundo»<sup>130</sup>.

En la Jornada de apertura de curso, Davide hacía referencia a las palabras de monseñor Paolo Martinelli, vicario apostólico de Arabia del sur, cuando decía que ser misioneros quiere decir ser enviados<sup>131</sup>, vivir una compañía dentro de la realidad con *la conciencia de ser enviados*.

Giussani hablaba de ello así: «Cuando éramos cuatro chicos en el liceo Berchet, teníamos esta persuasión mucho más clara que la gente de entonces: que estamos hechos para tomar el mundo. Hasta tal punto que después de dos años los primeros que salieron del liceo pidieron irse de misión. Y dos años después fuimos de misión: único caso de realidad misionera pensada, sostenida —económicamente y como participación— por chavales. El único caso en la historia, aunque nadie lo

<sup>129</sup> L. Giussani, *Una presenza che cambia*, BUR, Milán 2004, p. 368.

<sup>130</sup> *Ibidem*.

<sup>131</sup> Cf. «De la fe, la misión», en D. Prosperi, F. Cassese, «*La fe, cumplimiento de la razón*», op. cit., p. 14.

diga. [...] Esta compañía con Cristo está destinada a ser fecunda, es decir, a entrar en todo el mundo. A medida que se dilata, resulta más evidente que ella constituye un pueblo dentro de la sociedad humana; es un pueblo distinto que percibe, concibe, juzga, ama, decide y construye de forma distinta»<sup>132</sup>.

En otro texto, don Giussani subraya que la confianza en Aquel que hemos encontrado hace de él criterio de comprensión, de juicio e ideal concreto de cada gesto. Aquí se testimonia una concepción nueva de la vida y del mundo. «Por tanto, la cuestión principal es la concepción del hombre. ¿Qué implica el cambio radical que Cristo ha traído a la percepción, a la imagen, al sentimiento del hombre? ¿Qué cambio ha traído al concepto de mente, al concepto de corazón, al concepto de pueblo, al concepto de responsable de la vida de un pueblo, de jefe y guía de un pueblo? Si uno deja que emerjan estas cosas, entonces empieza a desear que la sociedad sea así, y entonces lucha en la sociedad. [...] Lo más importante sigue siendo la fe, pero una fe pensada, que se implica con las cosas que suceden, con el tiempo y el espacio, con todo lo que se realiza en ellos. Entonces uno saca de ahí imágenes nuevas para sus relaciones futuras con la mujer, con los hijos, con el marido, con los otros vecinos o con las votaciones políticas que pudieran darse. La esperanza nace de una conciencia desarrollada del mensaje que está implícito en la fe (nuestra fuerza ha sido solo esto, ¡solo esto!)»<sup>133</sup>.

Una fe *pensada*: debemos ayudarnos a juzgar, no para producir un discurso que oponer a los demás, sino para descubrir más la originalidad de nuestra experiencia y poder así proponerla a todos, llena de razones. ¡Qué respiro para mí, y me imagino que también para todos vosotros, leer en los dos últimos números de *Huellas* artículos sobre la inteligencia artificial, la afectividad y todo lo relacionado con el final de la vida! Mirar la complejidad real de las cuestiones que están en juego, tratando de dar un juicio con los ojos llenos de la Presencia que nos permite esperar, muestra que toda vida es digna y amada. Pienso en el testimonio de las personas que viven acompañando a quienes se encuentran en las situaciones más extremas de la vida. Es impresionante y conmovedor ver qué mirada tan distinta y tan humana nace de esta

<sup>132</sup> L. Giussani, *Una presenza che cambia*, op. cit., p. 368.

<sup>133</sup> L. Giussani, *Vivendo nella carne*, BUR, Milán 1998, pp. 274-275.

esperanza. Pienso también en los testimonios de la misión. Recordad lo que dice san Pedro en su Primera Carta: «¿Quién os va a tratar mal si vuestro empeño es el bien? Pero si, además, tuvierais que sufrir por causa de la justicia, bienaventurados vosotros. Ahora bien, *no les ten-gáis miedo ni os amedrentéis. Más bien, glorificad a Cristo el Señor* en vuestros corazones, dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza, pero con delicadeza y con respeto, teniendo buena conciencia, para que, cuando os calumnien, queden en ridículo los que atentan contra vuestra buena conducta en Cristo. Pues es mejor sufrir haciendo el bien, si así lo quiere Dios, que sufrir haciendo el mal»<sup>134</sup>.

«Con delicadeza y con respeto». Una delicadeza y un respeto que nacen de la certeza, no genérica, sino verificada hasta llegar al juicio sobre las circunstancias más aparentemente banales, en una adhesión radical a Cristo que es el sentido y el horizonte de todo.

El testimonio y la misión también tienen como posible horizonte último el *martirio*. En Perú, en medio de los Andes, pude visitar varias veces el convento franciscano de Ocopa, a 3400 m de altitud. En ese lugar perdido en medio de montañas altísimas, del que descienden los ríos que después forman el río Amazonas, existe una biblioteca con 40.000 libros. Allí, durante tres siglos, se formaron los frailes que después partían para la misión dentro de la selva amazónica. Hay sobre todo una sala en la que los hermanos conservan la memoria de casi 90 mártires, que partieron de Ocopa y que bajaron con sus barcas por la selva y que nunca volvieron. Y sin embargo, gracias a ellos la Amazonia de Perú es cristiana. Iban de dos en dos y se encontraban quizá con una comunidad nativa que los acogía o quizá con otra que los acribillaba con sus cerbatanas. Entonces partían otros. Los españoles nunca habían bajado a la selva, mientras que ellos iban a la aventura sin armas, seguros solo de Cristo, al que todo hombre está llamado, porque también esos hombres y mujeres que vivían y viven en la Amazonia tenían necesidad de Cristo. Me conmoví cuando vi aquella sala y también cuando supe que en su viaje hacia el norte por el río Mantaro, el Ucayali, el Huallaga y el Marañón, los grandes ríos que forman después el río Amazonas, en un momento dado se encontraron con los jesuitas, que bajaban desde

---

<sup>134</sup> 1 Pe 3,13-17.

las cordilleras de Colombia. ¿Qué fruto inmediato tenía su sacrificio? Parecía nada, pero plantaban la semilla, quizá incluso solo preparaban la tierra, como escribía el gran jesuita Matteo Ricci a propósito de su misión en China. Os leo un fragmento de una carta suya que es maravillosa. Dice: «En cuanto a lo que me pide de que ahí les gustaría ver alguna novedad de la China de alguna gran conversión, sepa que yo, con todos los demás que estamos aquí, no soñamos otra cosa ni de día ni de noche que esto; y por eso aquí estamos dejando nuestra patria y nuestros queridos amigos, y estamos vestidos y calzados con ropas de China, y no hablamos, ni comemos, ni bebemos, ni habitamos en casas si no es siguiendo la costumbre de China; pero no quiere todavía Dios que se vea el fruto de nuestras fatigas, [...] por lo que el tiempo en que estamos en China no es todavía de cosecha, ni siquiera de siembra, sino de abrir bosques cerrados y combatir con las fieras y serpientes venenosas que hay aquí dentro. Otros vendrán con la gracia del Señor, que escribirán las conversiones y los fervores de los cristianos»<sup>135</sup>. ¡Qué certeza a la hora de responder a una tarea, sacrificándolo todo, todo menos la alegría de dar la vida para que Cristo sea conocido!

Pero, ¿os dais cuenta? Hay otra carta, que se cita en el mismo libro, en la que cuenta que unos delincuentes habían asaltado su casa, dejando a Ricci y a sus hermanos heridos, robándoles todo. La policía había atrapado a los que habían ido a robar y los querían condenar a muerte. Entonces Matteo Ricci y los otros jesuitas fueron al tribunal a defender a esas personas diciendo: «A nosotros no nos importa, no los matéis». Y al final no los condenaron a muerte. Por eso todos fueron a ponerse de rodillas ante los hermanos y les dijeron: «Nunca hemos conocido a nadie que, recibiendo un daño tan grande como habéis sufrido vosotros, haga el bien a quien le ha hecho este mal. ¿Qué es el cristianismo?».

Nosotros quizá no estamos llamados a partir como ellos (bueno, ¿quién sabe? Tampoco yo había imaginado nunca que partiría), pero seguramente estamos llamados a ser presencia misionera con nuestra unidad en la que vive una humanidad distinta, otro mundo en este mundo.

Escribe san Pablo a los Romanos: «Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que presentéis vuestros cuerpos como sacri-

---

<sup>135</sup> A. Sergianni, *Cristo tra i cinesi, la figura di padre Matteo Ricci*, La Conchiglia di Santiago, San Miniato (Pisa) 2023, p. 57.

ficio vivo, santo, agradable a Dios; este es vuestro culto espiritual. Y no os amoldéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto. [...] Pues, así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, y no todos los miembros cumplen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, pero cada cual existe en relación con los otros miembros»<sup>136</sup>.

Vivir la misión, ser presencia, es posible siempre en la unidad orgánica de la Iglesia, de nuestra compañía. Me gustaría contaros algo de mi gran amigo Paolo Bargigia, con el que he compartido toda la vida desde los 16 años, empezando en GS, cuando todavía ni siquiera imaginábamos que entraríamos en el seminario (teníamos la misma edad y estábamos siempre juntos, como los tres mosqueteros, con Andrea Bellandi, en la actualidad arzobispo de Salerno; y como con los tres mosqueteros va un cuarto, Paolo Milloschi, que descubrió su vocación al sacerdocio algunos años más tarde, se unió después a nosotros).

Paolo Bargigia vino a Perú de misión en 2008 (yo estaba allí desde 2001). Llegó tres días después de la muerte de Andrés Aziani. Después de unos años preciosos e intensos, en 2014 descubrió que estaba enfermo de ELA. En los tres años de su enfermedad lo vi perder día a día su autonomía, sin que perdiera nunca su leticia. En un momento dado, estábamos en marzo de 2016, tuvo que volver a Italia, adonde volví yo también en agosto de ese año y compartí con él, en la parroquia de Florencia, el último año de su vida, ya inmóvil en una silla de ruedas, pero con una mirada siempre alegre, con una pasión por todo y por todos y con la certeza, como él decía, de que su enfermedad era «una vocación dentro de la vocación», de que era el modo con el que Jesús le pedía ser más sacerdote y más misionero. De hecho, nuestra casa se convirtió en un puerto de mar en el que cada día sucedían encuentros milagrosos. Muchas veces, la señora que cocinaba en nuestra casa iba a abrir la puerta, y veía entrar a muchos personajes, incluso que ella había visto en la televisión, y decía: «Me parece que estoy en *Porta a porta*» [programa de la RAI. *N. del T.*]. En aquellas dos habitaciones se respiraba el mundo entero. «Lo mejor está aún por llegar», repetía a menudo Paolo. Había cientos de personas –literalmente cientos– que venían a hacerle compañía por turnos. Cada

---

<sup>136</sup> Rom 12,1-2.4-5.

uno venía, en realidad, no para ayudarlo, sino para ser ayudado por la esperanza que veía en él. Un par de meses después de su vuelta a Italia –yo todavía estaba en Perú–, Andrea Bellandi lo llevó a ver al papa Francisco. Cuando se despidieron al final de un intenso encuentro, Paolo le pidió que rezara para que pudiera aceptar cada día la voluntad de Dios, y el Papa le respondió: «No, yo no rezo para que tú puedas aceptar cada día la voluntad de Dios. ¡Yo rezo para que tú seas feliz aceptando cada día la voluntad de Dios!». Estas palabras Paolo las llevaba siempre en el corazón y las vivió hasta el último día. Fue misionero desde el agujero de su habitación, y todos nosotros, creo, hemos visto esos mismos ojos alegres en muchos de nosotros que en la enfermedad y la muerte son testigos de esperanza para todos. De este modo, con nuestra esperanza visible, con nuestra unidad, que es la forma más bonita y más grande de esa esperanza, respondemos al mandato de Jesús, participamos en Su misión en el mundo.

Porque, como dice don Giussani en *De la utopía a la presencia*, «la novedad es la presencia de este acontecimiento que consiste en un afecto nuevo y una humanidad nueva; es la presencia de este *comienzo del mundo nuevo* que somos nosotros»<sup>137</sup>.

Para terminar, leo otros dos fragmentos de esa memorable intervención en el *é debate* de los universitarios en 1976.

«*La novedad es la presencia* de personas conscientes de llevar al mundo algo definitivo –un juicio definitivo sobre el mundo, la verdad del mundo y del hombre– que se manifiesta en nuestra unidad. La novedad es una presencia consciente de que nuestra unidad es el instrumento para rescatar y liberar al mundo». Y también: «¡Los cristianos fueron encarcelados, martirizados y marginados durante tres siglos! No determinamos nosotros los tiempos de la historia. A nosotros nos corresponde vivir la presencia, adherirnos con todo el corazón al Misterio que ha entrado en nuestra vida y que ya desde ahora tiene la forma de una humanidad nueva, una amistad, una comunión. “No temas, pequeño rebaño, yo he vencido al mundo”. “Lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe”»<sup>138</sup>. En ella florece nuestra esperanza y la esperanza del mundo.

Gracias.

<sup>137</sup> L. Giussani, *De la utopía a la presencia (1975-1978)*, Encuentro, Madrid 2013, p. 69.

<sup>138</sup> *Ibidem*, pp. 71-72.

## SANTA MISA

*Liturgia de la Santa Misa: Sábado de la II semana de Pascua: Hch 6,1-7; Sal 32 (33); Jn 6,16-21*

**HOMILÍA DE SU EMINENCIA CARDENAL KEVIN JOSEPH FARRELL  
PREFECTO DEL DICASTERIO PARA LOS LAICOS, LA FAMILIA Y LA VIDA**

Queridos hermanos y hermanas,

con la alegría del tiempo pascual y en el marco de vuestros Ejercicios espirituales, tenemos el gozo de vivir el encuentro con el Señor Jesús presente en la Eucaristía. El Evangelio que hemos escuchado nos habla precisamente de ese encuentro.

Tras el milagro de la multiplicación de los panes a orillas de Tiberíades, Jesús, huyendo de la multitud que quería hacerlo rey, se retira solo al monte (cf. Jn 6,15). Al llegar la noche, tras una larga espera, los apóstoles deciden encaminarse solos en dirección a Cafarnaún, ciudad de origen de varios de ellos, donde Jesús también había establecido su residencia. Al no recibir un mandato de Jesús, como dice el Evangelio de Marcos (cf. Mc 6,45), ellos mismos toman la iniciativa.

Después de haber estado con el Maestro y de haberle ayudado a dar de comer a la multitud, se produce ahora una separación. Jesús «sube» al monte mientras los discípulos «bajan» al lago (cf. Jn 6,16). En ese preciso momento, en el camino de vuelta a casa, se encuentran solos, a oscuras, en medio del «mar» de Galilea, agitado por el fuerte viento que se ha levantado.

También nosotros podemos vernos en la misma situación de los discípulos. Los «hechos de Tiberíades» son apasionantes, ¡pero no duran para siempre! Luego hay que volver a la «normalidad de Cafarnaún», donde cada uno tiene su casa, donde espera la familia, donde se apoya la seguridad de la vida. Para ello hay que volver a afrontar el mar. En la tradición bíblica, el mar suele ser símbolo de las potencias malignas que solo Dios puede someter para salvar a su pueblo.

Por tanto, también nosotros –personalmente o como movimiento– cuando «volvemos a la normalidad» después de nuestros consuelos espirituales, nuestros logros misioneros o las alegrías más intensas, podemos experimentar siempre no solo la soledad y la separación del Maestro, sino el despertar de las fuerzas del mal, que parecen borrar

todos los momentos de gracia que hemos vivido. Pues bien, justo en momentos así acontece el encuentro.

En este Evangelio, la venida de Jesús es una teofanía, es la manifestación de la presencia del mismo Dios. De hecho, Jesús aparece caminando sobre las aguas, acción que en el Antiguo Testamento nunca se atribuye a un hombre, sino solo a Dios, como afirma por ejemplo el libro de Job: «Solo Él (Dios) despliega los cielos y camina sobre el dorso del mar» (Job 9,8).

Cuando Jesús se manifiesta con la plenitud de su divinidad, los discípulos «querían recogerlo a bordo –dice el Evangelio– pero la barca tocó tierra en seguida». Si el mar representaba el peligro, la tierra representa ahora la seguridad. En el mismo instante en que los discípulos están dispuestos a acoger a Jesús, la barca toca tierra, lo que equivale a decir que cuando se reconoce la divinidad de Jesús y, sobre todo, cuando nuestra vida acoge su presencia salvadora, inmediatamente «tocamos tierra», pasamos del dominio de la muerte al de la vida.

El encuentro con Jesús es siempre así. Es un encuentro que trae la salvación, que saca nuestra vida de la fuerza oscura de la desesperación, del mal, del pecado, del sinsentido. Es un encuentro que nos devuelve a «tierra firme», es decir, a la certeza de que la vida se apoya sobre un fundamento sólido porque tiene su origen en un acto generador de Dios, va acompañada de su ayuda paternal y providencial y está orientada hacia un destino bueno. El «regreso a Cafarnaúm», es decir, a la normalidad cotidiana, que para nosotros, igual que para los apóstoles, corre el riesgo de convertirse en una crisis, se transforma gracias al encuentro con Jesús. Deja de ser el retorno a la banalidad de una existencia sin Dios, dispersa en quehaceres de poca monta, para ser el inicio de una nueva etapa de la misión, que abre a nuevas gracias y a nuevas revelaciones, como sigue narrando el Evangelio.

Queridos hermanos, este Evangelio fortalece nuestra esperanza. El encuentro con Jesús, que ha iluminado nuestra vida y le ha dado sentido, no es un hecho aislado del pasado. ¡No! Sucede siempre de nuevo. ¡También ahora! ¡También estos días de Ejercicios! Tal vez algunos hayan venido con sentimientos de soledad y oscuridad en el corazón, pero volverán a casa con la luz y la alegría de la comunión que han recuperado en Cristo. La Iglesia, la comunidad de los creyentes, es el ámbito «humano y divino», querido por el Señor, donde este hecho de gracia puede suceder siempre. En la Iglesia, los carismas suscitados por

el Espíritu Santo son precisamente el lugar concreto donde el encuentro con Cristo resulta más fácilmente accesible a los hombres.

Dios también ha donado el carisma de Comunión y Liberación a la Iglesia para que los hombres puedan encontrar en las noches oscuras de su existencia la presencia consoladora de Cristo. Vuestro carisma, como otros en el pasado, debe hacer salir del pasado y del olvido la resurrección de Cristo nuestro Salvador para hacerla cercana y experimentable para todos los hombres.

Todos estáis llamados a esta tarea altísima, para eso habéis recibido una formación cristiana. A ello os empuja vuestro carisma. Es de vital importancia, por tanto, conservar la unidad de la compañía espiritual que el Espíritu Santo ha creado entre vosotros. El Evangelio describe a los discípulos juntos, como un solo cuerpo, acogiendo a Jesús en la barca. El Santo Padre, en la última carta que ha dirigido personalmente a vuestro presidente, también os exhortaba a custodiar la unidad. Es un don que hay que pedir en nuestras oraciones y realizar en nuestra vida, practicando la humildad, poniendo en segundo plano el deseo de afirmarnos a nosotros mismos y nuestras propias opiniones, renunciando a identificar el carisma con nuestras convicciones o, peor aún, con nuestra persona, porque el carisma siempre es más grande que una sola idea, siempre es más grande que un solo individuo, siempre es más grande que una sola generación o una sola etapa histórica, aunque sea la de los inicios. El carisma es más grande incluso que el fundador que lo recibió para bien de toda la Iglesia.

Supliquemos por tanto al Señor para que estos días todos recibáis el consuelo de un nuevo encuentro con Cristo resucitado y seáis anunciadores y portadores de paz en medio de tantos conflictos y tensiones que sacuden al mundo. Pidamos que la Fraternidad de Comunión y Liberación siga siendo siempre un lugar bendecido donde miles de personas puedan descubrir la belleza de la fe y donde se custodie la unidad para llevar adelante la misión que el Señor le confía. Por todo ello, invoquemos la ayuda de María, Madre de la Esperanza, protectora de la unidad de la Iglesia.

Amén.

#### ANTES DE LA BENDICIÓN

***Davide Properi.*** Eminencia, permítame expresarle nuestro agradecimiento lleno de afecto. Su presencia y sus palabras en los Ejercicios

de la Fraternidad del año pasado fueron ya para nosotros un gran consuelo y un signo claro de la certeza de nuestro camino dentro de la Iglesia, y también nos han sostenido en la conciencia de la responsabilidad a la que estamos llamados para la construcción de la casa común. El hecho de que este año haya aceptado volver, conociendo sus muchos compromisos y todas las peticiones que le llegan en este momento particular de la vida de la Iglesia, supone para nosotros un apoyo más para la esperanza y una confirmación del camino que estamos recorriendo, como nos recordaba también en su homilía citando la carta del Santo Padre. Por nuestra parte, como ya le dijimos el año pasado, estamos disponibles, una vez más, todavía más, disponibles para todas las necesidades que la Iglesia considere urgentes en este momento. Solo existimos para eso. Gracias Eminencia.

**Cardenal Farrell.** Ante todo quiero daros las gracias por vuestra paciente escucha. Forma parte de los Ejercicios espirituales hacer algún pequeño sacrificio. ¡Y hoy puedo dar fe ante toda la Iglesia de que todos vosotros habéis hecho un gran sacrificio al escuchar mi italiano!

Os traigo el saludo del Santo Padre. Debido a numerosas cuestiones relacionadas con mi trabajo en la Santa Sede, me encuentro regularmente con él y debo reconocer que siempre, en todos nuestros encuentros, me pregunta: «¿Cómo va la Fraternidad de Comunión y Liberación?». Después de esta jornada con vosotros, puedo volver a Roma y decirle que este año ha habido más de veinte mil personas en los Ejercicios espirituales de Rimini. ¡Una cifra realmente grande! Más grande incluso que el número de personas presentes en muchas de las audiencias de los miércoles en la plaza de San Pedro... ¡no sé cuál será su reacción cuando se lo diga!

Quiero agradeceros de corazón todo lo que hacéis. De los movimientos que conozco, sois uno de los que hoy puede hacer oír en la sociedad la voz de veinte mil personas. ¡Verdaderamente sois un pueblo numeroso! Por eso es muy importante que todos sigan, y que continúen siguiendo, el carisma de don Giussani y que vivan siguiendo este carisma en la situación concreta del mundo actual.

Os agradezco todo lo que hacéis cada día.

# *Domingo 14 de abril, por la mañana*

Ludwig van Beethoven

Triple concierto en do mayor para piano, violín, violonchelo y orquesta, op. 56

Beaux Arts Trio

Gewandhausorchester Leipzig – Kurt Masur

«Spirto Gentil» n. 31, (Philips) Universal

*Ángelus*

*Laudes*

## ■ ASAMBLEA

**Davide Proserpi.** Bien, hemos llegado al final de nuestro gesto, que con toda seguridad ha sido un momento fuerte para nuestro camino de este año. Con todo lo que ha conllevado, como dijimos desde el principio, en términos de sacrificios –porque los traslados han sido en muchos casos realmente fatigosos– hemos podido experimentar una medida más grande que la nuestra. Todos lo hemos podido ver y ayer lo escuchamos también en las palabras del cardenal Farrell. Y en la cena quiso insistir otra vez en la sorpresa y el asombro que le produjo ver a veinte mil personas reunidas aquí, impresionado de que se hayan reunido veinte mil personas para los Ejercicios espirituales en esta modalidad, con un silencio, una atención, una participación que permiten comprender que el gesto no depende de lo que se diga –por muy importante que sea, obviamente– sino de la contribución que cada uno de nosotros ofrece.

Este es el primer dato que, al volver a nuestras casas, nos llena el corazón de leticia y de certeza.

Comencemos esta asamblea, don Giovanni.

**Monseñor Giovanni Paccosi.** Han llegado muchas preguntas. Algunos de nosotros las han leído todas y han identificado las más recurrentes y representativas.

«A propósito del deseo, ¿podrías profundizar en la diferencia entre ser “sueño” o “signo”? Los pequeños deseos de cada día, ¿son realmente una ayuda para reconocer el único deseo profundo que nos define? A mí me parece que se oponen».

**Paccosi.** Me viene a la cabeza una página preciosa tomada de un diálogo de don Giussani con los estudiantes de las escuelas superiores –en el que estuve presente con un gran grupo de GS de Florencia en los años 90– que se publicó con el título «Más allá del muro de los sueños» en *Los jóvenes y el ideal. El desafío de la realidad*<sup>139</sup>. Giussani hace una comparativa entre el sueño y el deseo verdadero que lleva a la espera. Identifica el deseo como espera de un cumplimiento mayor con la palabra «ideal». No leo las palabras de don Giussani, pero os invito a leerlas porque creo que son una ayuda muy importante.

En el texto de la primera lección que había preparado, en el punto en que citaba el pequeño pasaje de Dante que os he leído, comparaba la forma que tiene Dante de entender el deseo y cómo lo entiende Petrarca. Habría sido un poco largo hablaros de ello ayer, pero esta mañana quiero deciros algo sobre esto, porque me parece una ayuda para entender de qué modo la esperanza cristiana se ha transformado en una esperanza que se pone solo en las capacidades del hombre.

En la *Spe salvi*, Benedicto XVI habla de la esperanza en el progreso, en la que todos podemos coincidir, porque es la que nos permite esperar el nuevo modelo de móvil, el terminal de última generación, como si tener eso fuera lo máximo que podríamos desear. Entre otras cosas, por ejemplo, me hace gracia que la publicidad de coches se concentre totalmente en el hecho de estar conectados a la red. De acuerdo, ¡pero un coche debe tener sobre todo buen motor, mantenerse bien en la carretera, consumir poco! En cambio, ¡el progreso se mide en la actualidad con estar conectado a la red! Benedicto XVI habla del progreso que, si es para el bien, se convierte en una ayuda para todos. Después dice algo precioso: «Un progreso acumulativo solo es posible en lo material», en los aspectos técnicos y científicos, y por eso cada uno parte de donde ha llegado quien lo ha precedido. Lo decían ya los medievales: «Somos

<sup>139</sup> L. Giussani, *Los jóvenes y el ideal...*, op. cit., pp. 56-68.

como enanos a hombros de gigantes, por eso vemos más allá»<sup>140</sup>. Pero el progreso de la persona, de la libertad de la persona no se produce del mismo modo. «En cambio, en el ámbito de la conciencia ética y de la decisión moral, no existe una posibilidad similar de incremento, por el simple hecho de que la libertad del ser humano es siempre nueva y tiene que tomar siempre de nuevo sus decisiones»<sup>141</sup>, cada uno debe empezar siempre desde el principio.

La ilusión de poner la esperanza en lo que producen nuestras manos, que en realidad son sueños, empieza ya al final del Medievo. En *Por qué la Iglesia*, Giussani compara a Dante y a Petrarca para hacernos comprender cómo cambia el modo de entender la relación con Dios justamente en la cuestión del deseo. Cuando estaba en Perú y daba clase en la universidad, intenté hacer una comparativa entre algunos textos. Por ejemplo, además del pasaje sobre el «alma sencilla» que os leí ayer, Dante dice en *El convite*: «El sumo deseo de toda cosa, dado en primer lugar por la misma naturaleza, es el retorno a su principio»<sup>142</sup>, es decir, el deseo de volver a Dios nos constituye, porque Él nos ha hecho, nos ha hecho para sí. Es como el peregrino —este ejemplo es precioso— que va por un camino que no había recorrido con anterioridad, y cada casa que ve de lejos espera que sea el albergue; y cuando llega ahí se da cuenta de que no lo es, y entonces mira hacia otra casa y cree que es el albergue. Y así, de casa en casa, al final llega realmente al albergue. Así es nuestra alma: en cuanto entra en el camino nuevo y nunca recorrido de la vida, alza los ojos y quiere llegar al sumo bien, es decir, a Dios. Pero cree que cada cosa que ve es el bien que busca. Y como su conocimiento previo es imperfecto —porque no tiene experiencia y no ha sido educado—, los bienes pequeños le parecen grandes y empieza a desearlos. Es lo que pasa con los niños, que desean extraordinariamente una manzana. Luego, siguiendo adelante, desean un pajarillo. Y más adelante, desean una ropa elegante. Y después un caballo —hoy diríamos una moto o un coche—. Y después una mujer. Y también una riqueza modesta. Y después más grande. Luego más grande todavía. Y todo esto sucede porque en ninguna de estas cosas encuentra lo que va buscando. Y cree que lo encuentra yendo más allá. Porque puede verse

<sup>140</sup> Cf. Bernardo de Chartres (s. XII), en Juan de Salisbury, *Metalogicon*, III, 4.

<sup>141</sup> Benedicto XVI, Carta encíclica *Spe salvi*, n. 24.

<sup>142</sup> Dante Alighieri, *El convite*, IV, XII.

—dice Dante— que cada cosa que deseamos está situada una delante de otra. Y usa la imagen de la pirámide en la que los bienes intermedios se dirigen hacia la base, que es Dios. El primer bien más pequeño es como la punta de la pirámide, pero como lo tenemos delante, no nos permite ver todo lo demás. Después pasamos a uno más grande, a otro más grande aún, y así hasta que nos damos cuenta de que el último bien deseable es Dios, que es la base de todos. De este modo, cuando vamos desde la punta hacia la base, parecen cada vez más grandes y deseables. Y esta es la razón de que, según caminamos en la vida, los deseos sean cada vez más grandes, uno detrás de otro. ¡Qué bonito!

Igual que Dante, don Giussani dice que no hay que reducir los deseos ni esconderlos. Es necesario darse cuenta de que son signos que remiten al único gran bien para el que estamos hechos, es decir, Dios. Y aquí radica su grandeza. Lo pensaba mientras escuchaba la canción de Anas —nunca le había hecho mucho caso—: los apóstoles estaban en la barca pescando y no habían pescado nada, pero en la orilla está Jesús. Y ese Jesús es lo que llena su corazón. Su esperanza está ahí, en la orilla, es Él. También nosotros estamos en medio del mar, pero nuestra esperanza es esta Presencia delante de nuestros ojos, que no elimina el camino que tenemos que hacer, sino que es una fiesta, porque está dentro de nuestra experiencia. La forma misma con la que cantábamos era una fiesta. Era la fiesta del reconocimiento de la Presencia que está entre nosotros.

Dante entiende todavía el deseo de forma cristiana, como signo. En cambio, la figura de Petrarca se sitúa al comienzo del proceso de «desarticulación» que ha cambiado el curso de la historia de Occidente. Él percibe el deseo como algo que lo aleja de Dios. Petrarca vive una «disociación» en el amor por Laura, que percibe como algo que lo aprisiona totalmente, como alternativa radical a la búsqueda de la verdad, de Dios. Laura le hace descubrir la distancia entre la verdad, que reconoce de forma teórica, y la pasión que lo atrae y lo aleja de ella.

Petrarca tiene un soneto, que voy a repetir con mis palabras. Si amor no es lo que siento, ¿qué es? Pero si es amor, si este amor es algo bueno, ¿por qué el efecto es malo, mortal? Y si es algo malo, sospechoso, ¿por qué es tan dulce el tormento del amor? Si yo ardo por este deseo mío, ¿por qué después me hace llorar y lamentarme? Y si es un mal que va contra mí, ¿por qué entonces me quejo de perderlo? «Oh viva muerte,

oh deleitoso mal, ¿por qué puedes en mí, si no consiento?». ¡Deleitoso mal! ¿Cómo puede ser deleitoso el mal? Aquí radica el engaño, en pensar que mi proyecto es más grande que la objetividad del bien y del mal. Y sigue diciendo: si voy detrás del mal, ¿por qué me lamento después? Si me encuentro como en una frágil barca en alta mar, entre vientos contrarios sin gobierno; si cada saber se llena de error, ya no sé qué deseo. Y tiemblo en medio del verano –pensad qué increíble: tiemblo en verano– y ardo en invierno<sup>143</sup>.

Es una contradicción total entre lo que él cree que cumple el deseo de su corazón y lo que realmente lo cumple. En un momento dado, Petrarca llega a decir algo tremendo: tengo una gran avidez de la verdad, pero como es difícil encontrarla y yo no soy capaz de buscarla bien, a menudo, fiándome de mí mismo, para no errar me pego a la duda, poniéndola en el lugar de la verdad. Pero me doy cuenta de que de este modo, poco a poco, me vuelvo académico (es decir, intelectual), y después de muchos otros he llegado yo también al humilde ejército de los que no saben nada porque no tienen nada seguro, y dudan de todo. Dudo de todo –dice– menos de esas cosas de las que sé que sería sacrilegio dudar<sup>144</sup>.

A Petrarca le gustaría no desear para no sentirse presionado por el error. Se ve en él, por primera vez en la cultura occidental, una separación entre un bien «espiritual», superior pero lejano, y los bienes «terrenales», que son falsos, pero más atractivos.

Pues bien, me parece que muchas veces vivimos la relación con la fe de este modo; no dudas de Dios porque, en un sentido un poco moralista, no se puede dudar de Dios; en realidad, dudas incluso de Él si lo reduces a una imagen abstracta separada de tu vida.

---

<sup>143</sup> «Si no es amor, ¿qué es esto que yo siento? / Mas si es amor, por Dios, ¿qué cosa y cuál? / Si es buena, ¿por qué es áspera y mortal? / Si mala, ¿por qué dulce su tormento? // Si ardo por gusto, ¿por qué me lamento? / Si a mi pesar, ¿qué vale un llanto tal? / Oh viva muerte, oh deleitoso mal, / ¿por qué puedes en mí, si no consiento? // Y si consiento, error es quejarme. / Entre contrarios vientos va mi nave / –que en alta mar me encuentro sin gobierno– // tan leve de saber, de error tan grave, / que no sé lo que quiero aconsejarme / y, si tiemblo en verano, ardo en invierno» (Petrarca, *Soneto CXXXII*).

<sup>144</sup> «[Soy] de la verdad avidísimo; y porque encontrarla es difícil, y en buscarla soy poco diestro, muchas veces no fiándome de mí mismo huyo del error y me agarro a la duda poniéndola en el lugar de la verdad. Así, poco a poco me he vuelto académico, y después de muchos y muchos otros he llegado el último al más humilde ejército sin saber nada, sin tener nada por cierto y dudando de todo, menos de esas cosas de las que dudar es sacrilegio» (Petrarca, *Seniles*, V, 6).

Decía Mario Luzi en una conferencia en Florencia: «Uno de los aspectos que hace excepcional a Dante [...] es justamente esto: que el personaje ejemplar, que en la *Divina comedia* se llama Dante, es un personaje que se sustancia en el individuo humano que se llama Dante en la vida, en la existencia, en la historia. Se da una coincidencia efectivamente prodigiosa entre la invención y la confesión, podríamos decir». Se trata de «una coincidencia milagrosa entre el personaje y el autor»<sup>145</sup>.

En cambio, Petrarca empieza a proyectar en la literatura un mundo de sueño que no existe en la realidad, y lo hace en base a un razonamiento de este tipo: como en la realidad no estoy seguro de nada, al menos creo un mundo ideal en el que las cosas van como me gustaría que fueran. Y comentaba Luzi: «La literatura europea [mundial, se podría decir], hay que reconocerlo, deriva mucho más de Petrarca que de ningún otro autor»<sup>146</sup>. Dante no ha tenido seguidores, hasta llegar a Eliot, a Ungaretti y al mismo Luzi; para ellos, al igual que para Dante, la literatura no es una forma de huir de la realidad en un mundo de sueños, sino de encontrar el sentido de la realidad, por tanto de ir hasta el fondo, hasta el final del camino del deseo.

Hay una poesía de Ungaretti que Dado Peluso me hizo aprender de memoria, que decía: «Poesía / [para mí] es el mundo la humanidad / la propia vida / florecida de palabras / la límpida maravilla / de un fermento delirante. // Cuando encuentro / en este silencio mío / una palabra / está cavada en mi vida / como un abismo»<sup>147</sup>. Para mí esto significa que quiero comprender el sentido de la realidad y que cada palabra que digo no es un sonido lanzado al viento, sino que expresa el deseo de llegar hasta el fondo, hasta la verdad, hasta el bien hacia el que todo deseo me llama.

Pues bien, nosotros tenemos la gracia de poder estar en esta posición porque hemos lanzado el ancla a la orilla de lo Eterno, porque lo Eterno ha venido entre nosotros. Por ello ya no es necesario soñar, nos basta con estar dentro de la realidad esperando el cumplimiento que Otro puede darnos.

**Prosperi.** Me gustaría subrayar lo que acaba de decir don Giovanni. Porque nosotros somos hijos, culturalmente hablando, de una historia

<sup>145</sup> M. Luzi, *Cantami qualcosa pari alla vita*, Nuova Compagnia Editrice, Forlì 1996, pp. 52-53.

<sup>146</sup> *Ibidem*, pp. 54-55.

<sup>147</sup> G. Ungaretti, *Commiato*, Locvizza, 2 de octubre de 1916.

que ha durado siglos, que ha cambiado profundamente la mentalidad y la relación del hombre con la realidad. Entonces entendemos bien por qué tenemos tanta necesidad de una educación. En la Escuela de comunidad don Giussani pregunta: ¿qué es el signo? «El signo es una realidad cuyo sentido es otra realidad distinta; una realidad experimentable que adquiere su significado al conducir a otra realidad diferente»<sup>148</sup>. Por eso es importante la relación con el signo y también el apego al signo como tal para poseer la totalidad, es decir, toda la realidad, incluida la que no se ve. El aspecto fascinante es que es precisamente en la relación con la realidad en cuanto signo donde emerge totalmente lo humano. Porque lo humano no se juega solo en el apego a las cosas por la emoción que ellas suscitan en nosotros; lo humano se juega plenamente en la interpretación del signo, es decir, en el camino que se emprende siguiendo la dirección que indica el signo. Por eso es tan importante el signo, tan compañero de camino, tan decisivo para nuestra vida, al no agotarse en sí mismo, sino constituir el camino que se me da para que pueda conocer lo que de otro modo seguiría siendo un misterio insondable.

El signo se convierte en sueño cuando se vacía de la relación con lo que lo hace existir, con lo que establece su valor. ¿Y por qué podemos decir que se reduce a sueño? Porque no se realiza; porque inevitablemente desilusiona, porque la realidad es más que lo que vemos.

*«¿Cómo se puede tener esperanza en las situaciones en las que el mal y el dolor parecen imponerse por la ineluctabilidad de las circunstancias? ¿Cómo podemos mantenernos fuertes en la esperanza cuando los efectos del mal tienen consecuencias que se mantienen en el tiempo? Y luego, “la esperanza no defrauda”. ¿Cómo es verdad esto frente al dolor, a la muerte, frente a esas circunstancias trágicas de la vida, ante la guerra, ante toda esta oleada de misiles que vuelven aún más dramática la situación del mundo?*

*En la vida todo remite a otra cosa y, al mismo tiempo, nada satisface totalmente el deseo de cumplimiento. Cuanto más experimento esto, más prevalecen sobre la leticia la tristeza o la nostalgia del puerto de llegada. Es una especie de esperanza triste. ¿Qué significa realmente*

---

<sup>148</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 183.

*estar alegres?»*

**Prosperi.** Para empezar, es verdad que el mal y el dolor parecen imponerse a veces, sobre todo cuando uno está dentro y no ve una vía de salida aparente, es decir, cuando desaparecen todas las esperanzas en las que habíamos puesto nuestra expectativa humana, cuando todo aquello en lo que normalmente nos apoyamos parece derrumbarse. ¿Por qué el mal y el dolor? En realidad, son dos dimensiones ligadas pero distintas, porque existe el mal que sufrimos, la injusticia, que tiene que ver con la experiencia del dolor, de la falta de sentido, pero también está el mal que nosotros hacemos, el mal que vemos dentro de nosotros. Hasta el punto de que, como decíamos la primera noche, si hay una clave en cierto modo trágica de nuestro tiempo, es precisamente la incapacidad de estar en pie ante nuestro mal y de aceptarlo. El mayor mal de nuestra época no es tanto el dolor por las enfermedades físicas; de hecho, por muy graves que sean, por mucho que nos lleven a vivir fatigas inenarrables, ¡cuántos testimonios tenemos, incluso heroicos, de personas que están en pie ante el dolor del mal físico! El verdadero mal de hoy es sobre todo la falta de ganas de vivir. Porque en el mal físico, incluso en el dolor de la mayor prueba, uno advierte inmediatamente la necesidad de ser salvado, la necesidad de que venga otro a salvarme, la necesidad de que alguien acoja mi sacrificio.

Pero cuando se pierde esta esperanza, cuando empieza a prevalecer en nosotros el sentimiento de que las cosas ya no podrán cambiar —de que la felicidad prometida se ha perdido para siempre y no hay vuelta atrás—, cuando terminamos por replegarnos sobre nosotros mismos por nuestro error, porque pensamos que nadie puede venir realmente a salvarnos, ¿cómo es posible la leticia? Como hemos aprendido —nos lo decía siempre don Giussani—, la leticia es el sentimiento que nace cuando nos apoyamos en lo que permanece cuando todo pasa. Cuando todo pasa. Vemos pasar las cosas, nos vemos pasar también nosotros porque envejecemos, llegan los achaques, llegan las dificultades, los imprevistos, que no siempre son positivos, que a veces nos plantean problemas, por lo que la vida, que estaba llena de promesas, parece que se dirige de repente hacia un horizonte de fracaso, de derrota y de ruina.

Cuando se produce todo esto, la primera tentación que tenemos es

apartar la mirada de lo que existe –que, por muy frágil que sea, es el signo de la compañía de Aquel que te quiere y te dice: «Yo estoy contigo, sigo estando contigo. Puedes volver a empezar otra vez, tienes un destino bueno»–. Mientras que nosotros fijamos la mirada en una pregunta escéptica: «¿Cómo puede terminar bien?». Nos parece una tragedia porque ya no tenemos nada en nuestras manos, han caído todas las esperanzas que nos habíamos construido para tratar de seguir adelante. Pero cuando se derrumban todas las esperanzas, justamente en ese momento puede surgir la esperanza auténtica, siempre y cuando esté viva en nosotros la fuente de la esperanza, que es la fe. Cuando la fe es la fuente de la esperanza, entonces brota, resurge la esperanza. No como una imagen que flota en el aire: «¡Todo va a salir bien!». ¿Os acordáis de los carteles que aparecían –todos lo recordamos– en las ventanas durante el confinamiento? ¿Por qué tendría que salir todo bien? ¿Es acaso la esperanza un optimismo, un darse valor? No, la esperanza es otra cosa; desde cierto punto de vista, es justamente lo contrario del optimismo. El optimismo se da cuando se pone la confianza en un futuro que depende todavía de nosotros: «Será duro pero lo conseguiremos»; o bien se da un fatalismo que lleva a no comprometerse con la prueba que se nos da. Pero no existe la espera de un Tú capaz de salvar mi vida, de devolverme el bien que siento que se ha perdido. En cambio, la esperanza es confiar toda nuestra persona a lo que se nos da ahora, porque puedes apostar por el hecho de que Quien te lo da cumplirá la promesa de forma misteriosa, según una medida que no es la tuya, dándote mucho más de lo que tenías. Porque esta es la promesa, que se cumple según otra medida: ¡el ciento por uno con respecto a lo que crees haber perdido!

Recuerdo cuando murió mi padre. Yo era pequeño, tenía seis años. Éramos dos hermanos. Mi madre era de fuera de Milán, había nacido y crecido en la región del Oltrepò, mi padre era toscano, y en Milán no conocíamos prácticamente a nadie. Pero yo nunca percibí la vida –lo puedo decir ahora, mirando hacia atrás– como algo negativo. He arrasado muchas heridas durante toda mi vida, pero nunca he percibido mi existencia como algo negativo, porque tenía delante a mi madre, para la cual la realidad es positiva, y lo que vuelve positiva la realidad es la fe. Después de morir mi padre tuvo que ponerse a trabajar. Encontró trabajo en un colegio, el primer colegio creado por adultos del movi-

miento en Milán, el Zolla. Gracias a esto conocimos el movimiento. Desde luego hoy no estaría aquí sin esta secuencia de hechos. ¿Puedo decir que fue un bien la muerte de mi padre? No, todavía llevo conmigo muchas heridas. Como hemos cantado al principio, incluso Dios ha sufrido. Pero puedo decir que ha sido para una alegría mayor, para un ciento por uno, para algo que no podía ni imaginar.

A nosotros se nos pide aceptar esta apuesta. No es una apuesta a ciegas, es una apuesta por lo que se nos ha dado. Apuestas por lo que se te ha dado.

**Paccosi.** Quiero añadir algo, porque en la segunda pregunta, en mi opinión, digamos que hay un poco de engaño. «Cuanto más experimento esto [que todo remite a otro], más prevalecen sobre la leticia la tristeza o la nostalgia del puerto de llegada. Es una especie de esperanza triste». Yo le daría la vuelta a la frase y diría que es una especie de tristeza llena de esperanza, alegre. Porque, ¿cómo es posible no ver que existe el límite, que las cosas son frágiles? Pero saber que dentro de esto existe una promesa, como decíamos al principio de nuestro itinerario, marcada en la matriz de nuestro ser, esto nos llena de leticia, de leticia porque existe la promesa.

Pensad en Abrahán, el padre de nuestra fe. Desde luego, no es que estuviera contento mientras subía al monte con Isaac, pero estaba lleno de esperanza. «Tenemos la leña, el cuchillo, el fuego para el holocausto, ¿pero dónde está la víctima?», le pregunta su hijo. Abrahán responde: «Dios proveerá», porque ya no tiene nada suyo. Cómo se llenaría de alegría al comprender que Dios no quería ese sacrificio que, por desgracia, en la cultura de la época se practicaba en muchos pueblos.

Por ello, la tristeza también existe dentro de nuestra vida, pero está alegre porque existe una Presencia, como decía Davide. Cuento un episodio que se me quedó grabado para siempre desde que me sucedió. En la parroquia a la que me destinaron cuando era un sacerdote joven –tenía 30 años– había una pareja. Parecían dos novios, aunque tenían 40 años. Paseaban siempre juntos, iban en bicicleta juntos. En una ocasión, mientras iba en bicicleta, el marido fue embestido por un coche y murió. Fue realmente una tragedia tremenda. Después de algunos meses, la mujer vino a verme y me dijo: «Mire, don Giovanni, hay algo que quiero contarle que no le puedo contar a nadie, pero quizá usted me comprenda». Y me dijo:

«En realidad, le doy gracias a Dios porque me ha quitado a mi marido. Usted entiende lo que quiero decir, usted sabe que para mí el amor de mi marido lo era todo. Pero mientras fue mi marido, descargaba en él todas las responsabilidades de mi vida, él se ocupaba de todo. Yo no asumía ninguna responsabilidad, vivía en el mundo de los sueños. Pero desde que ha muerto me toca asumir la responsabilidad conmigo misma, con mi familia, con las cosas, y me doy cuenta de que esto me ha hecho madurar como persona». Y concluyó: «Se lo cuento solo usted, ¿eh?». Realmente es así. Es verdad que no se puede generalizar, pero para comprender que es posible vivir así basta con mirar los rostros de las personas que viven desde la fe las situaciones dolorosas. Al vivirlas desde la fe, se convierten en un signo de esperanza para todos.

Entonces, si sorprendemos en nosotros esta tristeza, quizá haya que preguntarse: ¿a qué estoy apegado realmente?

«¿Qué significa educar en la esperanza?»

**Paccosi.** La intención de estos tres días ha sido precisamente dar una indicación sobre cómo podemos educarnos en la esperanza siguiendo a don Giussani. La primera noche vimos que el punto de partida es tomarnos en serio el deseo que nos constituye, ese «ímpetu incoercible de realización de nosotros mismos», como dice don Giussani en ese texto que se ha hecho famoso estos días –aunque estaba ahí desde hace mucho tiempo, en *Llevar la esperanza*–. Pero después nos desviamos con mucha facilidad de este deseo que nos constituye y lo identificamos, como decía don Giussani, con el «orgullo instintivo», abandonándonos a los «banales y cómodos desahogos», o con el estoicismo.

La lección de ayer por la mañana nos mostraba que hay algo más fuerte que esto, porque en nuestra vida se ha producido el encuentro con Aquel que es la gracia que hace posible esperar, no ya al modo humano, tan frágil, sino apoyándonos sobre roca, estando seguros gracias al ancla de Su presencia. Por tanto, educar en la esperanza quiere decir mirar a Cristo. No hay otro camino para crecer en la esperanza.

En la lección de la tarde nos preguntábamos cómo llega a convertirse la esperanza en el tejido de la vida, es decir, en esa confianza con la que uno vive todo. A través del paso de la pobreza. Sin embargo, la

pobreza no como renuncia, sino como descubrimiento de que las cosas son signo, de que todo es signo y por tanto es sagrado. En un momento dado, cuando expliqué ayer que en la historia de la humanidad la idea de lo *sagrado* nacía del deseo de ver cada cosa material, incluso la más pequeña, como relación con el Misterio, dije y lo repito: pensad qué significa mirar cada cosa, a cada persona, reconociéndola como *sagrada*, es decir, como mediadora de la relación con Cristo. ¡Todo cambia! Entonces sí, uno puede vivir con una confianza que es abandono, con la percepción de que todo es don, de que todo está como colgado, suspendido de la gracia infinita de Dios que nos lo está dando en este instante, y no ser ya esclavo sino libre.

Por ello, podemos decir que la respuesta a esta pregunta –¿qué significa educar en la esperanza?– es vivir nuestra pertenencia a Cristo dentro de esta historia que nos ha alcanzado. La promesa es poder vivir con esa confianza que aligera cualquier circunstancia y que, como decíamos ayer al final, nos lanza con el deseo de comunicárselo a todos: una fiesta que se vuelve misión.

*«Se nos ha invitado a no descuidar ningún aspecto de la realidad (el trabajo, los afectos, los amigos) y al mismo tiempo a ser pobres. Pero entonces, ¿cuál es la relación justa que hemos de tener con las cosas? ¿Qué lugar ocupan el trabajo, los afectos, los amigos, etc.?»*

**Prosperi.** Enlazo con lo que acaba de decir don Giovanni. Por lo que a mí respecta, el verdadero desafío de la pobreza es el de luchar contra la tentación irresistible de poseerme a mí mismo. Porque la posesión de las cosas, el apego a las cosas como fin en sí mismo, el querer acumular bienes, son reflejos, en el fondo, de la voluntad de dominarme a mí mismo, de tener el control sobre mí mismo. En realidad el problema no son las cosas materiales; ellas son solo un aspecto, pero para mí no son el aspecto que más nos aprisiona. El aspecto que más nos ata son nuestros proyectos, el sentimiento que tenemos de lo que es justo o equivocado, es decir, es el modo con el que excluimos a Dios de nuestra vida, de nuestra vida real, concreta, relegándolo como mucho a algunos momentos de inspiración religiosa.

Entonces entendemos cuál es –otra de las preguntas más frecuen-

tes que hemos recibido— el nexo entre confianza y sacrificio, que en su lección don Giovanni ha vinculado al tema de la educación en la esperanza. Porque para vivir la pobreza con respecto a la posesión de uno mismo, hay que fiarse de otro distinto, poner la confianza en otro. Es verdad, en Otro con mayúscula, pero a través del modo con que se hace presente y compañero en mi vida, con que se vuelve una presencia real, no un pensamiento, porque solos no vencemos esta tentación de autonomía.

Es verdad que esto implica un sacrificio. Pero sabemos perfectamente que es sacrificio no tanto porque se nos pida renunciar a algo, sino porque entrevemos la ganancia que implica, como se decía ayer: que todo sea reconocido como sagrado, por estar en relación con Cristo. Nosotros vemos cómo se realiza esta ganancia en amigos nuestros que viven un nivel de vida deseable, que viven por el ideal, gracias a los cuales entendemos que el ideal es algo concreto. ¿Cómo podemos entender que se trata de algo concreto? ¿En qué consiste esta ganancia? ¿Cuál es el ciento por uno que se nos promete, que nos promete Jesús? La libertad, ¡la libertad! Se puede amar realmente —sin descuidar ningún aspecto de la realidad, como decía la pregunta— al marido, a la mujer, a los hijos, el trabajo, los propios gustos, las cosas que sentimos más nuestras. Con libertad. Por desgracia, advertimos a menudo que incluso los afectos, incluso las amistades más importantes, en el momento en que cambian las condiciones, se convierten en una jaula, es decir, te alejan, te encierran, ya no te permiten ver la amplitud que se te da a través de la historia en la que Otro te ha puesto. Mientras que la preferencia, el valor verdadero de la preferencia, es que te abre a la totalidad, te enseña a amar todo, a través de un aspecto particular aprendes a amarlo todo como no serías capaz. De no ser así, la preferencia sería una injusticia, una injusticia hacia los demás, pero sobre todo una injusticia contigo mismo, porque poco a poco te aprisionaría.

*«Me gustaría que se profundizara en la pertenencia a la unidad con aquellos en los que reconoces la presencia de Cristo. ¿Qué significa existencialmente pertenecer “a la unidad con ellos” y no a ellos? Al final de la lección has dicho que “nuestra unidad es la forma más bella*

*y más grande de esta esperanza”. ¿Por qué es la más bella y la más grande? Has dicho esta frase después de hablarnos sobre Paolo Bargigia, Andrea Bellandi y Paolo Milloschi. En tu experiencia, ¿cómo se ha revelado que la unidad entre vosotros era la forma más grande y más bella de la esperanza cristiana?»*

**Paccosi.** Empiezo por esto último, que me afecta más directamente. En mi vida he recibido una gracia muy especial: incluso la vocación, que ha sido totalmente personal, la he vivido desde el principio junto a mis amigos más queridos. Realmente ha sido totalmente personal; de hecho yo no le había dicho nada a mis amigos sobre la vocación. Cuando fui por primera vez a ver a don Pierfrancesco, porque le había comentado algo sobre la verificación que quería hacer de mi vocación, me encontré allí a Bargigia –que todavía no era don Paolo– y le pregunté: «¿Y tú qué haces aquí?». Él me dijo: «¿Y tú qué haces aquí?». Cuando Paolo, Andrea y yo conocimos a don Giussani, al terminar la enseñanza superior, con 19 años, poco antes de entrar en el seminario, nos dijo de modo explícito: «En el seminario no hagáis las cosas de CL. Seguid lo que se os proponga», también porque estaba tranquilo, ya que se trataba de un ambiente realmente bonito e intenso. El rector del seminario era Gualterio Bassetti y el obispo de Florencia era el cardenal Giovanni Benelli, dos personas extraordinarias. Don Giussani nos dijo: «Seguid la propuesta que se os haga. Vivid la unidad entre vosotros y haced referencia a estas personas», y nos dio incluso los nombres: Cristiana Maraviglia, que entonces llevaba a los bachilleres en Florencia, Lele Tiscar, que era el responsable de los universitarios, y Silvano Seghi, que era el responsable del movimiento. Nosotros hicimos como nos había dicho. Y vivimos una experiencia intensísima del movimiento, aunque no participáramos en ningún gesto del movimiento. Ironías de la vida, la sede del movimiento estaba precisamente dentro del seminario. Recuerdo que un día estaba asomado a la ventana y vi por la calle a los universitarios –todos amigos míos con los que había compartido la experiencia de bachilleres– que salían de la sede para hacer cien mil cosas. Y nosotros estábamos dentro del seminario. Me conmoví un poco al pensar lo bonito que sería estar con ellos, pero no con añoranza, sino pensando que estar en el seminario era el modo con que nosotros construíamos lo mismo. Y así creció entre nosotros la conciencia de que

la finalidad de nuestra unidad es reclamarnos, dentro de la obediencia recíproca, a obedecer a Cristo dentro de esta historia.

Una vez, ya éramos sacerdotes desde hacía tiempo, hicimos unas vacaciones de sacerdotes de Florencia. Vino también don Ciccio Ventorino, que en aquella época se ocupaba de las comunidades de Florencia y de Toscana. A final de las vacaciones nos dijo: «Vosotros no os dais cuenta, pero vivís una virtud particular: la virtud de la obediencia. Siempre estáis disponibles para obedeceros los unos a los otros». Me quedé muy impresionado por esto. Pero después lo pensé y me dije: es verdad, nosotros nos obedecemos. ¿Por qué? No es que obedecemos a uno porque es el jefe. Obedecemos a lo que él testimonia, por tanto obedecemos a Jesús. Pero para obedecer a Jesús necesitamos esta compañía concreta, que es un poco como un grupo de Fraternidad. No tiene pretensión alguna de ser alternativa a la objetividad de la autoridad del movimiento y de la Iglesia, sino que existe para ayudarnos recíprocamente a seguir a quien el Señor pone en este momento para guiar esta historia.

Por ello, aun con todos los momentos de dificultad, yo no cambiaría por nada del mundo la unidad que hay dentro de nuestra historia. Cuando don Giussani habla de la ascendencia (autoridad moral) y de la autoridad, explica que la ascendencia es esta compañía cotidiana en la que la persona que tenemos al lado nos reclama al ideal; hay alguien que nos lo reclama de forma especial, por eso yo lo sigo. Pero yo lo sigo a él porque quiero seguir la unidad, la objetividad de la autoridad. Contraponer ascendencia y autoridad no tiene sentido, porque Cristo está presente dentro de esta unidad.

La amistad entre nosotros los sacerdotes ha sido siempre para mí una ayuda para seguir a Cristo y lo es también actualmente, aunque ahora no compartamos la vida cotidiana como en tantos momentos del pasado, pero el valor sigue siendo el mismo. Podemos vernos una vez al año, quizá vamos juntos de vacaciones, y esos días tienen la misma intensidad de cuando estábamos juntos siempre, porque el horizonte es el mismo. Y lo que vivimos en nuestra unidad lo vivimos en la unidad con las personas que se nos dan.

Sé que en estos momentos a muchos amigos míos les están llegando mensajes de media Italia: «Por favor, preséntanos a don Giovanni, queremos invitarlo a las vacaciones». ¡No voy a ir! No voy a ir por-

que no puedo objetivamente. Tengo una diócesis que guiar y no puedo descuidarla. Pero lo que quiero decir es que el carisma vive y se comunica siempre nuevo y por entero en nuestra unidad; por tanto en el seguimiento, según la organicidad concreta de nuestra compañía, está ya todo lo necesario para vivir una experiencia plena y siempre sorprendente del carisma. Sea como fuere, no puedo ir a todas las vacaciones del movimiento, aunque, al haber predicado los Ejercicios, me haya puesto «de moda» y suscite curiosidad. Han corrido un gran riesgo al pedírmelo.

***Prosperi.*** ¡Ha ido bien la cosa!

***Paccosi.*** Lo que construye es la unidad entre nosotros, por tanto ayudémonos a mirar, a seguir lo que el Papa nos ha dicho en su última carta, el camino que estamos haciendo en este tiempo. En este sentido, el encuentro que tuvo lugar después de la carta del Papa, en mi opinión, contiene cosas fundamentales para la circunstancia histórica que estamos viviendo. Seguir no es ir detrás de la moda del momento. Lo que nos da la esperanza es la unidad, la pertenencia a esta unidad, al hecho de esta gran historia, frente a la cual ayer el cardenal Farrell se quedó con los ojos como platos, y también nosotros, llenos de emoción. Es la gran historia en la que el Señor nos ha puesto.

*«Se me escapa el nexo entre unidad y esperanza. ¿Me puedes ayudar?»*

***Prosperi.*** En el fondo, esto es algo que me interesa mucho. Me interesa mucho mirar la unidad de todo el recorrido que hemos hecho este año, desde los Ejercicios del año pasado, la Jornada de apertura de curso, pasando por la carta del Papa hasta llegar al contenido de estos Ejercicios. No se entiende la relación entre unidad y esperanza si no se parte de la fe. En particular, quiero profundizar en un aspecto de la relación entre la unidad y el recorrido, la dinámica fe-esperanza, sin la cual no se justifica ninguna de las cosas que estamos diciendo. Mi puntualización se refiere a una pregunta muy frecuente que ha surgido estos meses y que don Giovanni evocaba en una lección diciendo que la

unidad es un don. Esto es verdad, todos lo vemos, todos sabemos que es imposible por nuestras fuerzas. Pero entonces, ¿por qué el Papa nos ha reclamado a cuidar la unidad, en qué consiste este cuidado de la unidad y qué tiene que ver con la fe y la esperanza?

Me gustaría empezar leyendo un pequeño pasaje de la carta de san Pablo a los Efesios. «Y él ha constituido a unos, apóstoles, a otros, profetas, a otros, evangelistas, a otros, pastores y doctores, para el perfeccionamiento de los santos, en función de su ministerio, y para la edificación del cuerpo de Cristo; hasta que lleguemos todos a la unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, al Hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud. Para que ya no seamos niños sacudidos por las olas y llevados a la deriva por todo viento de doctrina, en la falacia de los hombres, que con astucia conduce al error; sino que, realizando la verdad en el amor, hagamos crecer todas las cosas hacia él, que es la cabeza: Cristo». Atención a cómo prosigue san Pablo: «Del cual todo el cuerpo, bien ajustado y unido [es la descripción de la unidad] a través de todo el complejo de junturas que lo nutren, actuando a la medida de cada parte, se procura el crecimiento del cuerpo, para construcción de sí mismo en el amor»<sup>149</sup>.

Pues bien, esto recapitula todo el camino que hemos hecho este año, porque solo una fe madura puede hacerse cargo realmente de la unidad entre nosotros, que es tal para que todo el cuerpo crezca bien unido y bien conectado mediante la ayuda que proporcionan todas las junturas. Pero, añade san Pablo, no basta con decir «fe» para que esta sea madura. La madurez de la fe, de hecho, se contraponen a una fe inmadura, de niños sacudidos por cualquier viento de doctrina a causa de la falacia de los hombres. En efecto, nos damos cuenta de que cada día estamos expuestos a lo que Giussani llamaba «el poder». El poder actúa en todo tiempo y quizá hoy más que nunca, en ciertos aspectos, porque lo hace de forma más sutil, silenciosa, presentándose como algo atractivo. El diablo no nos atrapa a bofetadas, sino que se vuelve atractivo ofreciéndonos bienes generosos, pero a cambio de nuestra fidelidad a su poder y a sus dogmas, hasta hacer que sea nuestra su visión de las cosas.

Creo que este es hoy el punto más candente a todos los niveles, incluso para la Iglesia y por tanto también para nosotros. Me gustaría leeros una carta que me han indicado, escrita por don Giussani a los

---

<sup>149</sup> Ef 4,11-16.

grupos de Comunión y Liberación en 1979, cuando todavía no se había producido el reconocimiento de la Fraternidad, después de la primera audiencia con Juan Pablo II. «Queridos amigos: como probablemente sabréis, he tenido la gracia inmensa de poder hablar largamente con el Papa acerca de nuestra vida y de lo que quisiéramos ser en nuestra amada Iglesia y en esta tierra tan querida. Mientras estaba ante él, me preguntaba qué razón ofrece mi vida ante los ojos del Papa para que me conceda todo esto. La razón es vuestra vida, la vida de todos vosotros, mis amigos y compañeros de camino, toda vuestra fe, vuestro compromiso activo, vuestras obras, vuestra generosidad, vuestra capacidad de sacrificio. Este es el verdadero motivo por el que he sido recibido. Y estaba lleno de asombro, de vergüenza por mí mismo y de gratitud al Papa y a vosotros.

Quisiera resumir el mensaje reflejado en sus preocupaciones y en su actitud: 1. Jesucristo es la verdad de todo el hombre, y la fe es la forma de la vida entera y de su capacidad de obrar». Este año hemos dicho: la fe informa la vida. «2. Por lo tanto, no existe por un lado la fe y, por otro, los intereses, las tareas, el trabajo. No. La fe es la fuente del criterio para abordar todos los asuntos de la existencia, y en la fe debe enraizarse nuestro comportamiento en el ambiente social, que es como el terreno donde se desarrollan todos los problemas». Estos meses nos preguntábamos sobre la relación entre fe y presencia en el ambiente. «3. En particular, es necesario que la fe se exprese como cultura. La cultura es, en efecto, lo que determina el rostro de un pueblo, manifestando su historia. Nuestra fe no puede tener “complejos de inferioridad” ante la cultura dominante».

Por eso hay que reflexionar sobre nuestro modo de situarnos con relación a la cultura dominante, que Giussani solía llamar con frecuencia «el poder». Los intentos que estamos haciendo con *Huellas* –ayer lo recordaba también don Giovanni–, la actividad de los centros culturales y el Meeting son algunos ejemplos de expresión de la fe como cultura, y bajo esta óptica hay que sostenerlos. Prosigue Giussani: «Hemos repetido siempre que para verificar y llevar a la madurez nuestra fe [¡en eso estamos!] tenemos que implicarnos en un acontecimiento donde esta esté viva, de manera que a nosotros también se nos conceda el deseo, la luz y el coraje para seguir». Y concluye: «Amigos míos, en un mundo en donde la fe está tan desorientada y la injusticia es tan grande, sacu-

damos nuestra inercia, rompamos nuestro egoísmo, venciendo nuestro aburguesamiento»<sup>150</sup>.

Por tanto, ¿qué es una fe madura? Lo acabamos de escuchar en palabras de don Giussani. Es una fe implicada «con un acontecimiento en el que esta vive». Entonces, en síntesis, si pensamos en todo el camino que hemos recorrido, podríamos decir que una fe madura es una fe profundamente enraizada en la amistad de Cristo. Es esta amistad la que nos abre a todo, la que nos abre a la verdad, al conocimiento de la verdad y también al conocimiento de la falsedad, de aquello que es engaño, permitiéndonos no ser zarandeados por cualquier viento de doctrina. Lo he escrito también en el mensaje que he enviado a nuestros bachilleres: la amistad de Jesús, que genera la amistad entre nosotros, se caracteriza por dos factores fundamentales. Primero, compartir Su conocimiento: «Os lo he dicho todo». No sabríamos realmente nada de este Misterio insondable si no se nos hubiera revelado, si no se hubiese revelado hoy. ¿A través de quién? De Su presencia. Con este conocimiento nos da también Su plena confianza. «Os lo he dicho todo», igual que un amigo no tiene secretos para su amigo. Sabemos que en el lenguaje de la Biblia el conocimiento es relación. Cristo nos regala su conocimiento del Padre, es decir, nos introduce en la comunión entre el Padre y el Hijo; inaccesible para nuestro esfuerzo, aunque desde luego deseada, dicha comunión solo resulta posible gracias a Su iniciativa. Esta es la verdadera amistad. Y, segundo, *idem velle, idem nolle*, es decir, desear las mismas cosas que merece la pena desear y no desear las que no merece la pena desear. Esto es la amistad, compartir Su voluntad. Aquí es donde entra en juego nuestra libertad, y es aquí donde a menudo emerge toda nuestra fragilidad. Pero también aquí, ante la fragilidad de nuestra libertad a la hora de adherirnos al designio de Dios sobre nuestra vida, también aquí Cristo ha tomado la iniciativa con respecto a nosotros y sigue tomándola hoy como la tomó aquel día, resolviendo la cuestión en el huerto de los olivos. «No se haga mi voluntad [Él, totalmente identificado con nuestra humanidad], sino la tuya»<sup>151</sup>, testimoniando la coincidencia de Su voluntad con la del Padre.

<sup>150</sup> L. Giussani, «Sirvamos a Cristo en este gran hombre», *Huellas* n. 4/2005, p. 54.

<sup>151</sup> Cf. Mt 26,42; Mc 14,36; Lc 22,42.

Entonces, la vida nueva que se nos ofrece al seguir a Cristo es la inmanencia en la amistad con Él, que nos alcanza de forma concreta a través de nuestra comunión dentro de esta historia. Y por eso hemos insistido tanto en todo este tiempo sobre la centralidad de la comunión, no como apoyo colateral a la experiencia subjetiva de la fe, sino precisamente como contenido cardinal de la misma fe, para que sea madura.

*«Me ha impresionado mucho la imagen del saltimbanqui, que estando cabeza abajo es capaz de percibir la realidad como dependiente de Dios que la hace ahora. Me pregunto cómo podemos “entrenarnos” para mantener siempre esta perspectiva»*

**Prosperi.** Creo que es una conclusión preciosa de todo este recorrido. Lo que más me ha fascinado –tendremos tiempo y forma de retomar todos los detalles del contenido que se nos ha propuesto– ha sido ver qué es la esperanza en quien nos ha guiado en las meditaciones estos días. La esperanza es la virtud del camino. No es un punto final, no es imaginar cómo se cumplirá la promesa, sino ver a alguien que está en camino, que está cierto, que avanza con la cabeza alta, incluso entre todas las fatigas y dificultades de la vida. Cuando estás en camino solo hay dos posibilidades: o caminas aleatoriamente o sigues.

Por ello, ¿cómo entrenarnos para mantener esta perspectiva en la que la realidad es reconocida como dependiente de Dios? Esta conciencia madura a través de la experiencia de la obediencia, del seguimiento, que no es un reclamo disciplinar. El Jueves Santo nos recordaba el Evangelio de Juan: «Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud»<sup>152</sup>.

La última parte de la carta del Papa sobre la obediencia –que, por lo que he visto visitando las comunidades, no se ha entendido siempre hasta el fondo, quedando reducida a veces a una cuestión moralista– nos introduce en la condición para que pueda realizarse la alegría plena

---

<sup>152</sup> Jn 15,9-11.

prometida en el Evangelio de Juan. Prosigue el Evangelio: «Este es mi mandamiento [¡mandamiento!]: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos [la amistad con Cristo] si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer»<sup>153</sup>.

Por eso podemos entender qué está realmente en juego en la cuestión del seguimiento y de la obediencia. Si Jesús comparte con nosotros lo que le escucha al Padre para que podamos conocer el insondable misterio del Ser, aquí se juega la diferencia entre la obediencia del siervo y la obediencia del amigo. «Os he llamado amigos». ¿Quién nos llama amigos? ¡El hijo de Dios!

Aquí radica la diferencia profunda entre la obediencia del siervo y la obediencia del Hijo, porque el siervo no conoce el objetivo ni la propiedad del patrón, obedece porque debe obedecer, para no ser castigado, para no ser despedido, porque obtiene una contrapartida, pero lo que es del patrón no es suyo. Mientras que el hijo es también el heredero, por tanto lo que el Padre comunica en cierto modo ya es suyo, aunque no lo posea todavía plenamente; le pertenece pero no es todavía plenamente suyo. Entonces la obediencia del hijo se justifica para entrar en posesión del valor, es decir, del significado que el padre le comunica.

Por eso decimos que obedecer significa entrar dentro de la vida del padre, identificarse con todo el ser, con las razones profundas que mueven al padre. Pero el hijo es libre con el padre solo cuando reconoce que es amado. Esto es lo que genera la libertad en nosotros, la relación que genera en última instancia mi persona, como entre hijo y padre. Y así, en la obediencia a la autoridad en la Iglesia, así como a la autoridad en nuestra amistad, se realiza esta profunda y verdadera libertad. Porque la libertad se ejerce plenamente en la relación con la autoridad, de otro modo uno tratará de contentar a la autoridad, pero en el fondo su afecto está en otro sitio, porque no cree en ella; o bien renuncia a sí mismo y se conforma pasivamente con lo que sigue sin poner en juego realmente su propia persona, con el resultado de que no crece, de que su fe no madura, permanece siempre infantil, adolescente, está lleno solo

---

<sup>153</sup> Jn 15,12-15.

de sus preocupaciones, pero en el fondo sin asumir nunca realmente la responsabilidad, como adulto, de generar, porque no nos generamos a nosotros mismos. Esta libertad es posible si vivimos una obediencia como hijos, dentro de un camino en el que ya es nuestro lo que se nos ha prometido, es herencia.

Es esta certeza la que nos hace seguir con alegría y seguridad, incluso cuando quizá no vemos inmediatamente todo el recorrido o ciertas cosas nos cuestan. Insisto, esta obediencia tiene un único motivo: crecer, llegar a ser –como dijimos en la Jornada de apertura de curso recordando las palabras de Giussani– padres y madres a su vez. Y aquí vemos que muchas veces surgen objeciones en nosotros: «Sí, pero no soy capaz, soy mezquino, no sé hacer nada, estoy lleno de perplejidad, no estoy de acuerdo, tú me has hecho daño, estoy totalmente equivocado». ¡Ánimo, amigo, ánimo! No eres tú quien hace la realidad, no soy yo quien hace la realidad, no soy yo quien hace todas las cosas. No me hago ni siquiera a mí mismo, tal como estoy hecho. Soy como soy. ¡La realidad ya ha sido hecha por Otro!

Entonces no hay excusas. ¿Te has caído? ¡Levántate! ¿Te cuesta? ¡También a nosotros! ¿No eres capaz de levantar la mirada de tus pies? ¡Mira delante de ti, está pasando Aquel que te ha amado con un amor eterno y cuyo nombre es santo! Ven con nosotros, ¡vayamos a morir con Él!<sup>154</sup> Porque el hombre viejo tiene que morir, nuestro orgullo debe morir, nuestra autosuficiencia debe morir, nuestra impaciencia debe morir, si queremos que surja en nosotros la vida nueva que solo Cristo puede darnos.

\* \* \*

Quiero daros ahora un aviso importante. Se trata de una noticia que ha sido difundida hace poco en los medios de comunicación por la Diócesis de Milán.

El jueves 9 de mayo, a las 17 horas, en la Basílica de San Ambrosio, el arzobispo de Milán, monseñor Mario Delpini, celebrará la primera sesión pública de la Fase testimonial para la causa de beatificación y canonización del Siervo de Dios Luigi Giussani. Acogemos con gran-

---

<sup>154</sup> Cf. «Vamos también nosotros y muramos con él» (Jn 11,16).

dísima alegría esa noticia tan deseada. Se trata de un paso fundamental del proceso de beatificación de nuestro querido don Giussani.

La primera fase del proceso, la llamada Fase documental, que empezó en 2012, se ha compuesto de una investigación teológica, que ha concluido positivamente, y de una investigación histórica amplia y compleja, que está ya en fase muy avanzada.

Cuando termine la Fase testimonial que empezará el 9 de mayo, la documentación reunida se enviará al Dicasterio de las Causas de los Santos, en el Vaticano, donde se verificará el trabajo que se ha hecho en la diócesis de Milán y seguirán a continuación las otras fases previstas por las normas hasta llegar a la eventual decisión del Santo Padre de declarar Venerable al Siervo de Dios don Giussani.

En particular, esta mañana ha declarado monseñor Ennio Apeciti, responsable del Servicio diocesano para las Causas de los Santos, que al término de la Fase testimonial «el examen atento de un milagro concedido por Dios por intercesión del Siervo de Dios le permitirá al Pontífice declarar beato a monseñor Luigi Giussani y otro milagro, después de la beatificación, proclamarlo Santo para la Iglesia».

Como ha explicado la diócesis, la elección de la fecha del 9 de mayo y del lugar, la Basílica de San Ambrosio, para el desarrollo de la primera sesión pública de la Fase testimonial, ha sido tomada por el arzobispo por motivos ligados a la misma figura de don Giussani. «La solemnidad de la Ascensión, que se celebra precisamente el 9 de mayo», explica monseñor Apeciti, «era especialmente querida para el sacerdote y la basílica santambrosiana nos ha parecido la más adecuada para expresar el vínculo del sacerdote ambrosiano con su “máximo patrón”. Finalmente, la cercanía de la basílica a la Universidad Católica del Sacro Cuore quiere hacer memoria del lugar en el que, durante muchos años, el Siervo de Dios formó a generaciones de jóvenes, comunicándoles su amor apasionado por la Iglesia».

Estamos profundamente agradecidos al arzobispo Delpini, a monseñor Apeciti, a la postuladora, la profesora Chiara Minelli y a todas las personas implicadas en la causa por haber hecho posible la apertura de esta nueva fase. Y naturalmente también estamos muy agradecidos al papa Francisco, por la atención y la estima que ha expresado muchas veces, incluso públicamente, por la figura de don Giussani y por el camino que el movimiento está haciendo en este periodo.

Ponemos desde ahora en manos de la Iglesia el incontenible deseo que llevamos en el corazón de poder ver pronto a don Giussani contado entre los beatos y santos del Señor. La tarea que os proponemos es intensificar nuestras oraciones por el bien de la causa, por aquellos que están y estarán implicados en esta fase del proceso y para pedir con mayor vigor aún en nuestras oraciones la intercesión del Siervo de Dios Luigi Giussani.

## SANTA MISA

*Liturgia de la Santa Misa: Hch 3,13-15.17-19, Sal 4; 1Jn 2,1-5; Lc 24,35-48*

**HOMILÍA DE SU EXCELENCIA MONSEÑOR FILIPPO SANTORO  
ARZOBISPO EMÉRITO DE TARANTO  
Y DELEGADO ESPECIAL PARA LOS *MEMORES DOMINI***

Había preparado una homilía para el tercer domingo de Pascua, pero después de la noticia que acabamos de escuchar se abre una perspectiva totalmente nueva. La alegría que sintieron los apóstoles al ver al Señor Jesús resucitado es la misma alegría con que recibimos nosotros la noticia de la apertura de la Fase testimonial, un importante paso hacia la beatificación y canonización del Siervo de Dios don Luigi Giussani. Esta alegría tan grande se debe a que la Iglesia reconoce que este hijo suyo ha vivido su vida cotidiana en presencia del Señor, tocado por su Amor, tocado por la experiencia del Verbo hecho carne, centro del cosmos y de la historia, Señor resucitado y vivo en medio de nosotros. La Iglesia reconoce también cómo transmitió todo esto a sus primeros alumnos del Berchet, y luego a cada uno de nosotros.

Cuando abre un proceso de beatificación y canonización, la Iglesia tiene presente concretamente a una persona precisa. Pero la gracia concedida a esa persona se extiende a toda la obra que ha generado, por eso brilla en nosotros esta extraordinaria alegría. Además de los signos evidentes que la Iglesia nos dio con la aprobación de la Fraternidad en 1982 y de los *Memores Domini* en 1988, ahora nos ofrece un signo más que nos impulsa a dar la vida entera al Señor, siguiendo el camino y la forma de enseñanza a la que hemos sido confiados.

El Evangelio de hoy nos ayuda a entender las razones de nuestra alegría. Vemos a los apóstoles que al principio están desconcertados y asustados porque creen que están viendo un fantasma. Desconcertados y asustados frente a la vida y también ante la aparición del Señor. Y Jesús hace tres cosas. En primer lugar les muestra sus manos y pies, y les dice: «Mirad mis manos y mis pies». Este es el primer verbo que usa: «Mirad». Todos nosotros estamos llamados a mirar lo que nos ha sucedido, los signos de su Presencia. «Mirad mis manos y mis pies, ¡soy yo!». Y luego hay otro verbo: «Tocadme». Mediante el encuentro con

el carisma, con don Giussani, con el carisma que nació de él por obra del Espíritu Santo, nosotros hemos sido tocados por el Misterio, nuestra vida ya no es la misma. Hemos sido mirados, pero mirados como una madre mira a su hijo, mirados como un padre mira a su hijo, mirados con mucho afecto, mirados como Jesús nos mira. Hemos sido tocados por una experiencia concreta, por una voz, por un encuentro, por una relación, y luego por el signo de la unidad que ese encuentro nos transmitía. A lo largo de mi vida he conocido a muchas personas en Brasil, pero también en Italia, que me decían: «Nosotros no hemos conocido a don Giussani, pero con vuestro testimonio es como si estuviera aquí, en medio de nosotros». Es una presencia, es la fecundidad del carisma. «Pero como no acababan de creer por la alegría [aunque saltaban de alegría] y seguían atónitos, les dijo: “¿Tenéis ahí algo de comer?”. Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. Él lo tomó y comió delante de ellos». Otro verbo: «Comió». Hemos participado en esta comunión, en esta cena, en esta vida. Mirar, tocar, comer. Nos alimentamos de una Presencia que llega a su punto culminante en la Eucaristía.

Nuestra Pascua ha sido el encuentro que hemos tenido: nuestra vida ya no es la misma. Mirar, tocar, alimentarse. Hay una continuidad entre el encuentro de Jesús resucitado con los apóstoles y el encuentro de don Giussani con nosotros. Y ahora, al recibir esta noticia, digo: ahora no debemos rezar para que se abra la causa, sino que debemos pedirle al Padre, por intercesión de don Giussani, que nuestra experiencia sea cada vez más verdadera, que nosotros también podamos vivir lo que él vivió, y vivirlo a fondo en las circunstancias concretas de la vida, al comer y al beber, en la familia, en la entrega total de nuestra vida al Señor. Debemos pedir a don Giussani que interceda por nosotros, por nuestra experiencia, por la tarea que el Papa nos ha dado de servir y custodiar la unidad, para que nos lleve hasta los confines de la tierra. Cuando se nos invita a la misión, como nos repetían esta mañana —es lo que me pasó a mí—, esta es la mayor gracia que puede suceder en nuestra vida. Por eso hay que pedirle al Señor por el Siervo de Dios don Giussani, para que nos acompañe en nuestro camino, en el momento presente.

A través de don Giussani se ha formado este cuerpo misterioso en la Iglesia, en la comunión de la Iglesia. Y a través del testimonio de monseñor Giovanni Paccosi, nosotros también lo hemos tocado y experimentado de nuevo, aquí, en este gesto, porque la Pascua es ahora,

la Pascua es hoy, en este camino nuestro. El cardenal Farrell se ha quedado asombrado al ver a veinte mil personas y lo repetía anoche en la cena, impactado por la forma, por el silencio, por el recogimiento, por la unidad. Este cuerpo, compuesto por muchas personas, por muchos “yo”, no es una masa anónima sino que está constituida por cada uno de nosotros, es una sola cosa, un solo corazón y una sola alma.

Me he conmovido muchísimo, al escuchar a monseñor Giovanni hablar de su vida, de su vocación, de su historia, de su misión, de su episcopado y de su tarea en América Latina, cuando recordaba a Andrea Aziani y a Paolo Bargigia como signos de lo que sucede en tantos puntos de nuestra historia. Luego hablaba de la grandiosa historia de los misioneros franciscanos que bajaban con sus barcas desde Ocopa, desde los Andes peruanos a lo largo de los ríos de la Amazonia, porque recocían que Jesús ha resucitado, para anunciarlo a Él. Mientras nos lo contaba, sentíamos que eso sucede ahora, nos sucede a cada uno de nosotros. Ese es el mayor fruto de la Pascua. Para don Giussani la Pascua llegaba a su culmen en el sí de Pedro en el lago de Tiberíades, donde tuvieron su primer encuentro; Jesús mira a Pedro y le dice: «Simón, ¿me amas?». Ese es el culmen de la Pascua, la pregunta que Él nos hace a cada uno de nosotros: «Habéis visto todas estas cosas bellas y grandes, pero ¿me amas?». Y nosotros hemos aprendido de don Giussani, movido por el Espíritu, a responder como él: «Sí, Tú sabes que te amo». Esto suscita la esperanza, y así llevamos la esperanza al mundo.

## TELEGRAMAS ENVIADOS

*Su Santidad el papa Francisco*

Santidad,

cerca de 21.000 personas reunidas presencialmente en Italia, comunidades fuera de Italia conectadas desde 21 países y más de 3.000 personas conectadas desde sus casas por la imposibilidad de desplazarse han seguido estos días los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación.

El título de los Ejercicios era «*La esperanza, dice Dios, sí que me asombra*» (C. Péguy) y han sido predicados por S.E.R. Mons. Giovanni Paccosi, obispo de San Miniato. Ha sido para todos nosotros, Santidad, una ocasión de descubrirnos necesitados de reconocer a Cristo en nuestras vidas. Reconocer que solo podemos esperar porque Él está presente.

Mons. Paccosi nos ha introducido en este camino de reconocimiento y nos ha mostrado que solo en el abrazo de la Iglesia, mediante la forma de la compañía generada por el carisma de don Giussani que hemos encontrado, permanecemos pegados a la presencia objetiva de Cristo resucitado. La presencia de Su Eminencia el cardenal Farrell ha sido un claro signo de apoyo a nuestro camino de fe dentro de la pertenencia a la única Iglesia en la que vivimos y sin la cual no existiríamos. Cristo se sirve de nuestra esperanza para mostrar a todos su rostro, y nosotros solo podemos ser «servidores de esta esperanza». En este camino deseamos estar acompañados por María, con la certeza, como nos recordaba don Giussani, de que «sin la Virgen no podríamos estar seguros del futuro, porque la seguridad del futuro nos viene de Cristo».

Agradecidos por la bendición que nos ha enviado y deseosos de vivir aferrados por Cristo todos los días, seguimos rezando por usted.

*Davide Proserpi*

*S.E.R. cardenal Matteo Zuppi  
Presidente de la Conferencia Episcopal Italiana*

Eminencia reverendísima,  
cerca de 21.000 personas reunidas presencialmente en Italia, comunidades fuera de Italia conectadas desde 21 países y más de 3.000 personas conectadas desde sus casas por la imposibilidad de desplazarse han seguido estos días los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación.

El título de los Ejercicios era «*La esperanza, dice Dios, sí que me asombra*» (C. Péguy) y han sido predicados por S.E.R. Mons. Giovanni Paccosi, obispo de San Miniato.

Mons. Paccosi nos ha introducido en este camino de reconocimiento y nos ha mostrado que solo en el abrazo de la Iglesia, mediante la forma de la compañía generada por el carisma de don Giussani que hemos encontrado, podemos experimentar la verdadera esperanza. Queremos servir a la Iglesia acompañados por la Madre de Dios, con la certeza, como nos recordaba don Giussani, de que «sin la Virgen no podríamos estar seguros del futuro, porque la seguridad del futuro nos viene de Cristo».

Agradecidos por su cercanía e invocando su bendición, le envió un afectuoso saludo.

*Davide Prosperi*

*S.E.R. monseñor Nicolò Anselmi  
Obispo de Rimini*

Excelencia,  
agradeciendo de nuevo la paternidad con que nos trata siempre y el saludo que quiso dirigirnos personalmente, le escribo para informarle de que en los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación –titulados «*La esperanza, dice Dios, sí que me asombra*» (C. Péguy)– han participado casi 21.000 personas reunidas presencialmente en Italia, comunidades fuera de Italia conectadas desde 21 países y más de 3.000 personas conectadas desde sus casas por la imposibilidad de desplazarse.

La predicación de monseñor Paccosi, obispo de San Miniato, nos ha ayudado a reconocernos deseosos de esperanza, con la seguridad de que solo Cristo responde y da certeza a este deseo. En este camino de reconocimiento, queremos estar acompañados por la Madre de Dios, con la certeza, como nos recordaba don Giussani, de que «sin la Virgen no podríamos estar seguros del futuro, porque la seguridad del futuro nos viene de Cristo». Invocando su bendición para el camino de nuestra Fraternidad, le envió un afectuoso saludo.

*Davide Prospero*

# EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑÍA

*A cargo de Sandro Chierici*

## HISTORIAS DE SAN FRANCISCO EN LA BASÍLICA SUPERIOR DE ASÍS

Las *Historias de Francisco* pintadas al fresco por Giotto y su taller en la Basílica superior de Asís nos muestran al santo como un hombre cambiado, colmado de alegría y plenitud por su encuentro con Cristo, totalmente implicado en la historia, que actúa concretamente en el tiempo y en el espacio, movido por la conciencia que tiene de sí mismo y de su propio destino. Se propone la santidad como experiencia posible para el hombre en cualquier circunstancia.

1. El homenaje de un hombre simple
2. San Francisco regala su capa a un pobre
3. El sueño de las armas
4. El Crucifijo de San Damián le habla a Francisco
5. La renuncia a la herencia paterna
6. El sueño de Inocencio III
7. La aprobación de la regla
8. La visión del carro de fuego
9. La visión de los tronos celestes
10. La expulsión de los demonios de Arezzo
11. La prueba de fuego ante el Sultán
12. El éxtasis de san Francisco
13. El belén de Greccio
14. El milagro de la fuente
15. La predicación a las aves
16. La muerte del caballero de Celano
17. La predicación ante Honorio III
18. La aparición al Capítulo de Arlés
19. Francisco recibe los estigmas
20. La muerte de san Francisco
21. La verificación de los estigmas

22. La despedida de santa Clara
23. La aparición de Francisco a Gregorio IX
24. La curación de Juan de Lérida
25. La confesión de la mujer resucitada
26. La liberación del hereje arrepentido

# Índice

---

MENSAJE ENVIADO POR EL PAPA FRANCISCO 3

## ***Viernes 12 de abril, por la noche***

SALUDO INTRODUCTORIO 4

INTRODUCCIÓN – *Un ímpetu incoercible de realización de nosotros mismos, un deseo natural de felicidad* 10

SANTA MISA – HOMILÍA DEL P. MAURO-GIUSEPPE LEPORI 22

## ***Sábado 13 de abril, por la mañana***

PRIMERA MEDITACIÓN – *Del deseo a la esperanza cristiana* 25

## ***Sábado 13 de abril, por la tarde***

SEGUNDA MEDITACIÓN – *La alegría del pobre* 51

SANTA MISA – HOMILÍA DE SU EMINENCIA CARDENAL KEVIN JOSEPH FARRELL 72

## ***Domingo 14 de abril, por la mañana***

ASAMBLEA 76

SANTA MISA – HOMILÍA DE SU EXCELENCIA MONSEÑOR FILIPPO SANTORO 100

TELEGRAMAS ENVIADOS 103

EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑÍA 106

---



